







OBRAS COMPLETAS
DE
FERNÁN CABALLERO



uentos y Poesías

Populares Andaluces

CON UN PRÓLOGO
DE
D. José Joaquín de Mora



MADRID
LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO, EDITOR
Calle de Preciados, núm. 23

1907





OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO

Cuentos y poesías populares andaluces



MT 14

4/54

S35451

R. 51409

CUENTOS

Y

POESÍAS POPULARES ANDALUCES

POR

FERNAN CABALLERO

CON UN PROLOGO

DE

D. JOSÉ JOAQUÍN DE MORA



DONACION MONTOTO

MADRID

LIBRERÍA DE ANTONINO ROMERO, EDITOR

Calle de Preciados, núm. 23.

1907

535451





PROLOGO

Los que exageran el espíritu y las tendencias de la civilización, aguardan de ella, como consumación de la grande obra que ha emprendido, la nivelación de instituciones, leyes, literaturas, usos y costumbres en todas las fracciones de que se compone la humanidad, en todas las latitudes del globo que habitamos. «La civilización—dicen—no tiene más que *un fin*: *una* debe ser, pues, la consecuencia de sus labores y de sus esfuerzos. El género humano es *uno*: *uno* debe ser, pues, su estado cuando llegue á la perfección de que sus facultades lo hacen susceptible.» Los más modestos y tímidos de estos optimistas se satisfacen, por ahora, con un sistema monetario y con un idioma comunes á todas las naciones de la tierra. Hay quien va más lejos todavía. Hay quien sueña en la adopción de un régimen político adaptable con tanta facilidad en las orillas del Nilo y del Amazonas,

como lo ha sido en las del Támesis; en hábitos de elegancia y pulcritud tan análogos al temple del montañés de Asturias, como al del habitante del barrio de Saint-Germain; en aficiones y recreos tan en armonía con las propensiones características del aristócrata británico, como apetecibles en las pampas de Buenos Aires y en los valles de los Apeninos.

Por desgracia, hay algo real y práctico en las sociedades modernas, que descubre fuertes disposiciones á despojarse de sus respectivas peculiaridades, cambiándolas por las de otras naciones, más ó menos adelantadas é influyentes.

Sin entrometernos en el campo de la política, donde tantos estragos ha hecho la manía de imitar; sin hablar de las aberraciones que con nombre de romanticismo y á guisa de torrente invadieron hace pocos años todas las regiones de la literatura, ¿no estamos viendo cómo se propagan en las clases altas de Europa el *Jockey Club* de Inglaterra, las ritualidades de los convites ingleses, y la más ciega sumisión á las modas de la nación vecina? Hasta las corridas de toros han pasado los Pirineos, y el poncho del sudamericano hace su papel en las calles de Londres. Bruselas es una copia de París, y Madrid rivaliza en este ramo con Bruselas. Los idiomas modernos van convirtiéndose en malos dialectos del francés, y tan generalmente se ha esparcido este contagio, que los gobiernos mismos han cedido á su influjo, y en nuestros documentos de oficio se habla de *timbre, finanza y sentimientos humanitarios*, como si no tuviéramos las

palabras *sello, hacienda pública y caridad cristiana*.

Pero todos estos pruritos de remedo y de innovación se estrellan en la tenaz é inalterable vitalidad civil, moral y poética de los pueblos. En ellos está todo lo que constituye una nación; todo lo que distingue una nación de otra; todo lo que forma parte esencial é inextinguible de su individualidad y de su monografía.

En vano se transforman las capitales y las ciudades populosas; en vano se cubren de relumbros postizos y extraños; en vano degeneran sus habitantes hasta no descubrirse el menor vestigio de las opiniones, hábitos y sistema de vida de sus abuelos. En las villas, en las aldeas y en los campos se conserva como un sagrado depósito todo lo que el hombre ha recibido de la naturaleza, de la tradición, de todos los elementos que en el curso de los siglos han ido combinándose para constituir un tipo original é indígena. Las generaciones se suceden, y se transmiten sin esfuerzo su temple exclusivo y su fisonomía propia. Los caminos de hierro que cruzan los valles de Suiza y de Escocia, no han impuesto silencio al *ranz des vaches* que resuena en las faldas del Montblanc, ni han desterrado las leyendas de segunda vista, de presentimientos y de apariciones con que se recrean los pastores de Inverness. Cumple á la literatura, ya que otros departamentos más altos del saber humano desdeñan esta labor, conservar, hermoseándolas, estas peculiaridades tan significativas y tan asociadas con interesantes recuerdos. ¿No es ella la que dispone á su grado de

la naturaleza visible en todos sus aspectos, en todas sus producciones, en todos sus fenómenos y vicisitudes? ¿No es ella la que se apodera de todos los afectos del corazón humano, para retratar sus diferentes modificaciones, sus goces y sus tormentos? ¿No saca de la historia las más sublimes lecciones, los cuadros más vivos y animados, atrayendo á los nombres que más resaltan en sus anales, el respeto y la admiración, la censura y el odio? Pues ¿por qué ha de esquivar el manantial inagotable de imágenes nuevas y variadas, de sentimientos primitivos y originales, de usos, costumbres y prácticas marcadas con el sello de la más remota antigüedad, tales como se las ofrecen los pueblos en sus clases menos contaminadas con el espíritu de nivelación y de uniformidad que forzosamente traen consigo las alteraciones políticas y el movimiento del tráfico?

España posee en su seno un escritor que, impulsado por un noble instinto y por una felicísima inspiración, ha empleado toda la fuerza de su voluntad, toda la viveza de su imaginación, todos los recursos de su vasta inteligencia, en consignar á la posteridad, por medio de narraciones tan sencillas como originales, las dotes especiales que distinguen el provincialismo andaluz de todas las peculiaridades que dan tan señalado relieve á las otras fracciones de la familia española. Las obras que preceden á la actual contienen una variada galería de caracteres é incidentes, en los que, si bien se reproducen las pasiones, las virtudes, las perfecciones, los defectos, y aun hasta las manías, ex-

travagancias y preocupaciones, comunes á la humanidad en todas las regiones del globo, estas diversas fases del *genus homo* se presentan revestidas de un colorido único y propio, incapaz de confundirse con ningún otro de cuantos han modificado, á efectos de las agencias é influjos que ya indicamos, las cualidades originales del sér humano.

Las narraciones de Fernán Caballero son eminentemente andaluzas. Sólo en Andalucía se habla y se piensa como hablan y piensan los personajes que pone en acción; sólo en Andalucía toman los afectos humanos el giro que él ha sabido darles; sólo allí se presenta la naturaleza visible á los ojos del hombre, como él ha sabido pintarla.

Pero si en las obras que preceden á la actual lucen con tanto esplendor las dotes del novelista, del narrador, del moralista y del poeta, en esta que se ofrece hoy al público parece que ha querido justificar Fernán Caballero las peculiaridades que distinguen sus composiciones de todas las del mismo género que han visto la luz pública en España desde que se cultiva en ella este ramo de amena literatura. Para conseguir su objeto, ha dedicado muchos años de su vida al estudio del temple moral y poético de las gentes entre las cuales iba á escoger los personajes de sus narraciones, y con tan incansable paciencia como delicado gusto y fino tacto, ha recogido y archivado, por decirlo así, una vastísima colección de cantares, anécdotas, chistes, improvisaciones y ocurrencias, productos originales y no estudiados de ese pueblo á

.

que se muestra tan adicto, y con el que, en cierto modo, ha identificado todos los frutos de su inagotable inventiva.

Debe, pues, considerarse esta obra como un romancero precioso, como un depósito de exquisitos materiales, no menos gratos al que busca en la lectura un recreo inocente y pasajero, que provechosos al que desea estudiar al hombre modificado por las circunstancias y condiciones físicas, morales, tradicionales ó históricas, á que se debe la variedad de giros que toman en diversas regiones las facultades de la inteligencia y del corazón.

Y aun consideradas simplemente como curiosidades literarias, las producciones que en esta obra se encierran no pueden menos de excitar un sentimiento profundo de *admiración* y de *extrañeza* en cuantos lectores sepan distinguir en las letras y en las artes la invención original de la imitación servil, lo natural de lo afectado, lo espontáneo y genuino de lo ficticio y convencional, el idioma de la inspiración, del dialecto de la moda. Causarán *admiración* la profundidad y el colorido patético de los pensamientos religiosos; la refinada delicadeza de los afectos benévolos, y muy especialmente del amor, que con sus visos de misterioso y de platónico, conserva en aquellas seguidillas y coplas octosilábicas tan delicioso aroma de respeto, ternura y abnegación; las singulares y al mismo tiempo exactas y propias analogías entre el mundo físico y moral, justamente como Shakespeare las concebía y expresaba por boca de Jacques en su *As you like it*; la punzante agudeza y donosa exa-

geración de la parte festiva y epigramática, y por último y sobre todo, la profusión de metáforas, tan nuevas, tan desconocidas, tan vivas y poéticas, y además tan familiares y expresadas con tanta facilidad, que no parece sino que en aquella tierra favorecida del cielo, el lenguaje directo es la excepción, y el metafórico la regla general de la comunicación del pensamiento. Y no dejará de causar *extraneza* que tan singulares dotes recaigan en gentes incultas y trabajadoras, sin otra educación que sus propias aptitudes y sin haber recibido otras impresiones externas que las del magnífico clima que las rodea y el aspecto eminentemente rural y variado de sus sierras, valles y llanuras.

Así es como tan dignamente pone cima Fernán Caballero á la serie de trabajos con que ha enriquecido nuestra literatura, no sin dejar á sus admiradores la esperanza de verlo aparecer de nuevo en la escena de la publicidad, en que ha conseguido tantos triunfos, y en que dejará un nombre que no podrán borrar los estragos del tiempo.

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA





PREFACIO DEL AUTOR

En todos los países cultos se han apreciado y conservado cuidadosamente, no sólo los cantos, sino los cuentos, consejas, leyendas y tradiciones populares é infantiles; en todos, menos en el nuestro. Este desdén es tanto más de extrañar, cuanto que se observa en un país poseedor de cosas tan bellas como originales en estos géneros, y que tiene la gloria de que los cantos populares, que en otros tiempos se coleccionaron en los romanceros, sean en el día joyas cuya posesión, adquirida á peso de oro, se disputan nacionales y extranjeros, que se reimprimen y traducen en los países de más ilustración y buen gusto literario, y que han servido, no sólo para mantener noble y patriótico el espíritu nacional, sino para esclarecer sucesos históricos y dar á conocer en todos tiempos el espíritu y sentimiento general de aquel en que se compusieron. Dice el erudito literario francés Sr. D. Antonio de Latour (que podríamos igualmente llamar español por lo mucho y brillantemente que ha estudiado y dado á conocer nuestra patria, nuestras coetumbres, nuestra li-

teratura y monumentos en su país): «No me canso de repetirlo, porque nada hay más cierto; el romancero es la *Psalm* de España, es un espejo inmenso y desigual en que se refleja su nacionalidad entera, con sus aspiraciones, sus instintos, sus pasiones y sus creencias en todas las épocas.»

Mucho habría que objetar contra el actual incalificable desdén; pero no es tal nuestro intento al poner al frente de esta colección que hemos formado los presentes renglones, sino el dar á conocer las causas que nos han movido á publicarla.

La primera, y la que más acatamos, fué el vivo deseo de que la diésemos á luz, demostrado por personas eminentes en saber, en buen gusto literario y en jerarquía social, y la segunda la siguiente circunstancia:

Entre las colecciones de cuentos y leyendas populares é infantiles que siempre hemos leído con encanto, existe una alemana, en tres tomos, formada por los eruditos hermanos Grimm, en la que no se han contentado estos incansables investigadores con recoger las de su patria, sino que han hecho otro tanto con los cuentos y leyendas de otros países, buscándolos y trayéndolos hasta del Japón. Con el concierto y la conciencia del trabajo que distingue á los alemanes doctos, no podían éstos en sus investigaciones olvidar á España, el país de la imaginación creadora, de la poesía y del chiste, y vamos á trasjadar aquí el sucinto artículo que le consagran. Dice así: «Aquí no nos es dado citar sino un párrafo de Cervantes, que no nos deja duda acerca de la existencia de estos cuentos y consejas en España: *Y aquellas cosas que á ti te deben parecer profecías, no son sino palabras de consejas ó cuentos de vieja, como aquellos del caballo sin cabeza y de la varilla de virtudes con que se entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno.* (COLOQUIOS ENTRE CEPIÓN Y BERGANZA.) También parece que un pasaje de la come-

dia de Calderón que se titula *Peor está que estaba*, ha sido tomado de un cuento popular.»

Cuando vimos que España, que tan rica es en toda clase de producciones populares, era el solo país que no había contribuido por su parte á formar la colección, nos propusimos dar á la estampa algunas de las creaciones que produce en diversos géneros su rica é inagotable *musa popular*.

La mina de que hemos sacado estos preciosos materiales no es la única que existe; cada provincia, cada pueblo, cada aldea, tiene la suya, que empiezan por fin á explotarse. ¡Con qué buen tino y éxito ha dado á luz el Sr. D. José María Goizueta las tradiciones y cantos vascongados! ¡Qué pequeña obra maestra nos ha proporcionado el eminente literato D. Agustín Durán en su tan magistralmente versificado cuento de *Las Tres Torronjas*! ¡Qué joyas esparce Trueba, sacadas de esa mina, puliéndolas con su bella, benévola y simpática facultad poética! (1).

Las cosas que nosotros presentamos tienen señaladamente el sello andaluz, como que en esta provincia han sido recogidas. Este sello es generalmente la chuseada, la agudeza y la burla. Fácil, muy fácil nos hubiera sido poner lo que está en prosa y en lenguaje vulgar, en lenguaje culto; pero hemos preferido presentarlo en el suyo propio para que no perdiesen su forma peculiar y genuina. El que no encuentre diferencia entre este lenguaje

(1) El ya mencionado ilustre literato D. Antonio de Latour ha dedicado á Trueba un bellissimo artículo de crítica razonada, con que lo ha colocado en el extranjero á la altura que merece como cantor eminentemente español. — Hase reproducido en la *Revista de Ciencias, Literatura y Artes de Sevilla*, traducido por el erudito y distinguido catedrático de esta Universidad D. José Fernández Espino.

copiado y el que es propio del colector, debe alcanzar poco, ó, lo que es peor, llevar muy mala intención al confundirlos. El lenguaje del pueblo tiene que ser popular, y admira cuán poco vulgar es, en sentido de lo tosco ó de lo grosero, el del pueblo de nuestro país.

Un pensador francés ha dicho: *La lengua es el pueblo; gran parte de la historia de una nación está en su Diccionario*. Siendo justa y profunda esta aserción aplicada á palabras, ¡cuánto más no lo será á las ya formuladas ideas y sentimientos nacionales!

En las vertidas por nuestro pueblo en sus coplas, podrá advertirse: en las sentenciosas, pensamientos morales y psicológicos que admiran; en las amorosas, el más delicado y poético sentir; en las epigramáticas, la más incisiva agudeza; en las chuscas, la gracia y el buen humor; y, sobre todo, un profundo, tierno y candoroso sentimiento religioso, en las composiciones de este género.

Entre las distintas composiciones poéticas, hemos encontrado algunas cuya idea ha sido expresada también por poetas de alta esfera, como sucede con esta copla burlesca:

Glorioso San Sebastián,
todo lleno de saetas;
mi alma como la tuya,
como tu cuerpo, mi suegra;

que se halla igualmente en la comedia de Montalbán *Morir y Disimular*, en esta forma:

Glorioso San Sebastián,
santo cabal y perfecto;
mi alma como la tuya,
como tu cuerpo, mi suegro.

Nos parece más probable que del pueblo subiese á Montalbán esta copla, que no el que de su altura descendiese al pueblo, que inventa más fácilmente que aprende, é improvisa con más gusto y afición que repite. Esto en tesis general; lo que no impide que alguna que otra de las coplas que del pueblo hemos recogido, lo hayan sido casualmente por él en esfera más culta.

Algunas de las coplas que insertamos no tienen, así lo reconocemos, gran mérito intrínseco, como lo tienen las restantes, ya por la idea poética, sentida ó aguda que expresan, ya por su chiste y originalidad; pero las hemos dado, no obstante, cabida, porque las unas están perfectamente habladas; otras se hallan compuestas de una manera tan fácil, que no parece que su autor se haya cuidado del asonante y del metro, sino que éstos se han unido por casualidad en la formación del pensamiento; y otras, porque tienen más intención y sentido de lo que á primera vista aparece (1), estando á veces la idea sólo indicada, por hallarse seguro el que la expresa de ser

(1) Como, por ejemplo, esta, que al pronto parece decir *amorosamente*, que así como se asemejan y unen los sentimientos del galán y su dama, se asemejan y unen sus nombres:

En la pescadería
vive mi dama;
yo me llamo Meñcamo,
y ella Mescama;

y en la cual dice al mismo tiempo el cantor, *celosamente* y poco satisfecho de la conducta de su amada, que lo escama, y, por último, *chusca y burlescamente*, que le escama ó quita las escamas, esto es, la plata. Cosas como estas, de que tanto abunda el género picaresco de la poesía popular, son, no solamente imposibles de traducir, sino de ser comprendidas por los extranjeros.

comprendido por el que lo oye. La comprensión entra, por tanto, en el genio andaluz, lo que ha dado margen á que un caballero de Andalucía, de alta alcurnia, de tanto talento como saber, y muy conocido por sus agudezas (1), haya sentado que las potencias del alma son cuatro, á saber: *Memoria, Entendimiento, Voluntad* y... *Hacerse cargo*.

Monsieur de Mazade, que nos ha honrado y favorecido con un lisonjero é indulgente juicio crítico, inserto en la importante *Revista de Ambos Mundos*, que se publica en París, anota como una peculiaridad de nuestro país que «el catolicismo en España se halla en todo, hasta en la carne y sangre del pueblo». Nosotros creemos que lo propio sucedía en todos los países que tenían la dicha de ser católicos antes que el protestantismo, la filosofía atea y el indiferentismo religioso, éste funesto resultado de los estragos causados por aquéllas, hubiesen colocado á la religión en segundo término en la vida y afecciones del hombre, cuando no reduciéndola á la nulidad.

En cuanto á España, razón lleva en su aserto el docto crítico, y añadiremos, por nuestra parte, que esta intervención de la idea y sentimiento religioso en el sér del hombre del pueblo, trae consigo, además de otras ventajas, el darle á conocer el dogma y la historia sagrada de que dimana; el enseñarle la sana moral; el explicarle el culto y sus prácticas exteriores, que son todas actos de fe y de amor, muestras de reverencia, homenajes y sú-

(1) El señor conde de Villacreces. Entre los chistosos aforismos de este aristocrático andaluz, mencionaremos otro, semejante al referido, que suele dirigir contra las personas pesadas, y que consiste en añadir á las cuatro virtudes cardinales una quinta, en esta forma: *Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza* y... *Sangre ligera*.

plicas al Dios que nos creó, no para que lo olvidemos y pongamos de lado, sino para que lo tengamos siempre presente; el inspirarle delicadeza de sentimientos, elevándolos y ennobleciéndolos; el infundirle de una manera digna y moral el sentimiento del honor humano, que enaltece al hombre sin enorgullecerlo, porque la verdadera dignidad no la da el orgullo, sino el respeto á sí mismo y á los demás, y de esto provienen los finos cumplidos y las etiquetas establecidas entre el pueblo, y de que tanto se burla el actual *sans façons* de las gentes cultas 1; así es que no se debe atribuir el despejo, la dignidad, el indisputable saber, el elevado y noble sentir del pueblo de campo español, á la situación geográfica que ocupa, porque la recalcada zona meridional no comunica ciencia infusa, y más meridionales son las comarcas que están pobladas por los cafres y los beduinos, sino á un origen más cierto, lógico y palpable, esto es, al catolicismo, que, esparcido por todas partes, merced á las comunidades religiosas, y transmitido de generación en generación, ha venido infiltrándose en el entendimiento, en el corazón y en el alma de este pueblo, y está, por consiguiente, entretejido en su existencia toda, trayendo el espiritualismo á la vida material.

Consecuencia de esto, aunque no inmediata, es la pro-

1. Como, por ejemplo: el no tomar nada sin el indispensable: *¿Usted gusta?*, y su respuesta: *Gracias, que aporriche*. No celebrar á nadie sin el infalible: *Mejorando lo presente*. No hablar de otro sin añadir: *Mi palabra no le ofenda*. Las conocidas respuestas á estas preguntas: *¿Es esta de usted?* — *Y de usted* — *¿Es de usted?* — *Servidor de usted*; y la contra-respuesta: *De Dios lo sea usted, por muchos años*. Ofrecer cuanto se celebra, y al dar el pésame por la muerte de una persona querida, decir: *Dios le dé la gloria y á usted salud para hacer bien por su alma, etcétera, etc.*

verbial y admirable sobriedad que le distingue, su conocido poco dormir, el que desconozca el cansancio, que no haga caso y se guardezca poco de las inclemencias de las estaciones; en fin, que tenga todas las dotes opuestas á los impulsos de la molice, de la sensualidad y del materialismo.

Lo que sí, por desgracia, tiene la sangre en los países meridionales, es su efervescencia, y esto hace que se cieguen sus naturales y que, por cosquilloso amor propio, por celos y otras causas análogas, se desafíen los hombres, y ¡ay! no á puñadas y golpes, sino navaja en mano; ¡á muerte ó á vida!

El sabio crítico de que vamos hablando está muy lejos de observar en tono de reprobación esta suma adhesión é identificación del hombre con la fe religiosa que profesa (¿cómo había de hacerlo?), ni reprueba el que la entreteja en todos los actos de su vida; pero nos parece que no atribuye á esta causa la incontestable superioridad intelectual de nuestro pueblo sobre todos los demás, aun sobre el de aquellos países que se consideran como cuna de la cultura y civilización moderna, lo que ciertamente habría hecho si hubiese estado en el caso de observarlo de cerca y estudiándolo con la atención sostenida y el amor simpático con que lo ha hecho el que con tanta sinceridad como placer afirma otra vez más que no ha presentado en sus cuadros tipos de su invención, sino copias de la realidad, porque respeta la verdad y ama más las bellezas que pinta que la pintura que de ellas hace.

Puédese objetar, y, en efecto, se ha hecho, que en esta continua intervención de las cosas santas en las que no lo son, puede haber irreverencia. No lo creemos: porque para Dios, que juzga los corazones, no es posible que haya irreverencia donde no hay intención de cometerla, y quizá encuentre este Supremo Juez, en ese cielo que por

evitar irreverencias quiere abolir lo que puede dar margen á ellas, más irreverencia oculta ó impremeditada que en la exterior que se comete sin intención de que lo sea. Pero dado caso que se cometiesen en algunas raras ocasiones, no es esto un motivo suficiente para mal mirar la inveterada y respetable costumbre de hacer intervenir siempre las cosas de arriba en las cosas de abajo.

Esto nos recuerda la respuesta, hija de la más exacta y profunda apreciación de las cosas, que dió un sacerdote á una persona que se le quejaba de que al regresar de una antiquísima romería, los romeros estaban por demás alegres y cantaban y bailaban con algazara.—*Señor*—contestó, —*sigala devoción y siga la diversión*;—lo que equivalía á decir: «Puesto que nada hay perfecto en el mundo sino la santidad, y que es ésta poco común, sigan las instituciones buenas y religiosas adelante, aunque sea con sus imperfecciones » Desconfiemos de aquellos que concentran su celo religioso en suprimir lo que no es perfecto, porque, como dice el entendido académico de la Historia D. Antonio Cavanilles, en uno de sus admirables diálogos: *Hay que tener mucho cuidado cuando se combaten los abusos, porque está muy cerca el uso legítimo.*

Nos resta hacer observar sobre el contenido de esta colección, que existen en nuestro pueblo candorosas y encantadoras creencias, que, sin tener un fundamento real ni autorizado, no son por eso *supersticiones*, como algunos equivocadamente las denominan, sino que únicamente son inspiraciones de devota poesía.

Superstición, según fija su sentido el Diccionario de la Academia, *es el culto que se da á quien no se debe ó con modo indebido.*

Ahora bien: ¿qué católico español dió jamás culto á otra cosa que á Dios y sus santos, ni á nada que no proceda de esta pura fuente? Que encuentre la dichosa can-

didez de su ferviente fe milagros donde no existen; que vea los instrumentos de la pasión, como efectivamente se hallan, en la rosa que lleva ese nombre; que ame y respete las golondrinas, porque arrancaron, según su tradición, las espinas de la corona del Salvador, ¿son acaso supersticiones?

Lo que sí son es la poesía en la fe, como existe en el amor; es una superabundancia de ese divino dón de corazones sanos y fervientes, de imaginaciones puras y devotas.

Cuando éstas imperaban sin agresivos y agrios contrarios, y cuando el anatema bajado de la augusta piedra en que asentó Jesucristo su Iglesia nada había perdido de su imponente y solemne poder, fué robado en una capilla un vaso sagrado.

Fulminada la terrible excomunión sobre el criminal y sobre el encubridor que retuviera en su poder el sagrado objeto, el atemorizado reo, en su angustia, escondió su hurto en el hueco de un olivo.

Secóse éste, y cortado que fué, se halló en su concavidad el vaso robado.

Demos por cierto nosotros, las gentes *razonables*, que el olivo se secó por casualidad (aunque nosotros ni lo afirmamos ni lo negamos); pero no motejemos, sino envidiemos al pueblo, envidiemos la inocencia y robustez de su fe, que cree al olivo encubridor secado por efecto del tremendo anatema de la Iglesia y no la profanemos con el nombre de superstición.

Al presente libro espera la suerte de las aceitunas, de las que se dice que no gustan á medias, sino que lo hacen con extremo ó causan hastío.

Como estamos persuadidos de que son más los que gustan de esta sabrosa indígena fruta, que no los que le hacen ascos, esperamos que lo propio acontezca á esta colección, que con tanto tiempo, trabajo, paciencia y

placer hemos formado y escogido, deseando que los lectores le apliquen una de las coplas que la componen:

A tomillo y romero
me hueles, niña.
—Como vengo del campo,
no es maravilla.

Fernán Caballero.



LAS TRES REGLAS

DE LA

GRAMATICA PARDA

ADVERTENCIA

Las agudas y graciosas TRES REGLAS DE LA GRAMÁTICA PARDA POPULAR, que son Ver venir, Dejar-se ir y Tenerse allá, necesitan explicarse ó definirse para que comprenda su sentido todo el que no sea andaluz; y no hemos dado con un modo mejor de conseguirlo, que hacer que las ponga en práctica un campesino. El lector conocerá que esto era en extremo difícil, como lo es concluir un cuadro con sólo medias tintas. Si escribimos el siguiente juguete dialogado con este objeto, fué para ofrecerlo como prueba de amistad y aprecio á uno de nuestros primeros literatos contemporáneos, al que agrada y hace mucha gracia el género andaluz; y siendo aquel nuestro solo fin, y este nuestro único interés, esperamos se nos dispense que de éste carezca la intriga.



JUGUETE DIALOGADO

PERSONAS

DON JOSE, *rico propietario de un pueblo.*

DOÑA ALFONSA, *su mujer.*

DONA CONCHA, *rica viuda, hermana de doña
Alfonsa.*

CALINTO, *hijo de don José y doña Alfonsa.*

EL TIO MATIAS, *capataz.*

MARIA, *ama de Calixto.*

ESCENA PRIMERA

EL TIO MATÍAS (*entrando*).—¡Alabado sea Dios!
(*Vuelve la cara por todos lados, y al ver que no hay
nadie, añade*): ¡Para siempre! ¡Vamos allá! ¡Esta
casa está que no la conoce el albañil que la hizo!
¡El amo no está en el despacho; el ama no está en
la despensa, y en esta estancia no hay nadie! Le
dije ayer al amo: «Señor, hay que cavar la viña,
que el año viene de mala vuelta, y si no se les da
á las cepas lo que piden, va á ser tan mala la ven-
dimia, que ni el Padre Santo podrá consagrar.» Y

por respuesta me dió un ladrido. El ama, cuando me encuentra, no me dice ni *adiós, borrico*. Sobre que desde que llegó de Sevilla el señorito Calixto, con su tía, esa fantasma, con más vientos que un fuelle, más faralaes que alero de un tejado, y más humos que el barco que manotea (1), está trastornada la casa esta... ¡Vaya! Ahí viene el señorito. ¡Qué real mozo se ha puesto! ¡Qué espelotado y qué bien empatillado! Y con eso, solo heredero de un caudal que no es ningún mayorazgo de perro y escopeta, sino de los recios... Este mozo es de los que no les falta sino sarna que rascar.

ESCENA SEGUNDA

Entra azorado CALIXTO.

CALIXTO.—¡Estoy desesperado!... ¡Dado á los diablos!

TÍO MATÍAS.—¡Dios guarde á usted, señorito! ¡Qué sofocado está su merced! ¡Válgame Dios, que viene usted hecho un toro de fuego!... ¿Qué es lo que le apura? Por lo visto, se ha levantado su merced con el moño alto.

CALIXTO.—¡No he pegado los ojos en toda la noche!

TÍO MATÍAS.—¿Cómo los había usted de pegar, si están las narices por medio?

CALIXTO (*ensimismado*).—¿Qué partido tomar? ¿Qué hacer?...

(1) Vapor.

Tío MATÍAS.—Señorito, me asusta su merced. ¿Qué es lo que le saca asina de tino?

CALIXTO.—Ser el más desgraciado de los hombres.

Tío MATÍAS. — ¿Esas tenemos?... ¡Por vía del judío!...

CALIXTO.—Mi enemiga suerte me depara un padre avaro, una madre corta de luces y egoísta, y una tía vana y tiránica. ¡Qué desgraciado sino! Qué fatal éstrella!

Tío MATÍAS.—Déjese su merced de términos surruscantes, señorito, y cuénteme lo que le pasa, que no será la primera vez que el tío Matías saca á su merced de atajos.

CALIXTO.—Verdad es; pero no es el presente de los de *antaño*, como diría usted. No se trata de disimular una travesura de niño, ni de lograr un capricho de muchacho: se trata de cosas de más monta; se trata de mi suerte, de la felicidad de mi vida.

Tío MATÍAS.—Pues con más razón tome su merced consejo. Como me ve usted con polainas y sajones, y como sabe que no tengo estudios de los finos, le parece á usted que no alcanzo y que no distingo. Pero yo diré á usted, señorito, que el saberse manejar en este mundo *indino* no se aprende en los libros, sino con los años; asina, el que quiera saber, que compre un viejo.

CALIXTO.—Ya sé que para manejarse tienen ustedes, los que no leen, una gramática parda, de que es usted catedrático de primer orden, tío Matías.

Tío MATÍAS.—Llámela su merced como quiera;

pero tenga presente que el saber lo dan los años con la experiencia, y que siempre se ha dicho: no sabe el diablo por diablo, sino por viejo; de manera que yo, que soy más viejo que Dupón, algo sabré; asina, desabróchese usted, y sepamos cuál es ese atolladero.

CALIXTO.—Pues sepa usted que mi padre me quiero enviar á la Habana á recoger una herencia que le disputan. ¿Le parece á usted? ¡Como si no tuviese bastante con lo que tiene!

Tío MATÍAS (*aparte*).—Acúsome padre, que soy carpintero. ¡Tarugo tenemos! (*Recio*.) Señorito, el tener no es una razón para no aprovecharse de lo que la suerte nos depara. Y siempre se ha dicho: bueno es un pan con un pedazo.

CALIXTO.—Que vaya el que lo desee por el pedazo, que yo no quiero ir. Mi tía está empeñada en que me vuelva con ella á Sevilla, que me case con su sobrina Diana, que es una alcuza vacía con muchos faralaes y cara de desenterrada, y que me establezca allí. En ese caso, me deja por heredero de cuanto tiene; pero si no se atiende á esta su voluntad, me deshereda... ¡Qué lo haga!

Tío MATÍAS. Eso debe tomarse en consideración, señorito. Verdad es que la niña alcuza, con más faralaes que el mar y más moñas que un conejo de rifa, no me hace gracia y me *achoca*; pero en cuanto á la herencia, esos son otros cantares, y merece considerarse; y tenga su merced presente, antes de largar prenda, que cosas se hacen de prisa que se sienten después despacio.

CALIXTO.—Nada, nada; quédese con su sobrina

y con su caudal, y váyase lo perdido por lo ganado... Mi madre, por su lado, no quiere consentir de manera alguna en mi viaje á la Habana, en mi establecimiento en Sevilla, ni que, concluidos mis estudios, vuelva á salir de aquí.

Tío MATÍAS.—¿Y dónde había usted de ir que mejor le fuese que en su pueblo, en su casa, al frente de su caudal, señorito? ¿Acaso quiere su merced ir á *diputar* á Madrid como el hijo del escribano?

CALIXTO.—No trato de eso: quiero viajar por el extranjero, ir á Madrid, ó á cualquier parte. Tres son mis superiores, y cada cual tiene su parecer, sin que atiendan al mío. Vamos, esta es la familia del dios Baco.

Tío MATÍAS.—No diga usted eso, señorito; que la familia del dios Baco son padre, hijo y el demonio. Pero usted está, por lo visto, como el cigarrón, que quiere saltar y no sabe dónde.

CALIXTO.—Mis padres, que tienen mucho caudal y no tienen más heredero que yo, ¿es justo que sean despóticamente mis tiranos? ¡Son crueles!

Tío MATÍAS.—Señorito, más que sea sólo la lengua que hable, que no lo haga mal de los padres, que eso es tan feo como pegarle á Dios en Viernes Santo. ¿Cómo quiere usted que consientan en que, como mal pájaro, abandone su tierra, su casa y sus padres en su ancianidad? Si tal quisiese mi hijo, le había yo de enseñar su obligación con una cartilla de acebuche.

CALIXTO.—No intento tal cosa. Estoy en que acabaré por establecerme en este pueblo, que aun-

que bien malo, es mi patria y la de mi familia, y en el que radica el caudal que algun día ha de ser mío; pero ya que mi posición me lo permite, quiero, antes de establecerme definitivamente en él, conocer el mundo, viajar, formar mis ideas, adquirir conocimientos para ser un caballero instruido y culto.

Tío MATÍAS.—Ya que se le ha puesto á su merced entre ceja y ceja el ver mundo, como les sucede á los mozos de los cuentos de encantamientos, no queda más sino que se conforme el amo, le dé una lanza, su bendición y el mejor caballo de la cuadra. Bien está: no hay que decir, toda vez que no intente su merced, á su vuelta del extranjero, ensayar el arado y el trillo de por allá.

CALIXTO.—Ne tenga usted cuidado, que no voy para estudiar trillos ni arados. En lugar de consentir en ese mi racional deseo, todos disponen de mí, sin tomar en cuenta mi propio parecer. ¿Puede darse tal tiranía? ¡Y luego dirán que me quieren! Lo que quieren todos es gobernarme.

Tío MATÍAS.—Ya veo, señorito, que está usted como el conejo, que todos le tiran; pero el hijo bueno sufre lo malo y lo bueno. ¿Y le han dicho á usted sus mercedes sus intentos?

CALIXTO.—No; me los ha comunicado mi ama, delante de la cual hablan sin reserva; pero ahora mismo voy á decirles á los tres con la boca de mi cara, que estoy firmemente resuelto á no ir á la Habana, á no casarme con la mal criada elegantona de mi prima, y á no sepultarme á los veintitrés años en un poblachón. (*Da unos pasos hacia la puerta.*)

Tío MATÍAS (*deteniéndolo*).—¿Qué va usted á hacer, señorito... sino á dar una campanada mal dada, y nada más? ¡Párese usted, señor!... ¡que no por mucho madrugar amanece más temprano!... Vamos á cuentas. Usted quisiera no embarcarse para la Habana, ni tampoco perder la gracia de su padre y los alimentos. ¿No es esto?

CALIXTO.—Por supuesto... eso es.

Tío MATÍAS.—Bueno sería también que, sin casarse con la alcuza de nombre reservado y faralaes almidonados, conservase usted la herencia y los bienes de su tía sin tranquilla.

CALIXTO.—¡Ya se ve!

Tío MATÍAS.—Y usted quisiera, señorito, que su madre consintiese en que se fuese por esos mundos, y si hacerse puede, que le previniese bien las alforjas.

CALIXTO.—Ese es el colmo de mis deseos.

Tío MATÍAS.—Pues por ver si se logra, ¿quiero su merced seguir mis consejos?

CALIXTO.—Según sean... Diga usted.

Tío MATÍAS.—Si no se han de seguir, me excuso el decirlos; y siendo así, junto este con este. (*Aprieta sus labios con los dedos*.) Prométame usted hacer lo que le diga; que si no sale bien, siempre está usted á tiempo de hacer lo que había pensado.

CALIXTO.—Prometo; y veamos lo que he de hacer.

Tío MATÍAS.—Estar se callado y metido en sus calzones, sin cogerles la delantera á sus mercedes; que en estos casos lo que hay que hacer es VER VENIR.

CALIXTO (*reflexionando*).—No atacar y estar á la defensiva para rechazar con ventaja. ¿Sabe usted, tío Matías, que no me parece mala táctica?

Tío MATÍAS.—¡La mejor, señorito, la mejor!... En este mundo, para no errar, no hay como no atropellarse, y VER VENIR.

CALIXTO. — Oigo que mis padres y mi tía se acercan disputando.

Tío MATÍAS.—¡Mejor!... Pero su merced toque de suela y tome camino. (*Calisto se va corriendo.*)

Tío MATÍAS (*solo*).—El amo es buen hombre y mal sastro. El ama, que no tiene más luces que las del día, es inocente de repique. La tía es más loca que un habar; á gentes de este jaez, se les da más vueltas que á una llave. A la presente, lo que se debe hacer es dejarlos entre sí, que una bola empuje á otra bola, y al mozo este es preciso meterle juncos para despabilarlo.

ESCENA TERCERA

Entran disputando acaloradamente DOÑA ALFONSA
DOÑA CONCHA y D. JOSÉ

DOÑA CONCHA.—¡Enviar á su hijo único á la Habana con peligro del vómito para recoger una herencia problemática! ¡Esto es inaudito, es una atrocidad!... ¡y no menos!

DOÑA ALFONSA.—¡Embarcarse el hijo de mi corazón, y estar un par de meses por esas mares hondas á merced de las olas y del viento!... ¡Y esto

por adquirir unos bienes que, gracias á Dios, no necesita! No lo consentiré, no.

DON JOSÉ.—Irá sin que consientas.

DOÑA CONCHA.—Es que él no querrá ir, y hará bien.

DON JOSÉ.—¿Qué es eso de no querrá ir, si se lo manda su padre?

DOÑA ALFONSA.—Es que no se lo mandarás, ni tomarás tal responsabilidad sobre ti; que eso sería de mal padre...

DON JOSÉ.—No necesitaré hacerlo, puesto que no es Calixto tan niño que no comprenda sus intereses; y sábetelo que por recoger una herencia se va, no á la Habana, sino á China, y se pone al trote aunque sea un grande de España.

DOÑA ALFONSA.—Sólo lo hace el que no tiene otra cosa.

DOÑA CONCHA.—O el que no tiene dinero para costear un agente.

DON JOSÉ.—¿Un agente? ¿Para que cargue con el santo y la limosna? ¡Cosas de mujeres!, que como no tienen ni que agenciar ni que manejar los intereses, no entienden de ellos una palabra.

DOÑA CONCHA.—Pues ten entendido que si se va en busca de una herencia que puede volverse sal y agua, como suele suceder con las herencias de América, pierde la mía, que es positiva, y que le aseguro si se establece en Sevilla y se casa con mi sobrina.

DOÑA ALFONSA.—¡Establecerse en Sevilla! ¡dejar solos á sus padres en su ancianidad! ¡abandonar su casa solariega, su caudal!... ¡Esto faltaba! ¡Y ade-

más, casarse por interés!... ¡No querrá, hermana, no querrá, y hará bien!

DOÑA CONCHA. — ¿Que no querrá vivir en una capital, en lugar de hacerlo en un poblachón? ¿Que no querrá la herencia que le brindo, con una mujer elegantísima, que es mi sobrina, y parienta suya? ¡Pues tendría que ver!...

DOÑA ALFONSA. — No querrá, porque no quiere á tu sobrina, y porque debe vivir al lado de sus padres, en su pueblo, en su casa, como lo han hecho todos sus antepasados; ¿y es este, hermana, un motivo para que lo desheredes?

DON JOSÉ. — Por eso quiero yo que recoja la herencia de la Habana, de la que desde luego le hace cesion este que usted, señora, llama mal padre, para que viva independiente y sin tener que avasallar su voluntad á herencias con condiciones.

DOÑA ALFONSA. — Más le avasallaría si para lograr la herencia de la Habana se expusiese á ser pasto de los peces del mar, de los caimanes, de los cocodrilos, que se comen á los hombres enteros... ¡Dios nos defienda!

DON JOSÉ. — ¡Miedos de mujeres, espantijos necios! Lo dejaremos á él que decida.

DOÑA ALFONSA. — Santa palabra!

DOÑA CONCHA. — Desde luego. Eso me place.

DON ALFONSA. — ¡Pues qué! ¿habrá hombre con sus cinco sentidos cabales que se quiera embarcar, que se quiera casar á gusto ajeno y que quiera establecerse fuera de su tierra?

DOÑA CONCHA. — Hermana, vives en Babia y atrásada un siglo de la era presente.

DoN JOSÉ.—En ninguna ora hay quien no vaya á roccoger una herencia.

DoÑA CONCHA.—Lo dicho, dicho. Decida él.

DoN JOSÉ.—Convenidos. (*Se va diciendo aparte.*)
Le hablaré.

DoÑA ALFONSA (*aparte al salir*).—¡Qué desengaño os vais á llevar! ¡Querer conocer á un hijo mejor que la madre que lo parió! (*A María, que ha estado en el fondo durante la escena.*) María, llama á Calixto, que quiero hablarle.

DoÑA CONCHA (*aparte saliendo*).—Pensar que Calixto, que es un muchacho elegante, se ha de meter en este villorrio... ¡qué ceguedad! Imaginarse que un hombre rico se vaya á América á defender un pleito... ¡Qué mezquindad de señor de lugar! Pero bueno es prevenir á Calixto de lo que pasa.

ESCENA CUARTA

CALIXTO, *el* tío MATÍAS

CALIXTO.—Ya ha oído usted lo que ha dicho María. Los tres me andan buscando para proponerme sus planes, muy creídos en que estoy dispuesto á avenirme á ellos. Ahora es la ocasión que me explique, tío Matías; ahora me oirán, y cada cual llevará un *no* debidamente recalcado.

Tío MATÍAS.—¡Nada de eso! Se pierde usted, señorito.

CALIXTO.—¡Pues no, que concedería á cada uno lo que de mí exige!

Tío MATÍAS.—Tampoco.

CALIXTO.—¿Pues cómo ha de ser este niño?

Tío MATÍAS.—Ni chato, ni narigón. DÉJESE IR, señorito; DÉJESE IR, y no diga ni sí, ni no. Ahí viene el amo; me voy; pero, señorito, no se desabroche usted, y DÉJESE IR sin soltar prenda.

CALIXTO.—¿Si tendrá razón el viejo marrullero? Vamos á ver, y sigamos las reglas de su gramática parda; seamos ambiguos para no exasperarlos ni consentirlos.

ESCENA QUINTA

DON JOSÉ y CALIXTO

DON JOSÉ.—Hijo, ya te hablé en otra ocasión de la pingüe herencia que tengo que pleitear en la Habana.

CALIXTO.—Lo recuerdo, señor.

DON JOSÉ.—Me escriben, que para acabar de poner en claro ese negocio, es preciso que vaya una persona entendida en leyes y de toda confianza, que lleve los documentos que aún faltan y se entregue en el caudal.

CALIXTO. Será muy acertado que la enviéis, padre.

DON JOSÉ.—Pero como personas de la confianza que este asunto requiere no se hallan, cómo tu acabas de concluir tu carrera de leyes, conocerás que nadie es más á propósito que tú mismo para el efecto; que dice el refrán, á lo tuyo, tú.

CALIXTO.—Gracias, señor, por la prueba de confianza que me dais.

DON JOSÉ.—Esta herencia pienso que la disfrutes íntegra, por vía de alimentos y en recompensa de tu trabajo:

CALIXTO.—Esto es una generosidad que agradezco como debo.

DON JOSÉ.—¿Te persuades, pues, de lo acertado de la disposición que he tomado?

CALIXTO.—No podéis tomarlas, señor, sino acertadas.

ESCENA SEXTA

LOS MISMOS *y* DOÑA CONCHA

DOÑA CONCHA.—Hermano, una hora hace que te están aguardando el capataz, el temporil, el sobajanero, el aperador, el guarda mayor, el manijero y el rabadán.

DON JOSÉ (*apresurado*).—Voy, voy. Hasta después, señora hermana. Usted se convencerá, mal que le pese, de que los hombres se conocen y entienden mejor entre sí, que no lo pueden hacer las mujeres, por muy Licurgas que se crean.

ESCENA SEPTIMA

DOÑA CONCHA *y* CALIXTO

DOÑA CONCHA.—¿Qué es esto? ¿Qué quiere decir me tu padre? ¿Acaso, insensato, has consentido en

ir al foco de la fiebre amarilla á disputar una herencia incierta, que para nada necesitas?

CALIXTO.—Un aumento de caudal nunca viene mal, tía.

DOÑA CONCHA.—Es que este aumento lo puedes tener sin hacer un viaje penoso, desairado y expuesto. Sabes que te he querido y quiero como á un hijo; así es, que desde ahora te declaro mi único heredero, si no emprendes ese desatinado viaje.

CALIXTO.—¡Tía, tanta bondad me confunde!

DOÑA CONCHA.—Te establecerás en Sevilla y te casarás con Diana, que te llevará en dote mi cortijo de los Almeses, que rinde sesenta mil reales anuales. Con otro tanto que te dé tu padre, podéis aguardar con paciencia nuestras herencias ¿Qué te parece?

CALIXTO.—(Que esto sobrepuja mis deseos, tía.

ESCENA OCTAVA

Entra apresurada DOÑA ALFONSA

DOÑA ALFONSA.—Hijo mío, ¿dónde te metes, que hace una hora que te ando buscando?

DOÑA CONCHA.—Está tratando de cosas harto graves, hermana; discute sobre los medios de no exponer su vida por codicia y de no enterrarse en vida, como podrían exigirlo de él cariños egoístas. *(Se va.)*

ESCENA NOVENA

DOÑA ALFONSA.—¡Esto es! ¡Esto es! ¿Conque está mi hermana fomentando en ti la malhadada idea de salir de tu pueblo, de tu casa y del lado de tus padres?

CALIXTO.—Pero, señora, el hombre á los veintitrés años no puede encerrarse para siempre en un punto, por bueno que sea; y puede usted tener por cierto, que el famoso ratón que se hizo ermitaño en un queso, era un ratón viejo.

DOÑA ALFONSA.—¡Mal hayan los barcos y los carros de fuego! Ellos son los que han alborotado al mundo; ellos son los que han introducido ese perverso afán de moverse y de moverlo todo, como si cada cosa no estuviese bien en el lugar que Dios le ha designado! ¡Hijo! ¿Dónde te ha de ir mejor que al lado de tus padres, en tu casa, en la que todos te quieren, en tu pueblo, en donde todos te conocen y te respetan?

CALIXTO.—Madre, si me fuese, sería tan sólo para hacer un viaje, ver mundo y después regresar.

DOÑA ALFONSA.—¡Hecho un descontentadizo y y renegando de tu país! Pues ¡y tu padre que te quiere echar por esas mares bravas en uno de esos navíos que se traga como anises!

CALIXTO.—Señora, todo el mundo va y viene á América, y no le sucede nada.

DOÑA ALFONSA (*sin atenderle*).—Tu tía quiere que te establezcas en Sevilla, sin tener presente á tus padres, que se quedan solos!

CALIXTO.—En cambio me asegura la herencia...

DOÑA ALFONSA.—¡Sí! si te casas con su sobrina, que sabe hablar francés y no sabe rezar el rosario; y poca salud que tiene. Tú habrás dicho que no.

CALIXTO.—No he dicho ni que sí ni que no.

ESCENA DECIMA

Entran DON JOSÉ y DOÑA CONCHA y el tío MATÍAS, que se pone en un extremo del proscenio detrás de
CALIXTO

DON JOSÉ (*restregándose las manos*).—Vamos, pues: veamos por lo que se ha decidido Calixto.

¡DOÑA CONCHA.—No, que le petaría más ser un aventurero, buscanco herencias por esos mundos, ó permanecer hecho un cena-á-obscuras en un poblachón, que el establecerse como un caballero en la capital de la provincial! ¿Qué dices, Calixto?

CALIXTO (*con decisión*).—Pues, señores, digo...

TÍO MATÍAS (*tirándole por la manga*).—¡TENTE ALLÁ! que palabra y bala suelta, no tienen vuelta.

CALIXTO (*algo turbado, bajando la voz*).—Yo... yo... no he decidido nada. (*Aparte.*) Dice bien; atrincherarse y no abrir postigo.

TÍO MATÍAS.—¡Asina! ¡Bendito sea su piquito, señorito!

DON JOSÉ. — ¿Cómo es eso? Hijo, ¿no quedamos...?

CALIXTO. — En nada, señor.

TÍO MATÍAS. — Bien, retebién.

DOÑA CONCHA. — Después ha hablado Calixto conmigo, y como cuerdo, trata de complacer á una tía que le propone lo que le conviene. ¿No es así?

CALIXTO. — Todo lo que queráis, menos...

TÍO MATÍAS (*tirándole por la manga*). — ¡TENTE ALLÁ!

DOÑA CONCHA. — ¿Qué decís?

CALIXTO. — Que podré complaceros cuando vuelva de la Habana, si voy, aunque no estoy decidido.

TÍO MATÍAS. — ¡Bien! esto es entenderlo.

DOÑA CONCHA. — No irá á la Habana á correr tras de una herencia como un don Nadie, como un pobreton. ¡Oh!, señor cuñado, no todos los hombres se entienden entrè sí.

DON JOSÉ (*aparte*). — Esta culebra me lo ha en vuelto. Aunque pierda su herencia mi hijo, no sentiré que ella disponga de él. (*A Calixto á media voz.*) Te dispenso del viaje á la Habana y te duplico tus alimentos si rehusas el casarte con la mal criada sobrina de tu tía. (*En alta voz.*) Calixto no piensa casarse por ahora, pues los caballeros de mi casa no acostumbran á casarse por interés.

DOÑA CONCHA. — Me embarca á Calixto para la Habana, porque no he visto hombre más testarudo que este cuñado mío. (*De quedo á Calixto.*) ¡Hijo mío!, te aseguro mi herencia sin condiciones, con tal que no vayas á la Habana.

DOÑA ALFONSA. — Despachándose á su gusto y

disponiendo de mi hijo están ambos, sin tomar en cuenta para nada á la madre que lo parió. ¿A que la una con su labia y el otro con sus sentencias logran, la una que se case con la casquivana de su sobrina, y el otro que se embarque? ¡No lo permita su Divina Majestad! (*Se acerca presurosa á Calixto y le dice al oído.*) Hijo, hijo, si no te embarcas para la Habana ni te estableces en Sevilla, no sólo te permitiré que viajes por la tierra firme, sino que te daré el dinero que para ello necesites.

CALIXTO (*aparte á su madre*).—Estoy conforme, madre.

DOÑA ALFONSA (*alto*).—Calixto ni se va á América ni se establece en Sevilla. ¿Conocía yo al hijo que parí?

DON JOSÉ (*á su mujer*).—Costilla de mi costado, mi hijo no se quedará pegado á tus enaguas como una faldriquera. Irá á Madrid á cuidar de que las Cortes me indemnicen del privilegio que gozaba mi casa, y del que la han desposeído.

DOÑA CONCHA.—Celebro, hermano, que hayas desistido de tu disparado intento, y mi hermana de su proyecto cena-á-obscuras, que quería para Calixto la existencia de una ostra.

TÍO MATÍAS (*á Calixto, aparte*).—¿Lo ve su merced, señorito? Ha logrado usted de ellos lo que ha querido, y los tiene metidos y agradecidos.

CALIXTO.—Es cierto; pues no me embarco. no me caso, no me establezco por ahora en ninguna parte, y me voy á viajar. Este buen resultado se lo debo al tío Matías.

DON JOSÉ.—¿Al tío Matías dices?

DOÑA CONCHA.—¿Al capataz? ¿Por qué medio?...

CALIXTO.—Por medio de TRES REGLAS DE SU GRAMÁTICA PARDA.

DON JOSÉ.—¿Y cuáles son esas reglas que te ha dado el viejo marrullero?

CALIXTO.—Son: VER VENIR, DEJARSE IR y TENERSE ALLÁ.





Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias

Y SIN NOTAS DIPLOMÁTICAS

ESCENA POPULAR ANDALUZA

El pueblo de Chiclana, distante dos leguas de la ciudad de San Fernando, está separado de ella por las albinas y pantanos, que son los naturales baluartes de aquella población.

Aunque pueblo de campo, es grande y está asentado sobre dos alturas, entre las que pasa el río Liro (1), muy progresista en invierno y muy moderado en verano.

Este pueblo campestre es notable por su buen caserío, (labrado en gran parte por los ricos moradores de Cádiz, que en todo tiempo han gustado mucho de desembarcar de su navío de piedra, para buscar la tierra, el campo, la vegetación y todas las bellezas de la Naturaleza rural), y en ninguna parte por aquellas cercanías han podido satisfacer

(1) Otros le llaman Arillo; mas el castillo que existió allí tenía por nombre Liro.

tan cumplidamente sus deseos como en el mencionado pueblo. Su campo es hermoso, y, sobre todo, variado.

Siguiendo el curso del río, y paralelamente á la isla ó ciudad de San Fernando, se encuentran las monótonas albinas y un coto llano y verde que se une á otro llano líquido y azul, el mar. Entre ambos se levanta el castillo que lleva el grave nombre latino de Sancti Petri, el que vió la batalla de la Barrosa á sus espaldas, mientras á su frente ve tan repetidos naufragios, quedando siempre, entre los huesos que aún cubren el suelo y los despojos que cubren la playa, sombrío é inerte como un obelisco en un cementerio.

En cambio, los caminos que en las otras direcciones llevan á Medina, Vejer y Conil; serpentean por terrenos quebrados entre huertas, viñas, sembrados y pinares, todo lindo, todo diverso y perfumado con las enérgicas fragancias del tomillo, del orégano y del delicioso almoradux, que se cría en aquellos terrenos en gran abundancia.

Merced á ser pueblo de baños, por tener aguas minerales, y serlo también de recreo, tiene Chicla-na su aire elegante y ataviado. Uno de sus adornos es, no el puente, del que por respeto á sus años y á sus buenos servicios no hablaremos, sino una espaciosa alameda que se extiende á lo largo del río, detenido en sus límites por un parapeto de cantería.

Como esta alameda está en el sitio más céntrico, más pasajero y más alegre del pueblo, suélense sentar en los bancos de piedra que se alzan entre

uno y otro árbol, los aficionados al *farniente* y á tomar el sol. Estos amigos de Febo tuvieron la peregrina idea de condenar á destierro y muerte á los dos más bellos árboles de la alameda que se hallaban á la entrada, por haberse hecho culpables de... ¡dar sombra! El siglo de las luces debería premiar á estos enemigos de la sombra. ¡Oh, astro magno, cirio pascual entre las luminarias de la celeste bóveda! ¡Ya que no lo haga el siglo, recompensa tú el apasionado amor de estos tus seides, con las flechas más agudas y candentes de tu dorado carcaj!

La falange de estos sectarios del *farniente* y del sol se compone en su mayor parte de viejos, de inválidos, de pordioseros y de infinitos muchachos de poca edad, de esos que denomina Paúl Feval *intrépidos inconvenientes de los sitios públicos*. Allí, pues, acuden todos y se ponen á comer piñones, y sería difícil hallar un pueblo en que se haga más consumo de dicha almendra.

Los chicos chillan y bullen, los viejos se sientan y *platican*, ocupación que aman con extremo, y en que sobresalen los hijos de Vandalia. Allí se habla de todo y se discurre muy bien, y un taquígrafo podría recoger materia para un curioso volumen, en que no faltarían anécdotas, sentencias, refranes, dichos agudos y chistes burlescos, porque la burla es el sempiterno alimento de la conversación de los andaluces.

En vista de que los taquígrafos están empleados en el salón de las Cortes, vamos nosotros á constituirnos en taquígrafos de la alameda del terra-

plén de Chiclana. A cerquémonos á este comité, en que lleva la voz un inválido mendigo que hizo sus hazañas en la guerra de la Independencia, y relata por milésima vez las mismas batallas, escuchadas siempre con el mismo interés por su auditorio, porque el hombre del pueblo andaluz, en quien rebosa el pensamiento, no es hablador vacío y de profesión; su locuacidad es inteligente y no mecánica, y así sucede que escucha con el mismo interés que habla.

—No fueron ustedes, la gente de tropa, los solos en ser *afusilados* por aquellos franceses de Napoleón—dijo otro viejo pequeño y de cara bondadosa, al concluir el veterano la relación de una de las mil catástrofes que herían sin desanimar al heroísmo que sostuvo aquella gloriosa guerra:—que no faltó un tris á que lo fuésemos yo y mi *compae* Juan. Si no hubiese sido por las señoras de S..., que vivían, y aún viven, en aquella casa (y el narrador señaló una de las cinco casas que forman un costado de la gran plazuela en que desemboca el puente), de esa familia que de padres á hijos ha sido siempre tan buena para los pobres como el agua para el trigo; como iba diciendo, si no hubiese sido por sus mercedes, no me hallaría yo á estas horas platicando con los vivos.

—¿Y cómo fué eso, tío Cayetano?—preguntó un mozo cojo, que era de Conil.

—Han de saber ustedes—contestó el interrogado—que por aquel entonces teníamos yo y mi compadre unas bestiecillas, y nos ejercitábamos en hacer carbón y venderlo á los franceses. Los

asistentes de un *comendante* que estaba alojado en aquella casa nos quisieron mercar dos cargas. Nos metimos en trato y nos ajustamos; pero al recibir las cargas, se empestillaron en que no tenían las seis arrobas cabales, se rufianaron, y no quisieron pagar lo ajustado. Pensaban ellos que acá teníamos las muelas de corcho; pero se engañaron, porque nosotros no nos amilanamos, sino que les dijimos: «Mau, mau, caballeros; acá seremos tontos hasta donde nos hizo Dios, pero no hasta donde nos quieren hacer los hombres.» Nosotros que sí, ellos que no; ellos sin entender el español, que hasta los burros entienden, y nosotros sin comprender su jerigonza, que el diablo que la entienda; les dije yo que, para acabar presto, iría en un brinco por la romana. ¡Caballeros! No bien lo hube dicho, cuando se echan sobre mí aquellos sayones gritando como grajos; uno me sacude, otro me empuja, otro me zamarrea; mi compadre, que veía *aquesa* barbaridad, les dijo: «Señores, ¿en qué les ha ofendido mi compadre? Su merced no ha hablado malamente; no ha dicho más sino que para convencerlos y traerlos á la razón, iba por la romana.» Apenas lo hubo dicho, cuando me sueltan á mí y la emprenden con él, que daba compasión, pues cada trancazo que le descargaban valía un duro. A la gritería que se armó se junta gente, acude la guardia y sale el *comendante*, al que le cuentan en su algarabía lo que pasa. Vamos, pensamos nosotros, este gobierno le meterá el resuello para adentro al *ipolismo* de esos leones; pero, señores, se nos heló la sangre en las venas cuando vi-

mos que aquel Fierabrás echa mano á la espada y se viene sobre nosotros con los ojos que se le salían del casco y las narices más hinchadas que las tiene el mar cuando le duele la barriga. «¡Dios nos la depare buena! —le dije á mi compadre; —ya nos podemos poner bien con su Divina Majestad, que el fin de fiesta no seremos nosotros los que lo contemos.» «Nos quieren quitar la vida para no pagar el carbón—me respondió mi compadre;—pero podrían hacerlo sin tanto *intrépitu* y sin antes romperle á uno los huesos del cuerpo.»

En aquel conflicto, cate usted que se presentan las señoras de la casa, que parecían ángeles, para saber por qué se había armado aquel tiberio. «Señoritas—les grité,—nos llaman brigantes, y nos quieren matar, porque, aferrándose en que el peso del carbón no está cabal, des hemos dicho que iríamos á traer la romana...» «A la cárcel», gritó el *comendante*, que, por lo visto, lo que no quería era que se pesase el carbón. Pero fué el caso que aquellas señoras se desternillaban de risa, y que habiéndole hablado en su parla, el *comendante* se echó á reir también, y mandó que se nos pagase y que se nos dejase ir, lo que hicimos nosotros, y por los aires, y sin volver la cara atrás.

—Tío Cayetano—dijo el cojo de Conil; —¿y por qué se pusieron tan embravecidos aquellos franceses?

—¡Toma! Porque siempre estaban de *aquesa* manera.

—Fué—dijo en voz hueca y en tono de superioridad el veterano—porque si usted y su compa-

dre, al mentar á la romana aludían al peso, ellos creyeron que les amenazaban con el general la Romana, que era un caudillo de los más sonados, y con razón, porque la hazaña que él hizo, desde el Cid acá no se ha visto otra.

—¿Y qué fué?

—Los franceses aquellos quisieron también meterse en casa del ruso, como lo habían hecho por acá, y para ayudarles en la empresa, se llevaron un ejército español con su general y su plana mayor, completo de un todo. Este general fué la Romana, el que, aunque tamaño como del codo á la mano, era un hombre como son los hombres; un español de antaño, más valiente que Pizarro y más leal que valiente; llegó á saber que se habían llevado al rey de España, y que para rescatarlo y defender su tierra se estaban armando los españoles todos, desde los viejos hasta los niños, y entonces se escapó con todo su ejército, como si hubiesen tenido alas en lugar de mochilas, y se vino á su tierra para defenderla; y esta hazaña ha de ser sonada mientras el mundo sea mundo, porque ¡cuí-dado con escapársele de entre las manos á aquellos cancerberos, y venir aquí á hacerles cara á los franceses aquellos, que les llevaban un palmo á los franceses de hoy!

—¿Qué está usted diciendo, señor? — le interrumpió el de Conil. — ¿Pues qué, llevaban zancos?

—Calla tú, pata galana—contestó el veterano;—lo digo yo, y basta; yo lo digo, yo, que los miré cara á cara antes que pensaras tú nacer.

—Pues por más que lo diga usted, no creo yo que los padres altos tuvieran todos por un rasero los hijos con un gemo de cuerpo menos que ellos, ni lo cree nadie, tío Mambrú.

—Los señores me creerán á mí y no á ti, ¿estás?, que habiendo hombres en el mundo, ¿quién hace caso de chavales? Y sábetelo que en diciendo yo una cosa, la firma el rey.

Los franceses aquellos, que gastaban más fantasía que pesetas, habían dado en la gracia de burlarse de los andaluces diciendo que eran fanfarrones, y que todo en ellos era jarabe de pico, mentiras peladas; que lo que sabían era enamorar, y *ajicalarse*, y torrear, y otras *despresiones* que le dejaban á uno con la cara llena de frente... Mas acabó por entonces la batalla de Bailén, en la que el ejército francés entero y verdadero, con sus águilas, sus furgones, sus gorras de pelo, sus generales y su Dupont, cayó prisionero, por lo que un coplero de los recios sacó una décima que decía asína:

Si con fleco en la montera
y capote de alamares,
pensabais que no hay militares
de arrogancia verdadera,
esta victoria primera
os demostrará mil veces
que los que saben corteses
cortejar y gastar oro,
mentir y matar un toro,
saben matar los franceses.

—Dios guarde á usted, tío Cayetano, y la compañía —dijo, acercándose al grupo, un naranjero de Vejer;— ¿no puso usted un puesto de carbón?

—Sí, pero lo quité.

—¿Y por qué?

—Porque el demonio que hiciera carrera con los marchantes; lo querían bueno, barato, fiado, bien despachado y con agrado; pero es el caso que de aquesta manera ellos se fueron riendo, y el puesto se quedó *á ti suspiramos los enterrados*.

—Tío Mambrú—dijo el naranjero, dirigiéndose al veterano,—pues qué, ¿no se había usted muerto?

El veterano, malhumorado por la pregunta, contestó con un *no* enérgico, quintineado extracto de la negativa.

—¡Pues si me lo aseguraron!...

El veterano no se dignó responder.

—Señor, si me dijeron de usted, como del Mambrú, que lo habían visto enterrar...

—¡Dale!... ¡Si me hubiese muerto, no lo negara, castañas!

—Pues si no se ha muerto, se morirá.

—Y tú, ¿te quedarás por acá?—dijo con coraje el veterano.—¡Vaya, sólo los vejeranos los ganan á brutos á los de Conil!

—Pues mire usted —repuso el vejerano,—que los chielaneros pueden echar planta. Que lo diga la duquesa de Medina-Sidonia, y lo que le pasó cuando vino á Chielana á visitar sus estados.

—Entonces—contó el naranjero—estaba todavía en pie su castillo, que después han echado abajo; pero no tenía puertas, por lo que en su lugar col-



garon una cortina de damasco en la estancia de su excelencia. Es de advertir que, como el hueco era muy alto, la cortina no llegaba hasta el suelo. Se juntó el Ayuntamiento de la villa para discurrir el modo de hacerle su venera á la señora y de hacerle un agasajo, y lo que discurrieron fué llevarle un plato de brevas. Así lo hicieron, marchando por delante el alcalde con el plato de brevas, y siguiendo los demás en procesión.

Cuando llegaron y se encontraron con la cortina, se preguntaron unos á otros que cómo se entraba, pero ninguno acertó en el modo de hacerlo, hasta que el alcalde, que era el más listo, se puso á gatas y coló por debajo de la cortina con su plato de brevas en una mano y gateando con la otra; los demás hicieron lo propio.

Cuando la duquesa vió entrar aquella procesión á gatas, se asustó, y luego que se enteró del asunto le dió tal coraje, porque lo tomó á guasa, que cuando le presentaron las brevas las cogió y se las empezó á tirar; el ilustre Ayuntamiento echó á correr que volaba, y cuando estuvieron en la calle se decían unos á otros: «¡Si como han sido brevas hubieran sido chinas, nos achoca la indina!

—Si como mientes corres— dijo el tío Mambrú,— ¡El demonio qué te alcance!

—Muchísima verdad que es—opinó el de Conil,—que ese lance lo saben hasta las piedras de la calle; desde que principió el relato lo recordé.

—Oye, pata galana, ¿hay en tu pueblo pilón para las bestias?

—En donde hay campanas, hay de todo, tío Mambrú; ¿por qué lo pregunta usted? ¿Tiene usted sed?

—No lo pregunta por eso—dijo el tío Cayetano; —sino para recordarte á ti el alcalde de tu pueblo que lo mandó hacer, y no sabiendo el albañil la altura que le había de dar, se puso el alcalde á gatas y le dijo: «A esta altura, que donde alcanzo yo alcanza un burro.»

—Ya estoy, ya estoy, señor Cayetano, que más corre un cojo que un sano—contestó el de Conil;— en mi resguardo nada se pasa por alto, y más que sea el tío Mambrú un soldado viejo ó un gitano... ¿se entera usted? ¡Por vía del judío! ¡Y qué sobre sí están los *ataja-primos*!

—¡Y qué insolentes son los *desechados*!

—¡Y qué entrometidos los *tardíos*!—respondió con coraje el de Conil.

—¡Señores, paz! Que parecen ustedes gallos de reñidero—observó un viejo de Medina que vendía los ricos alfajores que allí se elaboran.

—Tau, tau, callen los zorros—repuso el cojo.

Mas antes de proseguir y de pintar la explosión de coraje que (como si estos apodos hubiesen sido las mayores injurias personales) produjeron en aquellos á quienes se aplicaban, referiremos el origen de cada cual, lo que no deja de ser curioso y de tener algún interés para los pocos que en nuestro país estudian, y á quienes interesa la índole y el giro de las invenciones burlescas y tradicionales del pueblo de campo.

El de *ataja-primos*, mal nombre que pica de

muerte á los chiclaneros, dicen que debe su origen á dos primos que, estando en la orilla del río, vieron la luna reflejada en él, y la quisieron coger; pero como por más que corrían, el reflejo quedaba siempre á igual distancia de ellos y nunca lo podían alcanzar, le dijo el uno al otro: «Da vuelta, adelántate, y *atájala, primo.*»

El de *tardíos*, que incomoda tanto á los de Vejer, proviene de haber querido echar abajo un peñaseco que les estorbaba, y que tiene vetas amarillas. Cuéntase que el medio de que se valieron para llevar á cabo tan ardua empresa, fué el tirarlo huevos, los que se estrellaron en él, como lo atestiguan las vetas amarillas. Habiendo consumido sin obtener resultado el repuesto de huevos que llevaban, enviaron á algunos de entre ellos al pueblo para que les trajesen más. Tardándose los comisionados y estando ellos tan enfurcionados y tan impacientes por llevar su obra á cabo, se pusieron á darles voces, diciendo: «¡Llegad, *tardíos!*»

En cuanto al de *zorros*, que enfurece á los de Medina, refiérese que estando este pueblo en poder de moros y no pudiendo los españoles hacerse dueños de él, discurrieron una treta, que fué la de fingirse zorros. Así sucedió que una noche los moros de Medina oyeron con espanto tal concierto de aullidos de zorros en todas direcciones, y un tau, tau tan estrepitoso y general, que se asustaron y abandonaron el pueblo, de que se posesionaron pacíficamente los fingidos zorros.

Tocante á los *desechados* de Conil, no hemos po-

dido, á pesar de nuestras investigaciones, hallarlo más etimología, sino el que en siendo de Conil, nadie los quiere ni encuentran cabida.

La contienda se iba acalorando cada vez más, sin que el tío Cayetano, que tenía buena índole, tomase parte en ella.

—Señor—le dijo el veterano,—¿está usted ahí como el niño de Diego, que nació mudo, sordo y ciego!

—En boca cerrada no entran moscas—contestó el interpelado.

—¿Pero no lo está usted oyendo? ¡Por *vía* del dios Bacol, que tiene usted más calma que la iglesia mayor.

—Dos buenos callos me han nacido: uno en la boca y otro en los oídos—contestó el tío Cayetano.

—Pues estos deslenguados no tienen ninguno en la boca, ni yo ninguno en los oídos.

—Ni en la lengua—dijo el de Conil,—que estoy para mí que con los franceses aquellos que le llevaban un gemo á los de ahora, no había usted de gallorear tanto.

—¡Eso es!—contestó furioso el veterano;—¡eso es! tú, *desechado*, cara de sardina frita, como me ves viejo, me insultas, por aquella orden del día de los cobarles y pillos: ¡á toro muerto gran lanzada!...

—¡Cristianos, callad!—dijo el tío Cayetano,—que duro con duro, no hizo jamás buen muro.

Los intrépidos obstáculos de los sitios públicos, que entre otras buenas cualidades, cuentan la de ser

curiosos, y de enterarse de lo que no es menester y de lo que no les va ni les viene, habían acudido al oír las voces de los contrincantes, se habían impuesto del origen de la querella, y cantaban ahora en voz y en grito:

De Medina son los zorros,
de Vejer la pompa vana,
de Conil los desechados,
los borrachos, de Chiclana.

—¿Queréis callar, hato de tunos y pelgares?—
les gritó el de Conil, levantando con amenaza su muleta.

—Canta la rana, canta la rana,
y no tiene ni pelo ni lana,

gritaron en coro y en diversas voces, á cual más desentonadas, los pilluelos.

—Canta la rana, canta la rana,
y no tiene ni pelo ni lana.

Entre tanto, otros chiclaneros se habían unido al tío Mambrú en defensa de su racionalidad. Los gritos habían llegado del *crescendo* al *fortissimo*. La turba muchachil había acudido á su económico proyectil, y se apedreaban sin piedad. Los de la contienda, cada vez más exaltados, se tiraban volantes sacados de un diccionario no académico, y se preparaban con gestos amenazadores á venirse á las manos, cuando de repente y como por magia sucedió á esta algazara general un absoluto silen-

cio; á este encarnizamiento, el olvido y la indiferencia más completa. En un momento los *intrépidos inconvenientes*, en la más perfecta unión, habían despejado el campo, y se les vió, cual salamanquesas, trepados y pegados á las rejas de las primeras casas que pudieron alcanzar. El naranjero corrió hacia una cuadra y desapareció; el cojo pudo alcanzar una berlina sin enganchar que se hallaba al frente, cuya portezuela abrió, subiéndose en ella y volviendo á cerrarla; la mayor parte, sobre todo los pobres viejos, se subieron sobre el parapeto y saltaron al otro lado, escondiéndose entre las hierbas. La asamblea se deshizo como el humo; el terraplén, poco antes campo de Agramante, apareció solo, tranquilo, despejado como una iglesia á media noche.

Este pronto y pacífico desenlace, este súbito cambio en los ánimos, esta paz improvisada, este calmante de las iras, este pacificador por excelencia, este cortador de nudos gordianos, era... un toro de cuerda que se había presentado repentinamente, desembocando por una de las calles que abren en el terraplén; toro que después de haberse parado un momento, y vacilado sobre la dirección que tomaría, se había decidido por la que conducía al puente, y se acercaba corriendo, seguido de una gran muchedumbre gritadora, silbadora, soez, descompuesta y frenética.

El taquígrafo, que se había ya ausentado desde el fuego graneado de voces indisciplinadas, y observaba desde la orilla opuesta el mágico y magnífico efecto causado por la presencia de aquel pa-

cificador, deseó de todo corazón que no parase su carrera; y después de dar la vuelta de Europa, de Asia, de Africa, de América, con igual feliz resultado, viniese á ser coronado de olivo á reemplazar con ventaja en su altar al becerro de oro.





UN QUID PRO QUO

No contamos un cuento: referimos un hecho en toda su sencilla verdad, tal cual salió de la boca del editor responsable, que es un boyero. Aquel á quien asuste la fuente, el chorro y el recipiente, esto es, el boyero, su relación y el trasladante que va á poner en letras de molde lo que recogió, que no lo lea, puesto que si supiéramos que íbamos á ser leídos con prevención, se tornaría la ligera pluma que tenemos en la mano en un inamovible barrón.

Hay en uno de los pueblos de Andalucía, que alza sus blancas casas bajo un cielo que crió Dios sólo para cobijar á España, desde Despeñaperros hasta la ciudad que defendió Guzmán el Bueno, un convento, abandonado como todos, gracias al *progreso de las ruinas*, situado sobre una elevación del terreno, al fin de una ancha y solitaria calle, á la que dió su nombre San Francisco; es hoy más

propiamiento que nunca la última casa del lugar. Eleva el convento su grandiosa puerta hacia el pueblo, y extiende su huerta en el campo. Hubo en esta huerta muchas palmeras; hay ancianos que las recuerdan; pero sólo quedan dos, unidas como hermanas. Hubo en el convento muchos religiosos, pero ya no queda sino uno solo. Las palmas se apoyan una en la otra; el religioso en la caridad de los fieles. Todos los martes viene á decir una misa en aquella magnífica iglesia abandonada, que ya no tiene campana para llamar á los devotos. ¡No hay voces con que expresar los sentimientos que inspira el ver en este suntuoso templo al venerable anciano ofrecer en silencio y soledad el augusto sacrificio! No puede uno menos de figurarse que aquel sagrado recinto está lleno de espíritus celestes, entre los cuales sólo el sacrificante está visible. La iglesia es de una altura portentosa, y tan apacible y alegre, que parece que sólo se edificó con el fin de que en ella resonase el sublime himno del *Te Deum*, ó el no menos sublime cántico del *Gloria*.

El altar mayor, primorosamente esculpido en el género churrigueresco, deslumbra con la multitud de flores, frutas, guirnaldas y cabezas de ángeles dorados, que ostenta con tal profusión y tal brillo, que prueba que al labrarlo no entraron en cuenta ni el tiempo ni el gasto. —¿Para qué sirve el oro hoy en día? ¿Para qué el tiempo? ¿Empléase mejor? El que nos afirme que sí, nos consolará de la supresión de los conventos. Mientras no, lloraremos sobre aquel grandioso coro, aquellas ricas ca-

pillas, aquel soberbio tabernáculo, frío y vacío como el corazón del incrédulo. ¡La incredulidad! Ella es el gran triunfo que logra la materia sobre el espíritu, la tierra sobre el cielo, el ángel apóstata sobre el ángel de luz.

La plazuela que separa el convento de la ancha calle que á él conduce, está cubierta de hierba; allí sueltan los carreteros sus buyes en horas de descanso. Al entrar en el compás, en lugar de escalones, se sube una pequeña cuesta terraplenada; á los lados sostienen la tierra unos poyos de mampostería; al frente está la puerta de la iglesia; á la derecha una capilla de la Orden de los Terceros; á la izquierda se sigue para buscar la portería.

Lector, si eres afecto á las cosas de nuestra vieja España, acude aquí. Aquí aún está en pie la iglesia; aún vegetan sin cultivo las dos palmas; aún existe un fraile franciscano que dice misa en la escueta iglesia; aquí aún hay boyeros que refieren sucesos en los que se aparee lo religioso y lo festivo, con esa buena fe y sanidad de corazón del niño que juega con las veneradas canas de su padre, sin creer por eso que le falta al respeto. Pero acude pronto, porque antes de mucho desaparecerá todo esto, y habremos de llorar sobre ruinas, á las que lo pasado prestará toda su magia, como para vengarlas.

El tercer día de la semana brillaba puro y alegre, ignorando sin duda la calidad de aciago que le prestan los hombres, y muy ajeno de que un refrán su enemigo le quiera privar del placer de ser testigo de bodas y embarques. Un martes,

pues, ajeno de toda influencia ó mira hostil, como si fuese un domingo, subía la calle de San Francisco una señora, que es la que nos ha referido lo que vamos á contar. Se dirigía al convento vacío para oír la misa de los martes, en la que Dios iba á llenar aquel templo abandonado con su Augusta Majestad.

Cuando llegó, aún no había venido el sacerdote, y la iglesia estaba todavía cerrada. Sentóse en el compás, sobre uno de los poyos de mampostería, entre tanto que llegaba el padre. La mañana estaba tan fresca, que hacía dulces los rayos del sol. El frente de ella veía descollar las palmeras como dos nobles gemelas, que lloraban, sin doblarse ni humillarse, su persecución y abandono. Los buyes tendidos en la plazuela rumiaban pausadamente, y tan inmóviles, que se posaban los pajarillos en sus astas. Las lagartijas se paseaban por las paredes, de que eran dueñas absolutas, en un vergel de alcaparras, de rosadas flores y de parietarias, mirándolo todo con sus grandes é inteligentes ojos. En el esmalte del cielo... (mal decimos: ¿quién hace un esmalte que se parezca á ese cielo?) vagaban blancos y ligeros celajes, como el humo de un puro sacrificio en gloria del Altísimo. Era una mañana en que era dulce el vivir; tanto hacía olvidar la Naturaleza los estrechos círculos con que nos agitamos con afán, y en los que el vivir es una fatiga.

Dos boyeros se sentaron en el mismo poyo que la señora.

Un andaluz no se corta nunca; el sol puede

eclipsarse, la serenidad de un andaluz no se eclipsa en la vida de Dios. El sultán Harum-Araslechid, si hubiese reinado en Andalucía, hubiera podido ahorrarse los disfraces de que usaba para mezclarse entre su pueblo, sin imponerle cortedad. No es debido esto á que menosprecie las superioridades este pueblo, no; es que si bien se quita el sombrero ante una superioridad, no agacha la cabeza. Así fué que, aunque esa señora era una de las principales del pueblo, y aunque había otros asientos, aquél les pareció el más bonito, y en aquél se sentaron á *platicar*, sin cuidarse de ser oídos.

En los países del Norte, la gente del campo es perfectamente buena y perfectamente estúpida: piensa poco y habla menos; pero en Andalucía el pensamiento vuela, y la palabra le sigue. Pueden quedarse estas gentes sin comer y sin dormir dos días sin mayor molestia; pero callados dos minutos, eso no puede ser. Si no tienen con quién hablar, cantan.

—Hombre —le dijo el uno al otro,—no puedo mirar aquella capilla de los Terceros sin acordarme de mi padre, que era hermano, y cuando yo era muchacho me traía aquí todas las noches á rezar el rosario, que á la oración rezaban los hermanos.

—¡Cristiano! ¡Y qué hombre era tu padre! ¡Ya no los hay de aquella cantera!

—¡Qué ha de haber! Los hombres, hoy por hoy, son un hato de haraganes, sin más devoción que la de San Rorro, patrón de los borrachos... Decía mi padre (en gloria esté) que desde la guerra de la guillotina del francés se torció el carro... Pero va-

mos al caso: me contaba su merced un suceso acaecido en este convento... Acudía toda la gente de este barrio á los frailes, para que asistiesen á bien morir... Hoy en día más de cuatro se van al otro mundo como perros ó judíos... Quedábase, pues, todas las noches un padre velando y listo por si lo requerían, é iba eso por turnos. Una noche que le tocó la vez á un padre muy conocido y bien visto en el pueblo, que se llamaba el padre Mateo, vinieron á llamar tres hombres á la portería, requiriendo á un religioso para que fuese á auxiliar á uno que se estaba muriendo. El portero avisó al padre Mateo, que bajó tan luego. Pero apenas se había cerrado la puerta del convento, los tres hombres le dijeron que era preciso que á buenas ó á malas se dejase vendar los ojos. Al padre le hizo aquello una gracia como si le sacasen las muelas; pero ¿qué había de hacer el santo varón sino agachar las orejas? Porque aunque era un mocetón como un trinquete, que tenía buenos puños para defenderse, aquéllos eran tres, era gente del bronce, y venía armada. Además, tampoco podía su merced desatender á su ministerio, y sólo Dios sabía cuáles eran las intenciones de los que lo llamaban. Así fué que se dejó vendar, y dijo: «¡A Roma por todo!»

Nadie puede saber las calles que le hicieron andar: por ésta me entro, por estotra me salgo, hasta que llegaron á un casucho, lo subieron por una escalera, lo empujaron en un cuarto, y lo encerraron. Quitóse la venda, pero todo estaba obscuro como boca de lobo; oyó entonces un gemido hacia un rincón de la estancia.

—¿Quién se queja?—preguntó el padre Mateo.

—Señor, yo soy—contestó una voz lastimera de mujer;—aquí me tienen esos malvados, que me quieren matar después que me haya puesto bien con Dios. ¡Esto es una iniquidad! ¡Padre, por María Santísima, por la sangre de Cristo nuestro Señor, por los pechos que lo criaron; padre, sálveme usted!

—Hija, y ¿cómo podré yo salvarte?—respondió el padre Mateo.—¿Qué puedo yo solo contra tres hombres armados y sin conciencia?

—En primer lugar, desátame usted—dijo acongojada la mujer.

El padre Mateo se puso á tientas y como Dios le dió á entender á desatar los nudos de las cuerdas que le ataban á aquella infeliz las manos y los pies; pero estaban apretados, no se veía, y el tiempo volaba como si un toro corriese tras él.

Llamaron á la puerta.

—¿No ha despachado usted, padre?—preguntó uno de los hombres.

—¡Ea!, no dar prisa—contestó el padre, que tenía el corazón bien puesto; pero que no acertaba cómo salvar á aquella infeliz, que temblaba como una azogada y lloraba como una fuente...—¿Qué hacemos?—decía el pobre señor conolido y asombrado...

Como las mujeres son capaces de discurrir tretas hasta con un pio en el boyo, discurrió ésta esconderse debajo de la capa del padre Mateo, que, como ya dije, era un hombrón que no cabía por esa puerta.

—Mal medio es—dijo su merced;—pero á no haber otro, preciso es valerse de él y salga el sol por Antequera.

Púsose cerca de la puerta, llevando á la mujer debajo de su capa.

—¿Acabó usted, padre?—preguntaban los desalmados aquellos.

—Acabé—contestó el padre Mateo, al que no llegaba la camisa al cuerpo.

—Señor, no me desampare usted—gemía la mujer, más muerta que viva.

—¡Calla! ¡Encomiéndate al Señor de los Desamparados, y sea lo que Dios quiera!—contestaba éste.

—¡A vendarse, y ligero!—dijeron los hombres, volviendo á cubrirle los ojos; y cerrando la puerta con llave, bajaron los tres custodiando al padre, no fuese que intentase quitarse la venda y conocer el paraje en que se hallaba.

Después de dar las mismas vueltas y revueltas, se hallaron en la calle de San Francisco; entonces los tres á la vez echaron á correr y desaparecieron como por ensalmo.

Apenas se hubieron ido, cuando le dijo el padre Mateo á la mujer:

—Ea, ahora, hija mía, pon los pies en polvorosa, y ve donde te escondes, que yo no puedo llevarte al convento. No me des las gracias, sino á Dios, que te ha librado; no te detengas, que aquellos foragidos, conforme se hallen que voló el pájaro, van á venir á alcanzarme.

Dicho esto, ella echó á correr, y el padre en tres

zancadas se plantificó en su convento. Conforme entró se fué á la celda del padre guardián y le contó cuanto le había pasado, añadiendo que aquella gente de cierto vendría al convento á preguntar por él.

No bien lo hubo dicho, cuando se oyó llamar á la puerta del convento.

El guardián fué el que bajó y se presentó.

—¿Qué se ofrece, caballeros? —preguntó.

—Acá venimos —contestaron — en busca del padre Mateo, que estaba ahora poco confesando á una mujer.

—No hay tal; el padre Mateo no ha confesado esta noche á ninguna mujer.

—¿Que no?... Pues si se la ha traído aquí por más señas.

—¿Qué estáis dicien lo, deslenguados?... ¡Una mujer al convento! ¿Cómo se entiende quitar de esa manera la estimación al padre Mateo é infamar al convento?

—No, no señor, no lo decimos con esa intención, sino que...

—¿Sino qué? —preguntó cada vez más enojado el guardián. —¿Qué motivo honrado puedo acaso haber para traer de noche una mujer al convento?

Los hombres se miraron unos á otros.

—Bien te dije yo —murmuró el uno — que esto no era cosa natural, sino milagrosa.

—Sí sí —dijo otro; — esto es obra de Dios, ó del diablo.

—Del diablo no, porque no se mete á impedir lo que lo tiene cuenta.

—Id con Dios, mal hablados—dijo en voz campanuda el guardián,—y guardaos de acercaros á los conventos con malos fines, ni tender lazos, ni levantar calumnias á sus pacíficos moradores, que como el padre Mateo, descansan tranquilamente en su celda; que nuestro santo patrono vela sobre nosotros.

—No te quede duda—dijo el más sobrecogido de los tres;—ha sido el mismo San Francisco, que ha venido con nosotros para salvar con un milagro á aquella mujer.

—Padre Mateo—dijo el guardián cuando se hubieron ido,—se han sobrecogido mucho, y os han tomado por San Francisco. Más vale así, pues son gentes temibles y están furiosos.

—Mucho me honran—contestó el padre Mateo;—pero deme vuestra paternidad permiso para marcharme esta madrugada á un puerto de mar, y de allí en el primer barco que salga á las Indias, no sea que lo piensen mejor y me cuelguen á mí el milagro de San Francisco.





FLORES HUMILDES

DE RELIGIOSA POESÍA, Y ETIMOLOGÍAS DE DICHOS
Y EXPRESIONES GENERALIZADAS

Si existiese alguien que haya leído todo lo que hemos escrito, lo que no es probable, pero tampoco es imposible, habrá notado que es nuestro anhelo, nuestro afán y nuestra especialidad, el buscar orígenes y causas á las cosas, sacar consecuencias y conjeturas, y escudriñar el *por qué* de aquellas mismas. En este ramo *tememos* mucho el llegar á ser una *notabilidad*.

Este nuestro sistema es el que se practica hoy día para escribir la historia; nosotros claro es que no nos metemos en cosas tan graves ni en tales honduras, y que con el indicado moderno sistema sólo tratamos de asuntos de *academias abajo*, sacando nuestras noticias de tradiciones, romances, consejas y creencias populares. Todo el mundo ha manoseado estos datos, que nos es tan grato poner en relieve, sin darles valor, cual lo hacían los indios con el oro antes que los conquistadores lo

valorasen, como lo harán las futuras generaciones cuando lloren estas cosas perdidas. Nosotros tenemos el placer de haber explotado con fruto estas ricas minas; así es que hemos averiguado que el álamo blanco fué el primer árbol que hizo el Creador, que por consiguiente es el más viejo, y que por eso está cano el Adán vegetal; igualmente hemos sabido que la serpiente andaba derecha, erguida y orgullosa con su triunfo en el Paraíso, pero que habiendo la Sacra Familia en su huída á Egipto encontrado á una entre unas breñas, le quiso morder al Niño Dios, y que San José, indignado, la dijo para pararla: «Cae, soberbia, y no te vuelvas á levantar», y que desde entonces se arrastra. Sabemos también que los sapos y culebras existen con solo el fin de absorber en sí los venenos de la tierra.

Sabemos que los árboles que están todo el año verdes, disfrutan de este privilegio de vida y hermosura por haber sido aquellos á cuya sombra descansó la Virgen Madre con su Hijo Dios en su huída á Egipto; que goza su perfume el romero y que florece todos los viernes, día de la Pasión de nuestro Salvador, porque en sus ramas tendía la Virgen las ropitas del Niño, y que por eso también tiene el privilegio de atraer paz y ventura á las casas que en la Nochebuena se sahuman con él; que todo el mundo simpatiza, ama y aun respeta á las golondrinas, porque, compadecidas y caritativas, arrancaron las espinas de la corona que hería las sienes del Divino Mártir; que el mochuelo, que presencié la cruel crucifixión del Dios-hombre,

no hace desde entonces, aterrado y triste, sino repetir con doliente voz: «¡Cruz! ¡Cruz!»; que la rosa de Jericó, que era blanca, debe su color purpurino á una gota de sangre del herido Salvador que cayó en su cáliz; que en el monte Calvario y la calle de la Amargura se secaron y murieron las suaves plantas y las frescas hierbas, después que pasó por ellas el Señor con la Cruz en los hombros, cubriéndose aquellos sitios de abulagas (1); que el rayo pierde su fuerza en todo el ámbito en que alcanza la voz de la oración; que el día de la Ascensión, al tiempo de alzar en la misa mayor, las hojas de los árboles se inclinan unas á otras, formando cruces, por devoción y reverencia. Sabemos que los niños recién nacidos, y así puros é inocentes, que aún no tienen pensamientos ni ideas, cuando sonríen en sueños ó despiertos, es á ángeles visibles sólo á ellos; que cuando los oídos zumban, es el ruido que produce al caer una hoja del árbol de la vida; que cuando varias personas reunidas callan, no es porque vaya el coche sobre arena, como dicen las personas cultas, sino porque ha pasado sobre ellas un ángel, infundiendo al aire que mueven sus alas el silencio de respeto á sus almas, sin que defina la causa su comprensión.

Igualmente sabemos que en varios pueblos de campo llevan todos los niños que aún no andan, el Sábado Santo, á los porches de la iglesia, y que en el momento que se canta el *Gloria* y despiertan las mulas campanas con el glorioso repique, ponen los

(1) Especie de abrojos.

niños en pie, y que éstos con la alegría salen andando.

Sabemos también que la tarántula era una mujer tan casquivana y tan desatinada por el baile, que en una ocasión en que estaba bailando pasó su Divina Majestad, y que no por eso cesó de bailar, sino que prosiguió con espantosa irreverencia; por lo que el Señor la castigó convirtiéndola en araña, con una guitarra señalada en la espalda, teniendo su mordedura el efecto de hacer bailar á los que son mordidos por ella, hasta que, desfallecidos y exhaustos, caen en el lecho postrados. En fin, sabemos muchas otras cosas que hemos transcrito ya, y otras que transcribiremos, pues todo se andará si la sogá no se rompe.

Pero, entre otras cosas, hay una que vamos á consignar ahora, de miedo de morirnos del cólera y que baje al sepulcro con nosotros, pues ya no existe apenas, y con ella desaparecerá su recuerdo.

Cuando la fe llenaba los corazones hasta hacerlos rebosar, eran traídas á miles las ofrendas y los ex-votos al templo del Señor; hoy día que somos ilustrados, empléanse de otro modo el oro, las cosas selectas y las artes, pues como dice el poeta (1):

En el siglo diez y nueve
nadie á tener fe se atreve,
y no hay quien en milagros crea.

Bien está... nos equivocamos, mal está.
Los primeros huevos de avestruz que en sus via-

(1) D. Vicente Barrantes.

ies por Africa pudieron haber los españoles, fueron depositados como una maravilla, sea como ex-votos, sea como ofrendas en las iglesias, en las que, sujetos con lazos de vistosas cintas, pendían ante los altares como adornos de gran valor. Aún se ven en pueblos humildes, ante un modesto altar, algunos de esos enormes huevos, que parecen melones de porcelana, con sus ajados y descoloridos moños. ¿Quién los trajo?, ¿dónde se los halló?, ¿quién los colgó en aquel lugar? Al mirarlos asaltan la mente estas preguntas, que lanzan al sentir y á la imaginación en el vasto campo de conjeturas inaveriguables, pero todas dulces, santas y románticas.

El pueblo español, que tiene *una imaginación que siente*, no pudo ver el objeto material sin adherirle una idea, y le hizo un símbolo con su ferviente corazón. La idea adoptada á los huevos de aveztruz colgados ante los altares es la [siguiente, que sabiamente calificarán los santones de la *despreocupación*, de fanática ó supersticiosa, *ad libitum*, y que entregamos á los misioneros protestantes que nos favorecen con su propaganda, como mortífera arma contra los ignorantes y malvados *papistas*.

Diz que el ave que pone esos huevos, que parecen de mármol, no los puede sacar, porque no le es posible cubrirlos, ni su calor basta á traspasar la dura concha; pero tiene este pájaro tal fuego en su mirada, encendida por el ansia de sacar á sus hijos, que fijando la vista sobre los huevos de continuo y sin distraerse, con ese ansia, ese amor y esa consagración, penetra el cascarón y saca á sus

hijuelos. Así es que penden estos huevos ante los altares en que se celebra el santo sacrificio de la misa, para enseñarnos que miremos al altar con el mismo amor, con la misma exclusiva atención y sin que nada nos distraiga. ¡Oh poetas! Si queréis mover el corazón, como es vuestra misión, aprended algo menos en las aulas, y algo más del pueblo, que sencillamente cree y siente!...

Referiremos ahora algunas etimologías de dichos y refranes que se han hecho sumamente conocidos, sin haber necesitado reproducir su procedencia. La primera será la del conocido dicho: *Ahí me las den todas*.

Había una vez un tramposo, que á todo el mundo debía y no pagaba á nadie.

Uno de sus acreedores se fué á quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimación de que pagase al punto.

El alguacil era muy grave, y por respuesta á la intimación recibió una bofetada.

Volvióse al juzgado y lo dijo al juez:

—Señor, cuando voy á notificar algo de parte de usía, ¿á quién represento?

—A mí—contestó el juez.

—Pues, señor—prosiguió el alguacil señalando su carrillo;—á esta cara de usía han dado una bofetada.

—Ahí me las den todas—repuso el juez.

Esta es la del otro dicho: *Quien no le conozca le compre*.

Tres estudiantes pobres llegaron á un pueblo en el que había feria.

—¿Cómo haríamos para divertirnos?—dijo el uno al pasar por una huerta en la que estaba un borrico sacando agua de la noria.

—Ya dí con el medio—contestó otro de los tres;—ponedme á la noria y llevaos el borrico, que venderéis en seguida en el Rastro.

Como fué dicho fué hecho.

Después que se hubieron alejado sus compañeros con el borrico, se paró el que había quedado en su lugar...

—¡Arre!—gritó el hortelano, que trabajaba á alguna distancia.

El borrico improvisado no se movió, ni sonó la esquila.

El hortelano subió á la noria, y ¡cuál sería su sorpresa al hallarse su borrico convertido en estudiante!

—¿Qué es esto?—exclamó.

—Mi amo—dijo el estudiante,—unas pícaras brujas me convirtieron en borrico; pero ya cumplí el tiempo de mi encantamiento, y he vuelto á mi primitivo sér.

El pobre hortelano se desesperó; pero ¿qué había de hacer? Le quitó los arreos, y le dijo que se fuese con Dios.

En seguida tomó tristemente el camino de la feria para comprar otro burro. El primero que le presentaron unos gitanos que lo habían adquirido, fué su propio borrico; apenas lo vió, cuando hechó á correr exclamando: *Quien no te conozca te compre.*

Otro dicho es: *Yo te conocí ciruelo.*

En un pueblo quisieron tener una efígie de San

Pedro, y para el efecto le compraron á un hortelano un ciruelo. Cuando estuvo concluída la efigie y puesta en su lugar, fué el hortelano á verla, y notando lo pintado y dorado de su ropaje, le dijo:

Gloriosísimo San Pedro,
yo te conocí ciruelo,
y de tu fruta comí;
los milagros que tú hagas
que me los cuelguen á mí.

Dícese á menudo: *Ya sacó raja*. Deriva este dicho de que en Extremadura están divididos los montes de encinares en *rajas*; así denominan cierta extensión que puede cebar con la bellota un determinado número de cerdos. Estas *rajas*, cuando son de montes de los propios del pueblo, se reparten por un estipendio muy corto á los vecinos pobres, que, como es de suponer, ansían por tenerlas; pero como es muy difícil conseguirlas, por distribuir las los Ayuntamientos generalmente entre sus paniaguados y protegidos, se dice de aquel que por su habilidad, intrigas, osadía ó buena suerte, logra una ventaja difícil de obtener y que depende de otro: *ese sacó raja*.

El que tiene capa, escapa; proviene de cuando se hundió el puente nuevo en el Puerto de Santa María por la gran cantidad de gente que se aglomeró sobre él. El capitán general O'Rely había prohibido, para evitar desórdenes y robos, que se dejase pasar á los que llevasen capa, por lo cual ninguno con capa cayó al río.

Es muy usual el ponderar la pobreza de un in-

dividuo diciendo que está á la *cuarta pregunta*. Derivase esta aserción de que en los interrogatorios para justificaciones de testigos sobre varios objetos, y entre ellos el de acreditar pobreza, se acostumbra comprender este extremo en la *cuarta pregunta*, en los términos siguientes.

Cuarta. ¿Si sabe el testigo y le consta que la parte que lo representa es pobre, sin poseer bienes raíces ni rentas, por manera que cifra su subsistencia absolutamente en el producto de su personal trabajo?





Tío Curro el de la Porra

FERNÁN.—Tía Sebastiana, aquí vengo con la decidida intención de que me cuente usted un cuento.

TÍA SEBASTIANA.—Señor, eso dígaselo usted á mi Juan, que sabe á mantas, y si no los recuerda los saca de su metro, porque sabe mucho; no parece sino que ha estudiado en la *Peña Carmesí*.

FERNÁN.—¿En la *Peña Carmesí*? ¿Qué es la *Peña Carmesí*, tía Sebastiana?

TÍA SEBASTIANA.—¿No sabe su merced eso? La *Peña Carmesí* es en la que estudió con el diablo el marqués de Villena.

FERNÁN.—¡Oiga!

TÍA SEBASTIANA.—Pues sí, señor. Cada día levantaba el diablo un tablón y aparecía el texto escrito en la *Peña Carmesí*; y de esta manera tanto aprendió el marqués, que llegó á saber más que su maestro; encelado entonces el diablo, dejó caer el tablón sobre el marqués para que lo matase; pero

éste, que se había olido la quema, se desvió á tiempo, de manera que el tablón no cogió más que su sombra, por lo cual el marqués se quedó sin sombra.

FERNÁN. —No es la primera vez que llega á mi noticia que los hombres que dan su alma al diablo se quedan sin sombra; esto mismo se dice en Alemania y en Francia, y un autor de gran nombradía ha escrito sobre este asunto una novela (1). Pero ahí está el tío Romance, el que si quiere un cigarro y desea complacerme, me contará el cuento que usted en su nombre me ha prometido.

TÍO ROMANCE. —¿Pues qué, señor, estamos en algún velatorio?

FERNÁN. —¿Usted me cuenta un cuento, ó me voy?

TÍO ROMANCE. —Señor, ¿y va á ser *imprentado*?

FERNÁN. —¿Y á usted que le importa?

TÍO ROMANCE. —Entonces era preciso que el que lo contase tuviese sal; y á mí era menester meterme en una salina.

FERNÁN. —Con Dios, tío Romance.

TÍO ROMANCE. —Jesús, señor, no sea su merced tan *súbito*, que en diciendo melón, la tajada en la boca; ¡ya voy, ya voy! Y ya que quiere usted un despilfarro, allá va este:

Pues, señor, ha de saber usted que había una vez un hombre que vivía alegremente, sin pensar en el

(1) *Piter Schemil*, por Carlos Nodier. ¿Quién y cómo trajoy llevó estas canciones populares del Norte al Sur, del Sur al Norte?

día de mañana; y como el *gastar, deber y no pagar, es el camino del hospital*, en breve se quedó nuestro hombre sin su hacienda, y sin tener más que treinta días al mes, ni qué comer más que las uñas. Por tanto, se fué poniendo con los ánimos tan caídos, que cuando no traía para su casa, la mujer le pegaba y los chiquillos le decían denuestos, hasta que se aburrió, le pidió un cordel emprestado á su compadre, y se fué al campo á ahorcarse; ató el cordel á un olivo, y cuando se lo iba á echar al pescuezo, se le apareció un duendecito vestido de fraile, que le dijo:

—Hombre, ¿qué vas á hacer?

—Ahorcarme; ¿no lo está viendo su merced?

—¿Con que tú, cristiano, vas á hacer lo que hizo Judas? Quitá allá, que eso no está bien. Toma esta bolsa, que nunca se ve vacía, y remédiate.

Nuestro hombre tomó la bolsa y sacó un duro, y otro y otro, y vió que era la bolsa como la boca de las mujeres, que echan palabras y más palabras y no se agotan éstas en la vida de Dios. Visto lo cual, desató y lió el cordel y tomó la vereda para su casa. En el camino había una venta en la que se entró y empezó á pedir de comer y de beber de cuanto había, pagando sobre la marcha, porque visto su pergenio, el ventero no le quería fiar tan gran consumo; y tanto comió y tanto bebió, que se cayó borracho debajo de la mesa y se quedó más dormido que los muertos en el campo santo.

El ventero, que se había enterado de que la bolsa de donde sacaba los dineros nunca se veía vacía, le dijo á su mujer que hiciese otra semejante, le

sacó la suya al tío Curro, y le puso la que su mujer había hecho en el bolsillo.

Cuando despertó el tío Curro, se puso en camino y llegó á su casa más alegre que un día de sol.

—¡Alegraos!—le gritó á la mujer y á los hijos.—Aquí hay dinero largo; se acabaron las miserias.

Metió la mano en su bolsa, y la sacó vacía, la volvió á meter, pero ¿qué había de sacar? Al ver esto, fué tal el coraje de la mujer, que le pegó una templa que lo puso como nuevo.

Más desesperado que nunca, cogió el cordel y se fué á ahorcar. Llegó al propio sitio de la otra vez y ató el cordel á la rama del olivo.

—¿Qué vas á hacer, cristiano?—le dijo la voz del duendecito, que se le apareció caballero sobre la cruz del olivo.

—Colgarme aquí como ristra de ajos en el techo de una cocina—contestó muy en sí el tío Curro.

—¿Conque te ha vuelto á faltar otra vez la paciencia?

—¡Señor, si no tengo qué comer!

—Tu culpa es, tu culpa; pero... adelante. Toma este mantel, que con él nunca te ha de faltar qué comer.

Dióle el duende un mantel y desapareció por entre las ramas.

Extendió el tío Curro el mantel en el suelo, y no bien estuvo extendido cuando se cubrió de manjares, que eran uno rico y otro más, que ni que los hubiese guisado el cocinero del rey.

El tío Curro, después de darse un hartagón de

los de no puedo más, dobló su mantel y se fué á su casa.

En la venta le entró sueño y se acostó á dormir. El ventero, que lo reconoció, se sospechó desde luego que algo bueno traería, y birlándole el mantel con el salero del mundo, le puso otro en su lugar.

Cuando llegó á su casa les gritó á la mujer y á los hijos:

—Vamos, vamos á comer, y esta vez por mí la cuenta que os habéis de hartar.

En seguida desdobló el mantel, que en lugar de manjares, se vió cubierto de lamparones de todos tamaños y de todos colores.

¡Ahí fué ella! Madre é hijos le cayeron encima y lo dejaron para las andas de la caridad.

El tío Curro cogió el cordel y se fué á ahorcar.

Él que se había de ahorcar, y el frailecito que no. Le dió éste una porrita, asegurándole que con ella todo el mundo le dejaría el alma quieta, y que no tenía más que decirle: *Porrita descomposte*, para que todos echasen á correr y le dejarasen en paz y á sus anchas.

Cogió nuestro hombre el camino de su casa, con su porra, más en sí que un alcalde con su vara, y apenas vió venir hacia él á los chiquillos pidiéndole pan con vituperios y denuestos, tal como lo veían hacer á su madre, cuando le dijo á su porra: *Porrita, descomposte*. No bien lo hubo dicho cuando empezó la porrita á sacudir trancazos á los muchachos, que me los destemporizó. Acudió la mujer en socorro de los hijos; á ella, *porrita*, dijo el tío Cu-

rro, á ella y con coraje, y tal felpa le dió la porrita, que la mató.

Avisaron á la justicia y se presentó el alcalde con los alguaciles. *Porrita, descomonte*, dijo el tío Curro conforme los vió, y la porrita empezó á sacudirles tales cachiporrazos, que cada uno valía un duro; de forma que mató al alcalde, y los alguaciles apretaron á correr, que suela no les quedó bajo los pies.

Mandóse un propio al rey, avisándole lo que pasaba, y el rey mandó un regimiento de granaderos para prender al tío Curro el de la porra. No bien éste lo vió venir, cuando dijo: *porrita, descomonte*, y la tiró en medió de las filas. Empezó ésta su baile sobre las costillas de los granaderos, que había un ruido como en un batán: á aquel dejó cojo, á aquel manco, al comandante le saltó un ojo; para acabar pronto, los granaderos todos tiraron los fusiles y las mochilas, y echaron á correr que no veían la vereda, creyendo que el demonio andaba suelto.

Libre de euidado, el tío Curro se echó á dormir, guardándose su porrita en el pecho para que no se la robaran.


Cuando se despertó se halló pierni y maniata-do y que se lo llevaban á la cárcel, donde le fué leída su sentencia, que era de muerte en garrote vil.

A la mañana siguiente lo sacaron del calabozo, y estando ya subido en el cadalso le desataron las manos; sacó entonces su porrita y dijo: *porrita, descomonte*, y se la tiró al verdugo, que quedó muerto á cachiporrazos.

—Que suelten á ese hombre—dijo el rey,—porque si no, va á acabar con todos mis vasallos; decidle, que le doy un estado en América con tal que se largue.

Así sucedió; le dió S. M. un estado en la isla de Cuba, donde labró una ciudad, y en ésta hizo el tío Curro tantas muertes con su porrita, que le quedó por nombre *Matanzas*.





La oreja de Lucifer

FERNÁN.—Vamos, tío Romance, cuénteme usted un cuento.

TÍO ROMANCE.—¡Qué, señor don Fernán, si los que yo sé no son más que mormajos!

FERNÁN.—No le hace; sepa usted que á muchos les gustan los cuentos andaluces, y me dicen que se los escriba.

TÍO ROMANCE.—¿Y qué, lo que le cuento á su merced va á ser *imprentado*? ¡Ah, qué gracia! Vea usted; yo que pensaba que aquellas gentes tan *estirazadas*, que todas van á escuela de principios, no les había de gustar más que la *latinidad*. Pero, anda con Dios, yo he de hacer lo que su merced me mande, que el que te favorece te ayuda á vivir, y es deuda agradecer; que el que no es agradecido, no es bien nacido. Yo iré relatando, su merced irá apuntando y le quitará á la relación mía los *escualjos* y barbaridades que diga yo, la pondrá repulida

como cosa de imprenta, y podrá su merced escribir á aquellos usías:

Entre mi oficial y yo
hicimos este retablo;
si está bueno lo hice yo,
y mi oficial si está malo.

¿Quiero su merced un cuento de encantamiento?

FERNÁN.—El primero que se le venga á las mientes; y si usted lo inventa, mejor.

TÍO ROMANCE.—¡Qué, señor, yo no sé inventar! Eso de inventar son rayos que se vienen al sentido, y yo tengo el sentido tupido, señor don Fernán; así, le contaré un cuento que sé desde que me salieron los dientes, y ya se me han caído; conque vea su merced la fecha que trae.

FERNÁN.—Mejor; los cuentos son como el vino: mientras más viejos, más valen.

TÍO ROMANCE.—Pues, señor, había una vez un mercader muy rico, que tenía un hijo que era un sol. Lo crió como si fuese hijo de un rey; le enseñó de todo, como si fuese á ordenar, y los ejercicios de caballero, en que salió muy amaestrado. Habíase hecho un mozo muy bien plantado, muy jaque, muy bien empatillado, y guapo como no otro.

Un día le dijo á su padre que aquel lugar le venía angosto, que no se hallaba, y que quería irse.

—¿Y adónde quieres ir?—le preguntó su padre.

—A ver mundo—le contestó el hijo.

—Estás como el cigarrón—dijo el mercader,—que salta y no sabe dónde. ¿Cómo has de irte por esos mundos sin *conocencias*?

—Padre, quien tiene arte va por todas partes—respondió el hijo.

Y como el padre había dejado criar muchas alas al pollo para poder retenerlo, cogió éste sus armas, un caballo de los de punta, y echó á andar por esos mundos.

Al cabo de tres días que anduvo por breñales y matuleras, se halló con un hombre que llevaba áuestas una carga de taramas como dos veces la que puede cargar una carreta: como que pesaba ciento cincuenta arrobas.

—Hombre le dijo el caballero,—cargas más que un mulo matriz; ¿cómo te llamas?

—Me llamo Carguín Cargón, hijo del buen cargador—respondió el hombre.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Así fuera su merced para llevarme como yo para irme—respondió Carguín.

Se apellaron, pues, y siguieron su camino.

Al cabo de una hora hallaron á un hombre que estaba soplando á dos carrillos, echando más aire que los fuelles de la fragua de *Bucano*, que dicen fué un herrero gigante de los sonados.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó el caballero.

—Calle su merced—contestó el hombre,—que no puedo dejar de soplar, porque estoy haciendo moler con mi soplo cuarenta y cinco molinos.

—¿Y cómo te llamas?

—Soplín Soplón, hijo del buen soplador—contestó el hombre.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Sí que me voy—respondió Soplín,—que estoy

harto de soplar cuantos días echa Dios al mundo.

Mas allá se toparon con un hombre que estaba en acecho.

—¿Qué haces ahí?—le preguntó el caballero.

—Aquí estoy en acecho, á ver cuándo oigo salir del mar una bandada de mosquitos.

—¡Hombre, si el mar está á cien leguas!

—¡Y qué, si los oigo!

—¿Y cómo te llamas?

—Oidín Oidón, hijo del buen oidor.

—¿Te quieres venir conmigo?

—Sí que me voy, que me ha hecho su merced gracia; ya avisarán los mosquitos su llegada—respondió al punto Oidín.

Echaron, pues, los cuatro á andar en amor y compañía, y llegaron á la vista de un castillo tan mustio, solitario y encapotado, que, más que vivienda de vivos, parecía sepultura de difuntos.

Conforme se acercaban se iba ahogando el cielo, de manera que cuando llegaron estalló una tormenta de truenos y relámpagos, con unos aguaceros, que cada gota de lluvia parecía en el tamaño y en el sonsonete un cascabel.

—Pierda su merced cuidado, mi amo—dijo Solplín, - que ahora verá dónde va la tormenta.

Y poniéndose en seguida á soplar, echaron á correr las nubes, los truenos y los relámpagos por esos cielos tan desatinadamente, que al verlos se quedó bizco el sol, y la luna con la boca abierta.

Mas no fué esto lo peor, sino que cuando llegaron al castillo se hallaron que no tenía puerta, ni entrada, ni postigo, pero ni señal.

—Bien le dije á su merced—dijo Oidín, que llevaba más miedo que vergüenza,—que ese castillo mal encarado, era sólo para nido de urracas y aposentadero de mochuelos.

—Pero yo estoy fatigado y quiero descansar—le respondió el caballero.

—Pierda su merced cuidado—dijo Carguín, que trajo en seguida un peñasco, que arrimó al muro del castillo, y entraron por una ventana.

En las salas aquellas se hallaron unas mesas puestas con unos manjares de los famosos, sus licores, sus alcarrazas de agua, sus aceitunas y un pan como unas hostias.

Después que se hartaron de comer hasta que no pudieron más, quiso el caballero registrar el castillo.

—Señor—dijo Oidín, — para meterse en casas ajenas es necesario tener conocencia, para que no digan: ¿dónde va este bolo?

—¡Qué!—dijo Carguín,—acá no llevamos malos fines; y al que anda derecho, ¿quién le echa el arado atrás?

—Vámonos de aquí, mi amo—dijo Oidín, á quien no se le pegaba la camisa al cuerpo; este castillo no está en gracia de Dios, y mire su merced que debajo de tierra oigo ruidos que suenan como lamentos.

Pero el caballero no atendió á Oidín, sino que echó á andar, seguido de sus criados, y se metieron por aquellos aposentos, corredores y pasadizos, que estaban todos más intrincados que si los hubiese labrado un escribano, hasta que por fin

vinieron á dar en un patio como una plaza de toros. Apenas entraron, cuando les salió al encuentro una serpiente de siete cabezas á cual más fiera, con siete lenguas que parecían lanzas y catorce ojos que parecían dardos. Carguín, Soplín y Oidín, más asombrados que rata que sale de vallado, echaron á correr que se desuñaban; pero el caballero, que era valiente como un Cid y esforzado como un Bernardo, sacó su espada, y con cuatro tajos y cuatro reveses le cortó á la serpiente sus siete cabezas en un decir tilín; la mayor de las siete, después de mirar al caballero con sus fieros ojos, que echaban fuego y sangre, saltó en medio del patio, en el que se abrió un hoyo por donde coló.

Volvieron entonces á las voces del caballero los tres que habían huído, y se quedaron asombrados de la guapeza de su amo.

— Sabed - les dijo éste, mirando el agujero por el que había colado la cabeza de la serpiente, al que no se le veía el fin, - sabed que ahora vamos al campo por hojas de palma y esparto, para hacer un hicar tan largo que alcance al fondo de este pozo.

Así sucedió, y estuvieron los cuatro cuatro años haciendo sogas. Al cabo de este tiempo, alcanzó por fin á dar en lo firme, y su amo le dijo á Oidín que se descolgase por la soga, para que viese lo que había allá abajo y se lo viniese á relatar. Pero Oidín se plantó sobre sus sostenes como palma barranquera que nada meneas, y le dijo que sólo hecho pedazos bajaría.

El caballero le dijo entonces á Soplín que bajase; éste se ató la soga al cuerpo y empezó á descender de noche y de día hasta que llegó abajo. Allí se encontró con un palacio de los más famosos, y en una cama recostada á la princesa de Nápoles, llorando por su cara abajo cada lagrimón como un garbanzo; ésta le contó que Lucifer se había enamorado de ella, y la tenía allí presa y encantada hasta que se presentase alguno que la quisiese salvar, para lo cual tendría que batirse con él y vencerlo.

—Pues ya se halló el que va á acometer la empresa—dijo Soplín tomando resuello.

Y no bien lo hubo hecho, cuando se apareció Lucifer en propia persona. Al verlo, fué tal el espanto de Soplín, que echó á huir y se encaramó sobre una puerta. Lucifer con su gran rabo le dió á la puerta un rabizazo que la desgoznó y cayó al suelo con Soplín, á quien quebró una pierna.

Dejemos á Soplín con esta hiel, y vamos al caballero, que, viendo que no volvía á aparecer, le preguntó á Oidín lo que sucedía allá en las entrañas de la tierra, y Oidín se lo dijo todo y cómo estaba oyendo á Soplín que se quejaba de una pierna que tenía rota. Envio entonces el caballero á Carguín, que le aseguró que cargaría con Lucifer y se lo traería, aunque pesase más que todo el plomo de la Sierra Almagrera; pero punto por punto le sucedió á Carguín lo que á Soplín, sólo que al caer fué un brazo lo que se rompió.

—Allá voy yo—dijo el caballero cuando Oidín le relató lo que oía.

Y al llegar al palacio y al ver á la princesa de Nápoles, quedó tan enamorado de su gran belleza, que se preparó con redoblados bríos al combate con Lucifer.

¡Cristianos! Combate como sostuvieron el buen caballero y el maldecido de Lucifer, no se ha visto por el mundo. ¡Ya! ¡Cómo se había de ver, si para combatir por acá arriba no viene nunca ese condenado á cara descubierta, sino disfrazado en vicios! Mas el caballero se persignó, y como todo el que á Dios se encomienda vence á Lucifer, pudo más el caballero, y le cortó una oreja.

¡Cómo se quedaría Lucifer al ver su oreja en manos de un cristiano! Déjolo á la consideración del que me escuche. Los bramidos que daba hacían pegar á Oidín cada repullo y dar cada salto, que parecía picado de tarántula.

—¡Dame mi oreja!—gritaba Lucifer con una voz que parecía una bocina.

—Si la quieres—le dijo el caballero,—ha de ser dándome por ella un buen rescate, como poderoso que eres, compadre Lucifer; que ganada la tengo en buen combate, como leal, y así pongo tres condiciones que has de cumplir.

—¡Atrevido, insolento, envalentonado!—dijo Lucifer.

—Sí, echa quinas por esa boca—respondió el caballero;—pero te advierto que voy á meter tu oreja en salmuera y á enseñarla por dinero.

Lucifer pataleaba.

—¿Pues qué quieres, mal nacido, mal criado y mal medrado?—le dijo.

—Que pongas á esa noble princesa en su reino y en su palacio sobre la marcha—respondió el caballero.

Lucifer no tuvo más que apenar; puso á la princesa en su real palacio, y en seguida dijo al caballero:

- Dame mi oreja.

—Ahora—respondió éste—es preciso que me traspongas á la gran corte de Nápoles con mis tres criados, y que allí me tengas prevenido un albergue y un séquito regio, como compete á tu vencedor.

—No me da gana—dijo Lucifer—que te diviertas y triunfes á expensas mías, so hampón.

—Pues á són de trompa voy á publicar—dijo el caballero—que te falta una oreja; veremos entonces cómo te disfrazas de escribano, abogado, usurero, lechuzo ó enamorado, sin que te conozcan sobre la marcha.

—Dame mi oreja—gritó trinando Lucifer después que hubo hecho lo que pedía el caballero, poniéndolo en Nápoles con mucho dinero y muchos trenes.

—Ahí la tienes—le respondió éste,—no la quiero, que huelo á azufre; pero falta que cumplas una de las tres condiciones que te puse.

—¿Cuál es, bribonazo, macaroño?

—No te la quiero decir por ahora; entre tanto, ten paciencia, que si á ti no te ha de servir para ganar el cielo, te servirá para rescatar tu oreja.

Lucifer se puso hecho un veneno.

—Eres—le dijo á su vencedor—siete veces más

malo que yo; ¡por *vía* de Napoleón! Más picardías se ven en la tierra que en el infierno; pero tú te acordaras de mí; te lo juro por mi rabo y por mis cuernos.

Y Lucifer se fué tirando de su sola oreja, por ver cómo le traía un cristiano guasón.

Pues vamos á que cuando la princesa vió al caballero tan bien *jateado* y con tanto boato, lo reconoció y le dijo á su padre que era su salvador, y que lo que quería era casarse con él, lo que sucedió; y yo fuí y vine, y no me dieron nada, bien que no me echaron de ver; porque me escurrí, teniendo presente aquello de: á boda ni bautizado, no vayas sin ser llamado.

Pues, señor, sabrá su merced cómo después de comerse el pan de la boda, se llevaban la princesa y el caballero como perro y gato, porque como la mujer había estado tanto tiempo en poder de Lucifer, tenía un genio bragado y pintado por el lomo, que sólo el demonio la podía aguantar. Así fué que cuando al cabo de algún tiempo se volvió á presentar Lucifer pidiendo su oreja, le dijo el caballero:

—Bien, te la daré; pero sabes que te queda que cumplirme la tercera condición que te impuse por su rescate.

—Pícaro, truhán—dijo Lucifer;—me habías de condenar si ya no lo estuviese. ¿Y cuál es esa condición, perverso?

La de que cargues con mi mujer—respondió el caballero;—pues sois tal para cual, Pedro para Juan.



LA BUENA Y LA MALA FORTUNA

FERNÁN.—Tío Romance, hoy necesito que me cuente usted un cuento.

Tío ROMANCE.—¿Otra tenemos? Señor don Fernán, ya le he dicho á su merced que lo que yo cuento no son cosas de papel, sino de idea.

FERNÁN.—Y yo he respondido que no le hace; así, adelante.

Tío ROMANCE.—Señor, si son cosas de por la calle.

FERNÁN.—Tío Romance, á cada cual se le debe complacer á su gusto, y le digo á usted que me complace, y mucho, contándome un cuento.

Tío ROMANCE.—No me diga usted más, señor, que me ha cogido su merced la blanda, y no hay que respingar. Tengo ya la memoria muy descolorida, y de muchas cosas no me queda sino

un visito; pero echaré mano á cosa reciente (1).

Sobre una peña que está á los pies de una sierra, se ha encaramado y asentado un pueblo, á modo de nido de cigüeñas sobre una torre; no diré su nombre, que se cuenta el milagro sin mentar el santo.

Vivían en él dos hombres, á los que habían tomado por su cuenta la buena y la mala fortuna. Habíanle puesto al uno don José *el Colmado*, y al otro tío Juan *Miseria*. Principió don José por vender por las calles lienzo y paño fino; puso después una tienda; luego se metió á pelantrín, y soplándole sin tomar resuello la buena fortuna, crió un caudal de los más vastos del pueblo. Era el señor bien quisto, porque no era *estéril* ni agarrado, sino limosnero y buen cristiano. Los dineros no lo habían hinchado, ni el mucho tener engreído; no era pechisacado, sino llano como camino real. No tenía humo ni gastaba términos curruscantes, como les sucede á más de cuatro que hablan supuesto, y todo aquello no es suyo, y por más que se estudien, á lo mejor salen con una patochada, porque siempre la última palabra al centro va; resumidamente, eran don José y los suyos buenas gentes, y en su casa, como en la de San Basilio, eran todos santos, hasta el aguador.

(1) Y tan reciente, que ahora poco vivían los dos tipos que presenta este cuento. Si dicen los franceses que en París corre la agudeza por las calles, con tanta más razón podemos decir nosotros que pasea por los campos en Andalucía.

En casa de *Miseria*, como que en donde no hay harina todo es mohina, lo que había era hambres desnudeces, gresecas, chiquillos llorando, y sopapos para acallarlos.

Mandó un día don José á llamar á *Miseria*, que apareció que no se le podía agarrar ni con unas tenazas, ni hablar sino de verano (1), y se habría podido dar media peseta por no verlo. Traía un gesto que era menester darle de lejos el quién vive. Dijo al entrar:

—¡Alabado sea Dios! Dios guarde á su merced, señor don José.

—¡Y á ti también, hombre! ¡Qué mal engestado y que frondío vienes!

—Ya, señor; si tengo dos varas de hambre y traigo las tripas que se quieren comer unas á otras, y barriga vacía, todo es sequía. Para eso que está su merced tan esponjado y tan satisfecho, como que barriga llena á Dios alaba.

—Verdad es que no puedo quejarme.

—Yo lo creo que puede su merced estar *requinto* (2); como que siempre le sale el pegujar á veinte, y le carga la marrana (3), no que yo soy la *pro-sulta* (4) de la desdicha.

—Juan, en este mundo siempre ha habido y habrá quien ría y quien llore; pero vengamos al caso. Te he mandado á llamar para que vayas al palacio

(1) De lejos.

(2) Contento, aventajado.

(3) Parir muchos lechones la cochina, tener suerte.

(4) *Non plus ultra*.

de la Fortuna y le digas de mi parte á la mía que estoy satisfecho, y que no quiero más; y te daré por tu mandado doscientos reales con que te remedies.

En lugar de acoger con aloluya la buena propuesta, y una ocasión como en su vida se le había venido otra á las manos, le entró á Juan *Miseria* lo codicia, y le dijo á don José:

—¡Qué, señor! Doscientos reales no son para levantar ni agachar á nadie; mire su merced que el palacio de la Fortuna está empingorotado allá donde Cristo dió las tres voces, y nadie las oyó. Si me voy por el canal, me he de mojar; y si por las breñas, me he de hallar con lobos y malas veredas; deme su merced siquiera trescientos reales, que bien lo vale el mandado.

A don José bien se le previnieron las triquiñuelas de Juan *Miseria*; á pesar de eso, le dijo que le daría doce duros, y quedaron convenidos.

Pero al salir, como que ya le había entrado á Juan *Miseria* la codicia, se volvió atrás, y le dijo á don José que doce duros era poco.

—¿Quieres nueve?—le contestó con mucha pachorra don José.

—¿Señor, se está su merced burlando?—dijo Juan *Miseria*; —¡conque no quiero ir por doce, é iría por nueve!

—Pues no vayas—dijo don José.

Miseria, al oir esta respuesta, se descuajará.

—¿Y qué, me voy á quedar sin esos nueve duros que tanta falta me hacen?—pensó el pobre.

Y volviéndose atrás, le dijo al *Colmado* que iría por los nueve.

—¿Quieres seis?—le preguntó don José.

—Buen subir es de pregonero á verdugo—le respondió Juan *Miseria*;—por los seis no voy ni hecho trizas.

Juan *Miseria* se fué; mas apenas llegó á la calle, cuando lo pensó mejor, pues el dinero le hacía mucha falta. Los ricos son los que matan ó sanan, dijo para su chaleco, y no hay sino agachar las orejas. ¡Ojalá hubiera ido por los doce! Bien dice el refrán, que la codicia rompe el saco.

Volvióse atrás y le dijo al *Colmado*.

—Señor don José, la necesidad carece de ley; voy por los seis estíficos.

—¿Quieres tres?—le respondió el rico.

—¡El demonio que se rompa un par de zapatos, y quizá la crisma, subiendo por esos vericuetos por tres malvados de duros! ¡Vea usted! ¡Valiente puñado son tres moscas! ¡Con Dios, don José!

—Hasta más ver, hijo.

Apenas estuvo Juan *Miseria* en la calle, cuando pensó: ¿me he de quedar sin esos sesenta reales, yo que no tengo un cuarto, ni de donde sacarlo?

Volvióse de prisa atrás, y gritó desde la puerta:

—Don José, mire usted que voy por los tres *endinos* de duros.

—¿Quieres uno?—dijo el rico.

—Sí, señor—respondió Juan *Miseria* más súbito que un pistoletazo; y echóse en seguida á correr antes que don José renovase su propuesta.

Después de subir y bajar todo un día por esos vericuetos, llegó á una peña tan alta y tan enris-

cada, que no tenía ni vereda de cabra, y hasta los rayos del sol se resbalaban en ella.

En el picacho estaba encaramado el palacio de la Fortuna, que era de alabastro legítimo, con puertas de oro puro. Cuando acabó de trepar y llegó á la cumbre, entró en un patio como una plaza real, lleno de flores de todo el año, de frutales de todas estaciones, y de hierba siempre verde.

Empezó á llamar á voces á la fortuna de don José *el Colmado*. Presentósele entonces una moza que le decía al sol quitátele allá, lozana, blanca, rubia; cada mejilla parecía una rosa de á libra, y cada ojo una estrella planeta; traía más faralaes que un tejado y más perendengues que tienda de joyero.

—¿Qué me quieres?—preguntó la moza muy fantástica.

—Aquí me envía don José *el Colmado* para que le diga á su merced de su parte que está satisfecho y no quiere más; ¿se entera usted, resalada, sandunguera?

—Pues dile tú de la mía—respondió la buena moza—que le he de dar, quiera que no, hasta que se muera, porque así me da mi real gana; ¿estás? Y ahora vuélvete por donde has venido, que me empestas mi palacio á miseria.

—¿Y no tiene ese esportón de rosas un favorcito para mí, mas que sea del tamaño de un cuarto de especias?

—Yo no soy tu fortuna y nada puedo por ti—le respondió la buena moza;—pero aquí, á espaldas de mi palacio, está el de la tuya; anda y platica con ella.

Y con eso se fué bailando como un trompo y cantando como un canario.

Salióse *Miseria* dando zancajadas, dió la vuelta al palacio, y se halló con el de su fortuna.

Era esta morada un derrumbo de piedras más negras que mi corazón, que tenían entre cada grieta una víbora y en cada hendidura una culebra.

—¿Conque aquí es donde mora la fortuna mía?—dijo Juan *Miseria*;—tal el pájaro, tal el nido; voy á llamarla, que ganas tengo de ver su *repulía* cara.

Y se puso á dar voces.

Salió al punto de los escombros una vieja más fea que la que engañó á San Antón y apedreó á San Esteban (1), con una boca sin dientes y unos ojos pitañosos sin pestañas.

—¿Qué me quieres?—preguntó la vieja con un habla que parecía una matraca.

—Mandarte al demonio como una condenada que eres—respondió Juan *Miseria*.

—Pues sábetelo—dijo la vieja—que porque me cogiste dormida has ganado un duro. Pues si no me hubieses cogido dormida, ni por los veinte reales venías.

(1) Este dicho es un anaacronismo, pues San Esteban sufrió su martirio por los años 34, y San Antonio Abad murió el año 361; quizá indique la personificación de la mala vieja.





LAS ANIMAS

FERNÁN.—Tío Romance, aquí me entro, aunque no llueva.

Tío ROMANCE.—Bien venido, señor don Fernán. Viene su merced á su casa, como el sol, para alegrarla. ¿Qué tiene su merced que mandarme?

FERNÁN.—Necesito un cuento como el comer, tío Romance.

Tío ROMANCE.—¡Otra te pego! Señor, ¿se ha figurado su merced que son mis cuentos como los dictados de don Crispín, que no tenían fin? Su merced me ha de perdonar; pero hoy estoy de mala vuelta; tengo la memoria aliquebrada y los sentidos más tupidos que caldo de habas. Pero voy á llamar á mi Chana para que complazca á su merced. ¡Chana! ¡Sebastiana!... ¡Caramba con la mujer! que le va sucediendo lo que al marqués de Montegordo, que se quedó mudo, ciego y sordo. ¡Chana!!!

TIA SEBASTIANA.—¿Qué quieres, hombre, con

esas voces tan desamoretadas, que parecen de zagal? ¡Ay! ¡Que está aquí el señor don Fernán! Dios guarde á usted, señor; ¿cómo lo pasa su merced?

FERNÁN. Bien, tía Sebastiana; ¿usted tan buena?

TÍA SEBASTIANA.—¡Ay, no, señor! Que me he caído como horno de cal.

FERNÁN.—¿Pues qué ha tenido usted?

Tío ROMANCE.—Lo que la otra que estaba al sol:

Una vieja estaba al sol,
y mirando al almanaque,
de cuando en cuando decía:
ya va la luna menguante.

TÍA SEBASTIANA.—No, señor don Fernán, no es eso; ¡que Dios y su madre no quitan carnes sino el hijo al nacer y la madre al morir! Y mi hijo, el alma mía...

Tío ROMANCE.—Calla, Chana, y no hables de Juan, que es un atallancón con más costilla que una fragata.

TÍA SEBASTIANA.—No lo crea usted, señor; no sabe lo que se dice, y va despeñado: es más manso y loje el hijo mío, que no es capaz de decir zape al gato. Ha servido seis años, y tiene las luces despabiladas.

Tío ROMANCE.—¡Sí! Tiene unas luces como la media noche; si ha entrado en la casaca, la casaca no ha entrado en él; es un boge.

FERNÁN.—¿Pero qué le apura á usted, tía Sebastiana?

TÍA SEBASTIANA.—¡Señor, que no encuentra trabajo!

FERNÁN.—Vamos, yo se lo proporcionaré si me cuenta usted un cuento.

TÍA SEBASTIANA.—Señor, para eso era mejor mi Juan; ya sabe usted las voces que tiene de buen contador; saca las cosas de su metro.

FERNÁN.—Sí; pero hoy no está de humor de hablar.

TÍA SEBASTIANA.—Es que yo...

TÍO ROMANCE.—Vamos, mujer, no tengas al señor aguardando como un perro de cortijo; cuenta y liberal, que tú eres capaz de hablar hasta debajo del agua.

TÍA SEBASTIANA.—¿Quiero su merced que le cuente el cuento de las ánimas?

FERNÁN.—Desde luego; vamos, pues, con el cuento de las ánimas.

TÍA SEBASTIANA.—Había una vez una pobre vieja que tenía una sobrina, que había criado sujeta como un cerrojo, y era muy buena niña, muy cristiana, pero encogida y poquita cosa. Lo que sentía la pobre vieja era pensar lo que iba á ser de su sobrina cuando faltase ella, y así no hacía otra cosa que pedirle á Dios que la deparase un buen novio.

Hacía los mandados en casa de una comadre suya, pupilera, y entro los huéspedes que tenía había un indiano poderoso, que se dejó decir que se casaría si hallase á una muchacha recogida, hacendosa y habilidosa.

La vieja abrió tanto oído, y á los pocos días les dijo que hallaría lo que buscaba en su sobrina, que era una prenda, un grano de oro, y tan habilidosa, que pintaba los pájaros en el aire.

El caballero contestó que quería conocerla, y que al día siguiente iría á verla.

La vieja corrió á su casa que no veía la vereda, y le dijo á la sobrina que asease la casa, y que para el día siguiente se vistiese y peinase con primor, porque iban á tener una visita.

Cuando á la otra mañana vino el caballero, le preguntó á la muchacha si sabía hilar.

—¡Pues no ha de saber!—dijo la tía.—Las madejas se las bebo como vasos de agua.

—¿Qué ha hecho usted, señora?—dijo la sobrina cuando el caballero se hubo ido, después de dejarle tres madejas de lino para que se las hilase.—¡Qué ha hecho usted, señora, si yo no sé hilar!

—Anda—dijo la tía,—anda, que mala seas y bien te vendas. Déjate ir, y sea lo que Dios quiera.

—¡En qué berenjenal me ha metido usted, señora!—decía llorando la sobrina.

—Pues tú ve cómo te compones—respondió la tía;—pero tienes que hilar esas tres madejas, que en ello va tu suerte.

La muchacha se fué á la noche á su cuarto en un vivo penar, y se puso á encomendarse á las ánimas benditas, de las que era muy devota.

Estando rezando, se le aparecieron tres ánimas muy hermosas, vestidas de blanco; le dijeron que no se apurase, que ellas la ampararían en pago del mucho bien que les había hecho con sus oraciones, y, cogiendo cada cual una madeja, en un dos por tres la remataron, haciendo un hilo como un cabello.

Al día siguiente, cuando vino el indiano, se

quedó asombrado al ver aquella habilidad, junto con aquella diligencia.

—¿No se lo decía yo á su merced?—decía la vieja, que no cabía en sí de alegría.

El caballero preguntó á la muchacha si sabía coser.

—¡Pues no ha de saber!—dijo con brío la tía.—Lo mismo son las piezas de costura en sus manos, que cerezas en boca de tarasca.

Dejóle entonces el caballero lienzo para hacer tres camisas; y para no cansar á su merced, sucedió lo mismo que el día anterior, y lo propio el siguiente, en que le llevó el indiano un chaleco de raso para que se le bordase. Sólo que á la noche, cuando estaba encomendándose la niña con muchas lágrimas y mucho fervor á las ánimas, éstas se le aparecieron, y le dijo la una:

—No te apures, que te vamos á bordar este chaleco; pero ha de ser con una condición.

—¿Cuál?—preguntó ansiosa la muchacha.

—La de que nos convides á tu boda.

—Pues qué, ¿me voy á casar?—preguntó la muchacha.

—Sí—respondieron las ánimas;—con ese indiano rico.

Y así sucedió, pues cuando al otro día vió el caballero el chaleco tan primorosamente bordado, que parecía que manos no le habían tocado, y tan hermoso que quitaba la vista, le dijo á la tía que se quería casar con su sobrina.

La tía se puso que bailaba de contento; pero no así la sobrina, que le decía:

—Pero, señora, ¿qué será de mí cuando mi marido se imponga que yo nada sé hacer?

—Anda, déjate ir—respondió la tía;—las benditas ánimas, que ya te han sacado de aprieto, no dejarán de favorecerte.

Arreglóse, pues, la boda, y la víspera, teniendo la novia presente la recomendación de sus favorecedoras, fué á un retablo de ánimas y las convidó á la boda.

El día de la boda, cuando más enfrascados estaban en la fiesta, entraron en la sala tres viejas, tan rematadas de feas, que el indiano se quedó pasmado y abrió tantos ojos. La una tenía un brazo muy corto y el otro tan largo, que le arrastraba por el suelo; la otra era jorobada y tenía el cuerpo torcido; y la tercera tenía los ojos más saltones que un cangrejo, y más colorados que un tomate.

—¡Jesús María! dijo á su novia perturbado el caballero.—¿Quiénes son esos tres espantajos?

—Son—respondió la novia—unas tías de mi padre, que he convidado á mi boda.

El señor, que tenía crianza, fué á hablarles y á ofrecerles asiento.

—Dígame usted—le dijo á la primera que había entrado;—¿por qué tiene un brazo tan corto y otro tan largo?

—Hijo mío--respondió la vieja,—así los tengo por lo mucho que he hilado.

El indiano se levantó, se acercó á la novia y la dijo:

—Ve sobre la marcha, quema tu rueca y tu huso, ¡y cuidado como te vea jamás hilar!

En seguida preguntó á la otra vieja por qué estaba tan jorobada y tan torcida.

—Hijo mío—contestó ésta,—estoy así de tanto bordar en bastidor.

El indiano, en tres zancajadas, se puso al lado de su novia, á quien dijo:

—Ahora mismísimo quema tu bastidor; ¡y cuidado como en la vida de Dios te vea bordar!

Fuése después á la tercera vieja, á la que preguntó por qué tenía los ojos tan reventones y tan encarnados.

—Hijo mío—contestó ésta retorciéndolos,—es de tanto coser y agachar la cabeza sobre la costura.

No bien había dicho estas palabras, cuando estaba el indiano al lado de su mujer, á quien decía:

—Agarra las agujas y el hilo y échalos al pozo; y ten entendido que el día en que te vea coser una puntada, me divorcio; que el cuerdo en cabeza ajena escarmienta.

Y, señor don Fernán, ya está mi cuento rematado; ¡ojalá os haya gustado!

FERNÁN. —Mucho, tía Sebastiana, mucho; pero lo que veo es que las ánimas, á pesar de ser benditas, son en esta ocasión unas picarillas.

TÍA SEBASTIANA. —¡Señor! ¿Y va su merced á buscar doctrina en un cuento, como si fuese un ejemplo? Señor, los cuentos no son más que *reideros*, sin preceptos y sin enseñanzas. De todo quiere Dios un poquito.

FERNÁN. —Verdad es, tía Sebastiana; mejor dice usted con su sencillo buen sentido, que pueden

pensar otros con su culto criterio; pero, tío Romance, no me voy sin mi correspondiente chascarrillo, y ésto á usted toca contármelo. ¿No me ha dicho usted otras veces que todos somos devotos de *Santo Tomás*? Pues si lo es usted, allá van estos habanos como ofrenda al santo.

TÍO ROMANCE. -- Por no desairar á su merced...

FERNÁN. -- Pero quiero el chascarrillo; me hace falta para mi intento.

TÍO ROMANCE. -- ¡Ya! Su merced lo quiere por aquello de que sin un ochavo no se hace un real; pues vamos allá. Ya que de ánimas se platica, vaya de ánimas. Había un mayordomo de su cofradía, que era un pan perdido; siempre le faltaba un bocado, como á la oveja; de manera que no tenía capa y andaba siempre dando diente con diente y aterido de frío, ¿qué hace? Sin decir chuz ni muz ni chaqueberraque, cogió dinero del fondo de las ánimas y se mandó hacer una capa con la que paseaba por las calles tan en sí y tan pechisacado, como los ricos de poco tiempo, levantados del polvo de la tierra. Pero sucedía que no daba un paso que no le tirasen un tirón de la capa, y por más que miraba no veía quién; no bien se la subía sobre el hombro izquierdo, cuando la tenía caída del hombro derecho; de conformidad que, sin estarlo, llevaba planta de borracho: por lo que se lo llevaba pata de puya.

Iba mohino con esta helera y haciendo sumurios de lo que aquello podría ser, cuando se encontró con un amigo y compadre suyo, que era mayordomo de la Hermandad del Santísimo, que venía tan

recompuesto, llenando la calle y diciendo: *Yo soy, yo soy.*

— ¿Qué tiene usted, compadre—le dijo cuando emparejaron,—que hay días que lo veo tan *pardillosos*?

—¿Qué he de tener?—contestó éste subiéndose la capa por el hombro derecho, mientras se le escurría por el izquierdo;—ha de saber usted que á entradas de invierno me hallé apuradillo; había sembrado un peñugar y no le vi el color; mi mujer parió dos niños, cuando uno que hubiese parido estaba de más donde hay otros nueve; le costó el parto una enfermedad, y á mí los ojos de la cara; en fin, me vi pegado á la pared como salamanquesa y con más hambre que un ministro; de manera que no tuve más remedio que *emprestarle* á las ánimas para mercarme esta capa. Pero no sé qué demonios tiene, que siempre que la tengo puesta parece que me están tirando de ella: tirón por aquí, jalón por allá; ni con dos clavos timoneros me se quedaría sujeta en los hombros.

— Su culpa de usted es, compadre—respondió el otro.—Si usted *emprestase* á un señor poderoso, grande y dadivoso como yo, no había de andar apremiado y acosado por la deuda; pero si *empresta* usted de unas pobrecillas, miserables y necesitadas, ¿qué han de hacer las infelices sino andar tras de lo suyo, que les hace falta?



DOÑA FORTUNA Y DON DINERO

Pues, señores, vengamos al caso: era éste, que vivían enamorados doña Fortuna y don Dinero, de manera que no se veía al uno sin el otro. Tras de la sogá anda el caldero; tras doña Fortuna andaba don Dinero: así sucedió que dió la gente en murmurar, por lo que determinaron casarse.

Era don Dinero un gordote rechoneho, con una cabeza redonda de oro del Perú, una barriga de plata de Méjico, unas piernas de cobre de Segovia y unas zapatas de papel de la gran fábrica de Madrid.

Doña Fortuna era una locona, sin fe ni ley, muy *raspayona*, muy rara, y más ciega que un topo.

No bien se hubieron los novios comido el pan de la boda, que se pusieron de esquina: la mujer quería mandar, pero don Dinero, que es engreído y soberbio, no estaba por ese gusto.

Señores, decía mi padre (en gloria esté) que si el

mar se casase, había de perder su braveza; pero don Dinero es más soberbio que el mar, y no perdía sus ínfulas.

Como ambos querían ser más y mejor, y ninguno quería ser menos, determinaron hacer la prueba de cuál de los dos tendría más poder.

—Mira - le dijo la mujer al marido, —¿ves allí abajo en el *chueco* de un olivo aquel pobre tan cabizbajo y mohino? Vamos á ver cuál de los dos, tú ó yo, le hacemos mejor suerte.

Convino el marido; enderezaron hacia el olivo, y allí se encamparon; él raneando, ella de un salto.

El hombre, que era un desdichado que en la vida le había echado la vista encima ni al uno ni al otro, abrió los ojos tamaños como aceitunas cuando aquellos dos usías se le plantaron delante.

—¡Dios te guardel! —dijo don Dinero.

—Y á usía también —contestó el pobre.

—¿No me conoces?

—No conozco á su merced sino para servirlo.

—¿Nunca has visto mi cara?

—En la vida de Dios.

—Pues qué, ¿nada posees?

—Sí, señor; tengo seis hijos de nudos como cerrojos, con gañotes como calcetas viejas; pero en punto á bienes, no tengo más que un coge y come cuando lo hay.

—¿Y por qué no trabajas?

—¡Toma! Porque no hallo trabajo. ¡Tengo tan mala fortuna, que todo me sale torcido, como cuerno de cabra; desde que me casé, pareció que me había caído la helada, y soy la *prosulta* de la des-

dicba, señor. Allí nos puso un amo á labrarle un pozo á destajo, *aprometiéndonos* sendos doblones cuando se le diese rematado; pero antes no soltaba un maravedí; *asina* fué el trato.

— Y bien que lo pensó el dueño—dijo sentenciosamente su interlocutor,—pues dico el refrán: dineros tomados, brazos quebrados. Sigue, hombre.

— Nos pusimos á trabajar echando el alma, porque aquí donde tu mereced me ve con esta facha ruin, yo soy un hombre, señor.

— ¡Yal!—dijo don Dinero,—en eso estoy.

— Es, señor—repuso el pobre,—que hay cuatro clases de hombres: hay *hombres* como son los *hombres*; hay humildeillos, hay monicacos y hay monicaquillos, que no merecen ni el agua que beben. Pero como iba diciendo, por mucho que cavamos, por más que ahondamos, ni una gota de agua hallamos. No parecía sino que se habían secado los centros de la tierra; nada hallamos, señor, á la fin y á la postre, sino un zapatero de viejo.

— ¡En las entrañas de la tierra!—exclamó don Dinero, indignado de saber tan mal avecinado su palacio solariégo.

— No, señor—respondió el pobre;—no en las entrañas de la tierra, sino de la otra banda, en la tierra de la otra gente.

— ¿Qué gentes, hombre?

— Las *antrípulas* (1), señor.

— Quiero favorecerte, amigo—dijo don Dinero

(1) Antípodas.

metiendo al pobre pomposamente un duro en la mano.

Al pobre le pareció aquello un sueño, y echó á correr que volaba, que la alegría le puso alas á los pies; arribó derecho á una panadería y compró pan; pero cuando fué á sacar la moneda, no halló en el bolsillo sino un agujero, por el que se había salido el duro sin despedirse.

El pobre, desesperado, se puso á buscarlo; pero ¡qué había de hallar! Cochino que es para el lobo, no hay San Antón que le guarde.

Tras el duro perdió el tiempo, y tras el tiempo la paciencia, y se puso á echarle á su mala fortuna cada maldición que abría las carnes.

Doña Fortuna se tendía de risa; la cara de don Dinero se puso aún más amarilla de coraje; pero no tuvo más remedio que rascarse el bolsillo y darle al pobre una onza.

A éste le entró un alegrón que se le salía el corazón por los ojos.

Esta vez no fué por pan, sino á una tienda en que mercó telas para echarles á la mujer y á los hijos un rocioncito de ropa encima.

Pero cuando fué á pagar y entregó la onza, el mercader se puso por esos mundos, diciendo que aquella era una mala moneda; que, por lo tanto, sería su dueño un monedero falso, y que lo iba á delatar á la justicia.

El pobre, al oír esto, se abochornó y se le puso la cara tan encendida, que se podían tostar habas en ella; tocó de suela, y fué á contarle á don Dinero lo que le pasaba, llorando por su cara abajo.

Al oírlo doña Fortuna, se desternillaba de risa, y á don Dinero se le iba subiendo la mostaza á las narices.

—Toma—le dijo al pobre, dándole dos mil reales;—mala fortuna tienes, pero yo te he de sacar adelante, ó he de poder poco.

El pobre se fué tan enajenado, que no vió, hasta que se dió de narices con ellos, á unos ladrones que lo dejaron como su madre lo parió.

Doña Fortuna le hacía la mamola á su marido, y éste estaba más corrido que una mona.

—Ahora me toca á mí—le dijo,—y hemos de ver quién puede más, las faldas ó los calzones.

Acercóse entonces al pobre, que se había tirado al suelo y se arrancaba los cabellos, y sopló sobre él. Al punto se halló éste debajo de la mano el duro que se le había perdido.

—Algo es algo—dijo para sí;—vamos á comprarles pan á mis hijos, que há tres días que andan á medio sueldo, y tendrán los estómagos más limpios que una *paterna* (1).

Al pasar frente á la tienda en la que había mercado la ropa, lo llamó el mercader, y le dijo que le había de disimular lo que había hecho con él; que se le figuró que la onza era mala, pero que habiendo acertado á entrar allá el contrastador, le había asegurado que la onza era buenísima, y tan cabal en el peso, que más bien le sobraba que no le faltaba: que ahí la tenía, y además toda la ropa que

(1) Patena.

había apartado, que le daba en cambio de lo que había hecho con él.

El pobre se dió por satisfecho, cargó con todo, y al pasar por la plaza, cate usted ahí que una partida de napoleones de la Guardia civil traían presos á los ladrones que le habían robado, y en seguida el juez, que era un juez como Dios manda, le hizo restituir los dos mil reales, sin costas ni mermas. Puso el pobre este dinero con un compadre suyo en una mina, y no bien había ahondado tres varas, cuando se hallaron un filón de oro, otro de plomo y otro de hierro. A poco le dijeron *Don*, luego *Usía*, y luego *Excelencia*.

Desde entonces tiene doña Fortuna á su marido amilanado y metido en un zapato, y ella, más casquivana, más desatinada que nunca, sigue repartiendo sus favores sin ton ni son, al buen tun tun, á tontas y á locas, á ojo de buen cubero, á la buena de Dios, á cara y cruz, á manera de palo ciego, y alguno alcanzará al narrador si le agrada el cuento al lector.





JUAN SOLDADO

Érase un mozo solariego, sin casa ni canastilla, al que tocó la suerte de soldado. Cumplió su tiempo, que fué ocho años, y se volvió á reenganchar por otros ocho, y después por otros tantos.

Cuando hubo cumplido estos últimos ya era viejo y no servía ni para ranchero, por lo que le licenciaron, dándole una libra de pan y seis maravedís que alcanzaba de su haber.

—¡Pues dígole á usted—pensó Juan Soldado cogiendo la vereda,—que me ha lucido el pelo! ¡Después de veinticuatro años que he servido al rey, lo que vengo á sacar es una libra de pan y seis maravedís! Pero anda con Dios: nada adelanto con desesperarme, sino el criar mala sangre.

Y siguió su camino cantando:

La boca me huele á rancho,
y el pescuezo á corbatín;
las espaldas á mochila,
y las manos á fusil.

En esos tiempos andaba Nuestro Padre Jesús por el mundo, y traía de lazarillo á San Pedro. Encontróse con ellos Juan Soldado, y San Pedro, que era el encargado, le pidió una limosna.

—¿Qué he de dar yo—le dijo Juan Soldado,—yo, que después de veinticuatro años de servir al rey, lo que he agenciado no es más que una libra de pan y seis maravedís?

Pero San Pedro, que es porfiado, insistió.

—Vaya—dijo Juan Soldado,—aunque después de servir al rey veinticuatro años, sólo tengo por junto una libra de pan y seis maravedís, partiré el pan con ustedes.

Cogió la navaja, hizo tres partes del pan, les dió dos, y se quedó con una.

A las dos leguas se halló otra vez con el Señor y San Pedro, el que le volvió á pedir limosna.

—Quiéreme parecer—dijo Juan Soldado—que les he dado *nantes* á ustedes, y que ya conozco esa calva; pero ¡anda con Dios! Aunque después de veinticuatro años de servir al rey, sólo tengo una libra de pan y seis maravedís, y que de la libra de pan no me queda sino este pedazo, lo partiré con ustedes.

Lo que hizo, y en seguida se comió su parte para que no se la volviesen á pedir.

Al ponerse el sol se halló por tercera vez con el Señor y San Pedro, que le pidieron limosna.

--Sobre que juraría que ya les he dado á ustedes—dijo Juan Soldado;—pero ¡anda con Dios! Aunque después de servir al rey veinticuatro años, sólo me he hallado con una libra de pan y seis maravedís, repartiré éstos como repartí el pan.

Cogió cuatro maravedís, que le dió á San Pedro, y se quedó con dos.

—¿Dónde voy yo con un ochavo?—dijo para sí Juan Soldado;—no me queda más que ayuncar al trabajo y echar el alma si he de comer.

—Maestro—le dijo San Pedro al Señor,—haga su Majestad algo por ese desdichado que ha servido veinticuatro años al rey y no ha sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que ha repartido con nosotros.

—Bien está; llámalo y pregúntale lo que quiere—contestó el Señor.

Hízolo así San Pedro, y Juan Soldado, después de pensarlo, le respondió que lo que quería era que en el morral que llevaba vacío se le metiese aquello que él quisiese meter en él. Lo que le fué concedido.

Al llegar á un pueblo, vió Juan Soldado en una tienda unas hogazas de pan más blancas que jamine, y unas longanizas que decían comedme.

—¡Al morral!—gritó Juan Soldado en tono de mando.

Y cáteme usted las hogazas dando vueltas como ruedas de carretas, y las longanizas arrastrándose más súptas que culebras, encaminarse hacia el morral sin perder la derecha.

El montañés dueño de la tienda, y el montañu-

co su hijo, corrían detrás dando cada trancazo que un pie perdía de vista al otro; pero ¿quién las atajaba, si las hogazas rodaban desatinadas como chinas cuesta abajo, y las longanizas se les escurrían entre los dedos como anguilas?

Juan Soldado, que comía más que un cáncer, y aquel día tenía más hambre que Dios paciencia, se dió un hartagón de los cumplidos, de los de no puedo más.

Al anochecer llegó á un pueblo; como era licenciado del ejército, tenía alojamiento, por lo cual se encaminó al Ayuntamiento para que le diesen boleta.

- Soy un pobre soldado, señor—le dijo al alcalde,— que después de veinticuatro años de servir al rey, sólo me hallé con una libra de pan y seis maravedís, que se gastaron por el camino.

El alcalde le dijo que si quería le alojaría en una hacienda cercana á la que nadie quería ir por que había muerto en ella un conde, y que desde entonces había asombro; pero que si él era valiente y no le temía al asombro, podía ir, que allí hallaría de cuanto Dios crió, pues el condenado había sido muy riquísimo.

- Señor, Juan Soldado ni debe ni teme contestó éste, y allá voy á encampar en un decir tilín.

—En aquella posesión halló Juan Soldado el centro de la abundancia: la bodega era de las famosas, la despensa de las provistas, y los soberanos estaban atestados de frutas.

Lo primero que hizo á prevención, por lo que

podiese tronar, fué llenar un jarro de vino, porque consideró que á los borrachos se les tapaba la vena del miedo; en seguida encendió candela y se sentó á ella para hacer unas migas de tocino.

Apenas estaba sentado, cuando oyó una voz que bajaba por la chimenea y decía:

—¿Caigo?

—Cae si te da gana—respondió Juan Soldado, que ya estaba pintón con los lapos de aquel rico vino que se echaba entre pecho y espalda;—que el que ha servido veinticuatro años al rey sin sacar más que una libra de pan y seis maravedís, ni teme ni debe.

No bien lo hubo dicho, cuando cayó á la mismita vera suya la pierna de un hombre: á Juan Soldado le dió un espeluzo que se le erizaron los vellos como el pelo á un gato acosado; cogió el jarro y le dió un testarazo.

—¿Quieres que te entierre?—le preguntó Juan Soldado.

La pierna dijo con el dedo del pie que no.

—Pues púdrete ahí—dijo Juan Soldado.

De allí á nada volvió á decir la misma voz de *denantes*:

—¿Caigo?

—Cae si te da gana—respondió Juan Soldado dándole un testarazo al jarro;—que quien ha servido veinticuatro años al rey, no teme ni debe.

Cayó entonces al lado de la pierna su compañera. Para acabar presto, de esta manera fueron cayendo los cuatro cuartos de un hombre, y por último la cabeza, que se apegó á los cuartos, y enton-

ces se puso en pie en una pieza, no un cristiano, sino un espectáculo fiero: como que era el mismísimo condenado en cuerpo y alma.

—Juan Soldado—dijo con un vocejón que helaba la sangre en las venas,—ya veo que eres un valiente.

—Sí, señor—respondió éste;—lo soy, no hay que decir ni hartura ni miedo ha conocido Juan Soldado en la vida de Dios; pues á pesar de eso, ha de saber su merced que en veinticuatro años que he servido al rey, lo que he venido á sacar ha sido una libra de pan y seis maravedís.

—No te apesadumbres por eso—dijo el espectáculo,—pues si haces lo que te voy á decir, salvarás mi alma y serás feliz; ¿quieres hacerlo?

—Sí, señor; sí señor; mas que sea lañarle á su merced los cuartos para que no se le vuelvan á desperdigar.

—Lo malo que tiene—dijo el espectáculo,—es que me parece que estás borracho.

—No, señor; no, señor; no estoy sino calomelano, pues ha de saber su merced que hay tres clases de borracheras: la primera, es de escucha y perdona; la segunda, es de capa arrastrando; y la tercera, de medir el suelo: yo no he pasado de escucha y perdona, señor.

—Pues sígueme—dijo el espectáculo.

Juan Soldado, que estaba peneque, se levantó haciendo su cuerpo para aquí para allá, como santo en andas, y cogió el candel; pero el espectáculo alargó un brazo como una garrocha y apagó la luz.

No se necesitaba, porque sus ojos alumbraban como dos hornos de fragua.

Cuando llegaron á la bodega, dijo el espectáculo:

—Juan Soldado, toma una azada y abre aquí un hoyo.

—Abralo usted con toda su alma si le da gana—respondió Juan Soldado,—que yo no he servido veinticuatro años al rey sin sacar más provecho que una libra de pan y seis maravedís, para ponerme ahora á servir á otro amo que puede que ni eso me dé.

El espectáculo cogió la azada, cavó y sacó tres tinajas, y le dijo á Juan Soldado:

—Esta tinaja está llena de cuartos, que repartirás á los pobres; esta otra está llena de plata, que emplearás en sufragios por mi alma; y esta última está llena de oro, que será para ti si me prometes emplear el contenido de las otras según lo he dispuesto.

—Pierda su merced cuidado—respondió Juan Soldado;—veinticuatro años he estado cumpliendo con puntualidad lo mandado, sin sacar más premio que una libra de pan y seis maravedí; conque ya ve su merced si lo haré ahora en que tan buena recompensa me *apromete*.

Juan Soldado cumplió con todo lo que le encomendó el espectáculo, y se quedó hecho un usía muy considerable, con tanto oro como había en su tinaja.

Pero á quien le supo todo lo acaecido á cuerno quemado fué á Lucifer, que se quedó sin el alma

del condenado por lo mucho que por ella rezaron la Iglesia y los pobres, y no sabía cómo vengarse de Juan Soldado.

Había en el infierno un Satanasillo más lindo y más astuto que ninguno, que le dijo á Lucifer que él se determinaba á traerle á Juan Soldado.

Tuvo de esto tanta alegría el diablo mayor, que le *aprometió* al chico, si le cumplía lo ofrecido, regalarle una jarapada de moños y de dijes para tentar y pervertir á las hijas de Eva, y una multitud de barajas y de pellejos de vino para seducir y perder á los hijos de Adán.

Estaba Juan Soldado sentado en sucorral, cuando vió llegar muy diligente al Satanasillo, que le dijo:

—Buenos días, señor don Juan.

—Me alegro de verte, monicaquillo; ¡qué feo eres! ¿Quieres tabaquear?

—No fumo, don Juan, sino pajuelas.

—¿Quieres echar un trago?

—No bebo sino agua fuerte.

—Pues entonces, ¿á qué vienes, alma de Caín?

—A llevarme á su merced.

—Sea en buen hora. No tengo dificultad en ir contigo. No he servido yo veinticuatro años al rey para tocar retirada ante un enemiguillo de mala muerte como tú. Juan Soldado ni teme ni debe, ¿estás? Mira, súbete en esa higuera que tiene brevas tamañas como hogazas de pan, mientras yo voy por las alforjas, porque me se antoja que la vereda que vamos á andar es larga.

Satanasillo, que era goloso, se subió en la higue-

ra y se puso á engullir brevas, entre tanto que Juan Soldado fué por su morral, que se colgó, y volvió al corral, gritando al Satanasillo:

—¡Al morral!

El diablo chico, pegando cada hipío que asombraba, y haciendo cada contorsión que metía miedo, no tuvo más remedio que colar en el morral.

Juan Soldado cogió un dique de herrero y empezó á sacudir trancazos sobre el Satanasillo, hasta que le dejó los huesos hechos harina.

Dejo á la consideración del noble auditorio el coraje que tendría Lucifer, cuando vió llegar á su presencia á su Benjamín, á su ojito derecho, todo derrengado y sin un hueso que bien lo quisiese en su cuerpo.

—¡Por los cuernos de la luna!—gritó,—aseguro que ese descarado hampón de Juan Soldado me las ha de pagar todas juntas; allá voy yo por él en propia persona.

Juan Soldado, que se aguardaba esta visita, estaba prevenido y tenía colgado su morral. Así fué que apenas se presentó Lucifer, echando fuego por los ojos y cohetes por la boca, plantósele Juan Soldado delante con muchísima serenidad, y le dijo:

— Compadre Lucifer, Juan Soldado no teme ni debe, para que lo sepas.

— Lo que has de saber tú, fanfarrón tragaldabas, es que te voy á meter en el infierno en un decir Satán—dijo bufando Lucifer.

—¿Tú á mí? ¿Tú á Juan Soldado? ¡Fácil era! Lo que tú no sabes, compadre soberbia, es que quien

te va á meter el resuello para dentro soy yo.

—¡Tú, vil gusano terrestre!

—Yó á ti, gran fantasmón; en un morral te voy á meter á ti, á tu rabo y á tus cuernos.

—Basta de jactancias—dijo Lucifer alargando su gran brazo y sacando sus tremendas uñas.

—¡Al morral!—exclamó en voz de mando Juan Soldado.

Y por más que Lucifer se repercutó; por más que se repeló, se defendió y se hizo un ovillo; por más que bramó, bufó y aulló, al morral fué de cabeza sin que hubiese tu tía.

Juan Soldado trajo un mazo, y empezó á descargar sobre el morral cada taramazo, que hacía hoyo, hasta que dejó á Lucifer más aplastado que un pliego de papel.

Cuando se le cansaron los brazos dejó ir al preso, y le dijo:

—Mira que ahora me contento con esto; pero si te atreves á volver á ponérteme delante, gran sinvergonzón. tan cierto como que he servido al rey veinticuatro años sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravedís, que te arranco la cola, los cuernos y las uñas, y veremos entonces á quién metes miedo. Estás prevenido.

Cuando su corte infernal vió llegar al diablo mayor, lisiado, tullido, más transparente que tela de tamiz y con el rabo entre piernas, como perro despedido á palos, se pusieron todos aquellos feróísticos á echar sapos y culebras.

—Después de esto, ¿qué hacemos, señor?—preguntaron á una voz.

—Mandar venir cerrajeros para que hagan cerrajos para las puertas, albañiles para que tapen bien todas las rajadas y boquetes del infierno, á fin de que no entre, no cuele ni aporte por aquí el gran insolentón de Juan Soldado--les respondió Lucifer.

Lo que al punto se hizo.

Cuando Juan Soldado conoció que se le acercaba la hora de la muerte, cogió su morral y se encaminó para el cielo.

A la puerta se halló con San Pedro, que le dijo:

—¡Hola!, bien venido; ¿dónde se va, amigo?

—Toma—respondió muy fantasioso Juan Soldado, á entrar.

—¡Eh, párese usted, compadre, que no entra cada quisque en el cielo como Pedro por su casa! Veamos qué méritos trae usted.

—Pues no es nada —respondió Juan Soldado muy sobre sí;—he servido veinticuatro años al rey, sin sacar más recompensa que una libra de pan y seis maravedís. ¿Le parece á su merced poco?

—No basta, amigo—dijo San Pedro.

—¿Que no basta?—repuso Juan Soldado dando un paso adelante;—veremos.

San Pedro le atajó el paso.

—¡Al morral!—mandó Juan Soldado.

—Juan, hombre, cristiano, ten respeto, ten consideración.

—¡Al morral! Que Juan Soldado ni teme ni debe.

Y San Pedro, que quiso, que no, se tuvo que colocar en el morral.

—Suéltame, Juan Soldado—le dijo;—considera que las puertas del cielo están abiertas y sin cus-

todia, y que puede colarse allí cualquiera alma de cántaro.

—Eso era cabalmente lo que yo quería—dijo Juan Soldado entrándose adentro muy pechisacado y cuellierguido;—pues diga usted, señor don Pedro, ¿le parece á su merced *regular* que después de veinticuatro años de servir al rey allá abajo, sin haber sacado más que una libra de pan y seis maravedís, no halle yo por acá arriba mi cuartel de inválidos?





JUAN HOLGADO Y LA MUERTE

Pues, señor, han de saber ustedes que había una vez un hombre que se llamaba Juan Holgado, y á fe que á nadie le pudo venir peor el nombre, porque el pobre no tenía más que la mañana y la tarde, tres cuartos de hambre y tres de necesidad.

Pero en cambio tenía un celemin de hijos con unas tragaderas como tiburones.

Díjole un día Juan Holgado á su mujer:

—Esas criaturas son un hato de tragaldabas capaces de engullir las estopas del óleo; no tomaría más sino comerme una liebre solo, á mi sabor, y sin estos alanos que de la boca me lo quitan.

Su mujer, que era una bendita (mejorando lo presente), por no verlo rabiar con los hijos, vendió una docenita de huevos que le habían puesto sus gallinas, mercó una liebre, la guiso con caldo de empanada, y al día siguiente por la mañanita le dijo á su marido:

—Ahí tienes en el hato una liebre guisada y media hogaza de pan; vete á comértelas al campo, y buen provecho te hagan.

No se hizo el sordo Juan Holgado, sino que cogió el hato y echó á correr que no veía la vereda. Después que se hubo metido legua y media debajo de los pies, se sentó en el chueco de un olivo, más satisfecho que un rey, se encomendó á Nuestra Señora de la Soledad, sacó del hato el pan y la ollita con la liebre, y se puso á comer. Pero cate usted que, sin saber ni cómo ni por dónde, vió de repente sentada enfrente de él á una vieja, vestida de negro y más fea que un voto á Dios; era más amarilla y más descarnada que un pergamino de Simancas; tenía los ojos hundidos y amortecidos, como candil sin aceite; la boca como una espuerta; en cuanto á nariz, aquí estuvo: no había nada, ni memoria, perdone usted por Dios.

Maldita la gracia que le hizo á Juan Holgado aquella compañía llovida del cielo; pero ¿qué había de hacer?

Como que no era ningún bárbaro, la dijo si gustaba comer.

Como que la vieja no quería otra cosa, le contestó que para no ser descortés, admitía el favor; se sentó y empezó á comer.

¡Caballeros! Aquello no era comer, sino devorar.

¡Qué agallas, cristianos! En dos por tres se metió la liebre entre pecho y espaldas.

—¡Por vía del dios Vaco, que es el dios de las vacas—decía para sí Juan Holgado; —¿pues no hu-

biera sido mejor que se hubiesen mis hijos comido la liebre, que no esta vieja del demonio? Está visto, ¡el que tiene mala fortuna, nada le sale derecho!

Cuando la vieja hubo acabado, que ni el rabo de la liebre dejó, dijo:

—Juan Holgado, me ha sabido muy bien la liebre.

—¡Ya lo he visto!—respondió Juan Holgado.

—Quiero pagarte la fineza.

—Viva usted mil años—contestó Juan Holgado con sorna al ver la decrepitud de la vieja.

—Sí haré—respondió ésta;—algunos más tengo, pues has de saber que yo soy la Muerte en propia persona.

¡Juan Holgado pegó un repullo que fué flojo, en gracia de Dios!

—No te perturbes, Juan Holgado, que contigo no va nada; para pagarte el beneficio te voy á dar un consejo: métete é médico, que por mí la cuenta que no ha de haber por esos mundos otro más afamado y que más pesetas gane.

—Señá Muerte, yo me contento con que no se acuerde su merced de mí en una buena parva de años; en lo demás, eso de médico no es para mí.

—¿Por qué no, hombre?

—Porque yo no he estudiado lo fino.

—No le hace.

—Señora, yo no sé ni latín, ni *Diego* (1).

(1) Griego.

—No importa.

—Señora, si no sé siquiera la *hora fría* (1).

—Eso no quita.

—Señora, si no sé contar más que la *humildad* (2).

—Lo mismo tiene.

—Señora, si no sé escribir, que me tiembla el pulso, ni leer, que me estorba lo negro.

—¡Dale bola, dale—dijo la Muerte, que se la iba llevando el demonio con tantas dificultades.—¡Caramba contigo, Juan Holgado, que tienes la cabeza á prueba de bomba! ¿No te estoy diciendo que no importa, que *no importa*, desde hace una hora? Te digo que me da un pito del saber de los médicos; yo no voy ni vengo porque ellos me llamen ni me sapeen; hago lo que me da mi real gana y me río de los médicos, que cuando se me antoja cojo á uno por una oreja y me lo llevo. Cuando se pobló el mundo no había médicos, y por eso se hizo la cosa pronto y bien, y desde que se inventaron los médicos, se acabaron los Matusalenes. Serás médico y tres más, y si te niegas te llevo conmigo más fijo que el reloj. Ahora atiende, y chitón. En tu vida de Dios has de recetar más que agua de la tinaja, ¿estás?

—Ya está acá—contestó Juan Holgado, que estaba con la Muerte que trinaba, y con más gana de darle una guantada que de escucharla.

—Si cuando entres en una alcoba me ves senta-

(1) Geografía.

(2) Unidad.

da á la cabecera del enfermo, di resueltamente que se muere, que no tiene remedio y que lo preparen. Si, por el contrario, yo no estoy allí, asegura que no se muere, y receta agua de la tinaja.

Con eso se despidió la feísima señora, haciendo una cortesía á la francesa.

—Buena señora—le dijo Juan Holgado,—no quisiera despedirme de usted con aquello de *hasta más ver*, y espero que su merced tampoco abrigará el deseo de visitarme, porque no siempre tengo yo liebre con que regalarme, y esta fué una y se la llevó el gato.

—Ne tengas cuidado, Juan Holgado—contestó la muerte;—mientras no veas tu casa desconcharse, no aportaré por allá.

Juan Holgado se volvió á su casa y le contó á su mujer cuanto le había pasado; y su mujer, que era más lista que él, le dijo que cuanto le había dicho la vieja lo podía creer, porque nada había más verídico y cierto que la Muerte.

En seguida echó por ahí la voz de que su marido era un médico de los pocos, y que no tenía más que mirar á un enfermo á la cara para saber si se moría ó si vivía.

Un domingo que estaban una porción de mozalejas á la puerta de una casa, más alegres que unas sonajas, acertó á pasar por allí Juan Holgado.

—Allí viene Juan Holgado—dijo una de ellas,—que al cabo de sus días se nos la viene echando de médico.

—¡Pues mire usted que salir ahora con esa sopa

de ensalada, al cabo de Ramos Pascuas, parece cosa de juego? ¡Si se habrá imaginado ese vejestorio, que tiene unas luces como eslabón de madera, que no hay más sino el decir, y las gentes creer? Y no es más sino pura fachenda y para que le digan *don Juan*, y el *don* le sienta como á un burro un sombrero de copa alta.

Y todas se pusieron á cantar:

Don Juan Holgado,
allí en la esquina,
parece un ramo
de clavellinas.

—¿Vamos á darle un chasco á ese presumido?— dijo una de las muchachas; —me finjo mala, ¿y á que se lo cree?

Dicho y hecho.

Las muchachas dejaron plantada una canasta de higos de tuna que estaban comiendo, y en un decir Jesús estaba la que discurrió la guasa metida entre palomas, dando cada ¡ay! que llegaba al cielo. Fueron las otras corriendo á llamar á Juan Holgado comiéndose la risa.

Acudió éste, y al entrar notó en la puerta de la calle un rimero de cáscaras de higos de tuna tamaño y tan grande. En la alcoba, lo primero con que se dió de narices fué con su convidada la Muerte, que estaba sentada á la cabecera de la cama, más sería que un ajo porro.

—Muy mala está—dijo entonces Juan Holgado, y se fué.

—¿Pues qué es lo que tiene?—preguntaron las

muchachas, que á duras penas podían contener la risa.

—Tiene—respondió éste—una atraquina de higos de tuna, que no ha de contar.

Fuése Juan Holgado, y á las dos horas estaba la muchacha con Dios. Dejo á la consideración de ustedes, caballeros, la fama que esto dió á Juan Holgado.

No había por esos mundos enfermo de cuidado, ni se celebraba junta sin que asistiese á ella Juan Holgado, que ganaba pesetas á manos llenas, que ni sabía que hacer con ellas; compróles á los hijos un usía y unas placas que se colgaban por detrás. En cuanto á él, no quiso colgajos, sino pasarlo bien; así fué que se puso tan gordo, tan desarrollado y tan espelotado, que daba gusto el verlo; tenía más cara que el sol de Dios, las piernas como columnas, las manos como embuchados, y la barriga como la media naranja de la iglesia.

A todo esto, Juan Holgado cuidaba grandemente de su casa. Cuando los chiquillos le habían hecho de chicos algún descostrado, les había hecho su padre en castigo uno en sus pellejos. Siempre tenía en ella un albañil, que pagaba por años, reparándola, recordando lo que le había dicho la Muerte, de que mientras no se desconchase su casa no aportaría por allí.

Pasaron los años, que cada vez corren más, como piedra que rueda cuesta abajo.

Los últimos venían de mala vuelta. Juan Holgado les ponía muy mal gesto, y ellos, en vengán-

za, el uno se le llevó el pelo, el otro las herramientas (1), otro le encorvó el espinazo que parecía una hoz, y el otro le obsequió con una cojera. Un día se puso malo, y la Muerte le mandó memorias con un murciélago, lo que no le hizo á Juan Holgado maldita la gracia. Otro día le acometió la pituita, y la Muerte le mandó á decir con una lechuza que pronto le visitaría; Juan Holgado le dijo á la lechuza que se fuese á freir monas. Otro día le dió un accidente, y la Muerte le mandó á decir con un perro que se puso á aullar á la puerta, que estaba en camino. Juan Holgado le tiró la muleta al perro y lo mandó á un *asta* (digo *asta* por no gastar una voz más cruda, pues sé ante quién hablo, y aunque basto, pues entre matas me crié, sé crianza, que mi padre me la enseñó con una cartilla de acebuche). Se empeoró el enfermo, y la Muerte llamó á la puerta. Juan Holgado mandó atrancar, y asimismo que no la abriesen; pero la Muerte se coló por una rendija.

—Señá Muerte—la dijo Juan Holgado con muy mal gesto,—me dijisteis que no vendríais mientras mi casa no se desconchase; así es que, á pesar de los recaditos, yo no aguardaba á su merced.

—¡Y qué!—respondió la Muerte,—¿no te se han ido las fuerzas? ¿No te se han caído los dientes y el cabello? Tu cuerpo es tu casa.

—No sabía tal, señora—dijo el enfermo;—así es que, fiado en vuestra palabra, vuestra venida me sobrecoge.

(1) Dientes.

—Peor para ti, Juan Holgado — respondió la Muerte, — puesto que al que está siempre prevenido, nunca le sobrecoge ni turba mi llegada; pero vosotros ciegos estáis, cuando no conocéis que nacéis para padecer y morís para descansar.





La suegra del diablo

Pues, señor, érase, en un lugar llamado Villagañanes, una viuda más fea que el sargento de Utre-
ra, que reventó de feo; más seca que un esparto;
más vieja que el andar á pie, y más amarilla que
la epidemia. En cambio, tenía un genio tan maldi-
to, que ni el mismo Job lo hubiera aguantado.
Habíanla puesto por apodo la tía Holofernes, y
apenas asomaba la cabeza, cuando todos los mu-
chachos daban á huir. Era la tía Holofernes lim-
pia como el agua y hacendosa como una hormiga,
y, por tanto, no tenía poca cruz con su hija Pán-
fila, la que, á la contra, era holgazana y tan amiga
del padre Quieto, que no la movía un terremoto.
Así es que la tía Holofernes empezaba riñendo
con su hija cuando Dios echaba sus luces, y cuan-
do las recogía aún duraba la fiesta.

—Eres—la decía—floja como el tabaco de Ho-
landa, y para sacarte de la cama se necesita una

yunta de bueyes. Huyes del trabajo como de la peste, y te gusta más la ventana, chiquilla sin vergüenza, que á una mona. Más enamorada eres que el tío Cupido; pero, ó he de poder poco, ó has de andar más derecha que un huso y más ligera que el viento.

Pánfila, al oir esto, se levantaba, bostezaba, se desperezaba, y cogiéndole las vueltas á su madre, se iba á la puerta de la calle.

La tía Holofernes, sin advertirlo, se ponía á barrer con una actividad desatinada, acompañando el ruido de la escoba con monólogos de este tenor:

—En mis tiempos las muchachas trabajaban como machos.

La escoba hacía chis, chis, chis.

—Vivían recogidas como monjas.

Y la escoba: chis, chis.

—Ahora son un hato de locas, chis, chis; de haraganas, chis, chis; no piensan más que en los novios, chis, chis, y éstos son un hato de perdidos.

La escoba seguía otorgando con su chis, chis

Llegando á la sazón cerca del zaguán, veía á la hija haciendo señas á un mozuelo, y el baile de la escoba terminaba en un bien parado sobre las espaldas de Pánfila, que obraba el milagro de hacerla correr. En seguida se dirigía la tía Holofernes, empuñando su escoba, á la puerta; pero apenas se asomaba, cuando su cabeza, produciendo el efecto acostumbrado, hacía desaparecer tan ligero al pretendiente, que no parecía sino que lo habían sacado alas en los pies.

—¡Maldita enamorada!—gritaba la madre;—te

he de romper cuantos huesos tienes en tu cuerpo.

—¿Por qué? ¿Porque pretendo casarme?

—¿Qué dijiste? ¡Casarte, loca de atar! No en mis días.

—¿Pues usted no se casó, señora, y mi abuela, y mi bisabuela?

—Harto me pesa, pues ello fué causa de que te pariese á ti, deslenguada; y ten entendi-do que si yo me casé, y se casó mi madre y mi abuela, no quiero que te cases tú, ni mi nieta, ni mi biznieta ¿lo has oído?

En estos suaves coloquios pasaban la madre y la hija su vida, sin otro resultado que ser la madre cada día más regañona, y la hija cada día más enamorada.

En una ocasión en que la tía Holofernes estaba haciendo la colada, y en punto de hervir la lejía, hubo de llamar á su hija para que la ayudase á alzar la caldera del fogón, y á verter su contenido sobre la canasta de colar.

La hija la oía con un oído; pero con el otro atendía á una voz conocida que cantaba en la calle:

Yo te quisiera querer,
y tu madre no me deja;
el demonio de la vieja
en todo se ha da meter.

Siendo para Pánfila el pelar la pava una perspectiva más halagüeña que la caldera de la lejía, dejó que se desgañotase su madre, y acudió á la reja.

Entre tanto, viendo la tía Holofernes que su hija no venía, y que se le pasaba la hora, agarró sola la caldera para verter el caldo sobre la ropa: y como era la buena mujer chica y de pocas fuerzas, la derramó y se abrasó un pie. A los gritos desahorados que daba la tía Holofernes, acudió su hija.

—¡Maldita, remaldita, malditísima!—le decía la tía Holofernes hecha un basilisco;—enamorada de Barrabás, sin más pensamiento que el casorio; ¡permita Dios que te cases con el demonio!

Algún tiempo después de esto se presentó un pretendiente, que era uno como pocos: mozo, blanco, rubio y bien portado, y con los bolsillos bien provistos; no había *pero* que ponerle, y ninguno pudo hallar la tía Holofernes en su arsenal de negativas. A Pánfila le faltaba poco para volverse loca de alegría; hiciéronse, pues (con el debido acompañamiento de regaños por parte de la futura suegra del novio), los preparativos de la boda. Todo marchaba ligero, derecho y sin tropiezo, como por un camino de hierro, cuando, sin saber por qué, la voz del pueblo, voz que es como una personificación de la conciencia, empezó á levantar una sorda reprobación contra aquel forastero, á pesar de que se mostraba afable, humano, dadivoso; hablaba bien y cantaba mejor, y apretaba entre sus blancas y ensortijadas manos las negras y callosas de los gañanes.

Ellos, empero, no se daban por honrados ni subyugados por tanta cortesía; su razón era tan tosca, pero también tan fuerte y sólida, como sus manos.

—¡Por *vía* de Sanes!—decía el tío Blas;—pues ¿no me llama ese usía mal encarado *señor Blas*, como si yo la echase de más y mejor? ¿Qué te parece?

—Pues ¿y á mí?—respondía el tío Gil,—¿no me viene á dar la pata, como si algo *tuviésemos* que freir juntos? ¿No me dice que soy ciudadano, yo, que jamás he salido ni quiero salir de la aldea?

Por su lado, la tía Holofernes, mientras más miraba á su yerno, más le miraba de reojo. Parecíale que entre aquellos inocentes cabellos rubios y el cráneo se interponían ciertas protuberancias de mala especie, y recordaba con recelo aquella maldición que echó á su hija el día de triste memoria en que averiguó á punto fijo lo que duele una quemadura de lejía hirviendo.

Por fin llegó el día de la boda. La tía Holofernes había hecho tortas y reflexiones: las primeras dulces, las segundas amargas; una gran olla podrida para la comida, y un gran proyecto dañino para la cena; había preparado un barril de vino generoso, y un plan de conducta que no lo era.

Cuando los novios se iban á retirar á la cámara nupcial, llamó la tía Holofernes á su hija y la dijo:

—Cuando estén ustedes recogidos en su aposento, cierra bien todas las puertas y ventanas, tapa todas las rendijas, y no dejes sin tapar sino únicamente el agujero de la llave. Toma en seguida una rama de olivo bendito, y ponte á pegar con ella á tu marido hasta que yo te avise; esta ceremonia es de cajón en todas las bodas, y significa que en la

alcoba manda la mujer, y sirve para sancionar y establecer ese mando.

Pánfila, obediente por la primera vez á su madre, hizo todo como lo había prescrito la pícara vieja.

Apenas vió el novio la rama del olivo bendito en manos de su mujer, cuando echó á huir precipitadamente. Pero como hallase puertas y ventanas cerradas, y las rendijas tapadas, no viendo más escapatoria que el agujero de la llave, se coló por él como por una puerta cochera; porque habrán ustedes caído, así como lo sospechó la tía Holofernes, en que aquel mozo tan rubio y blanco y tan bien hablado era ni más ni menos que el diablo en persona, el cual, usando del derecho que le daba el anatema que contra su hija lanzó la tía Holofernes, quería regalarse con los obsequios y regocijos de una boda, cargando luego con su mujer, haciendo así en beneficio propio lo que tantos maridos le suplicaban hiciese en el de ellos.

Pero este señor, á pesar de que sabe mucho, según es fama, había dado con una suegra que sabía más que él (y no es la tía Holofernes el único ejemplar de esta especie). Así, apenas entró su señoría en el agujero de la llave, dándose el parabién de haber hallado como siempre la escapatoria, cuando se encontró preso en una redoma, que su prevenida suegra tenía aplicada por fuera al agujero de la llave, y no bien estuvo dentro, cuando la vieja tapó la vasija herméticamente; rogábele el yerno con las voces más tiernas y las súplicas más humildes, con los ademanes más patéti-

cos, que le diese carta de libertad. Hacíala presente cuánto faltaba con aquella arbitrariedad al derecho de gentes, con aquel despotismo á la constitución. Pero á la tía Holofernes no la embaucaba el diablo, ni la desconcertaban arengas, ni la imponían palabrotas, y así no hubo tu tía; cargó con la redoma y su contenido, se fué á un monte, y trepando, trepando con vigor, llegó á su elevada cima, escarpada y solitaria, donde depositó la redoma por que le sirviese de cresta, y se alejó amenazando á su yerno con el puño cerrado á guisa de despedida.

Allí permaneció su señoría diez años. ¡Qué diez años, señores! El mundo estaba como una balsa de aceite: cada cual atendía á lo suyo, sin meterse en lo que no le competía; nadie deseaba ni el puesto, ni la mujer, ni la propiedad ajena; el robo vino á ser una palabra sin significado; las armas enmohecieron; la pólvora se consumió sólo en fuegos artificiales; los locos no pasaron de divertidos; las cárceles se vieron vacías; en fin, en esa década del siglo de oro no acaeció sino un solo deplorable evento... los abogados se murieron de hambre y de silencio.

Mas ¡ay! tan feliz estado había de tener fin; todo lo tiene en este mundo, menos los discursos de algunos elocuentes padres de la patria. El fin de la envidiable decena fué del modo siguiente:

Un soldado llamado Briones había obtenido licencia para ir por unos días á su pueblo, que lo era Villagañanes. Seguía aquél un camino que rodeaba al encumbrado monte sobre cuya cúspide

estaba el yerno de la tía Holofernes, renegando de todas las suegras, presentes, pasadas y futuras, prometiéndose á sí mismo acabar con esa clase viperina cuando reconquistase su poder, valiéndose para este fin de un medio sencillo, el de abolir el matrimonio; entre tanto, pasaba el tiempo en componer y recitar sátiras contra la invención de la colada.

Llegado al pie del monte, Briones, que según lo decía su apellido tenía bríos aumentativos, no quiso echarse á un lado, como lo hacía el camino, sino que siguió derecho, asegurando á los arrieros que venían con él, que si el monte no se le quitaba de delante pasaría por encima de él, aunque fuese tan alto que le costara descalabrarse contra la bóveda del cielo.

Llegado arriba, quedóse Briones admirado al ver aquella redoma que á manera de verruga llevaba el monte en las narices. Cogióla, miróla al trasluz, y al percibir al diablo, que con los años, el encierro y ayuno, los rayos del sol y la tristeza, se había quedado tan consumido y anojanado como una ciruela pasa, exclamó asombrado:

—¿Qué bicho, qué mal engendro, qué fenómeno es este?

—Soy un honrado y benémérito diablo, mejorando lo presente,—contestó humilde y cortésmente el encerrado;—la perversidad de una traidora suegra (que en mis garras caiga) me tiene aquí encerrado hace diez años; libértame, valiente guerrero, y te otorgaré el favor que me pidas.

—Quiero mi licencia —respondió Briones sin vacilar.

—La tendrás; pero destapa, destapa pronto, que es una monstruosa anomalía tener arrinconado en este tiempo de revoluciones al primer revolucionario del mundo.

Briones sacó un poco el tapón y salió de la redoma un vapor mefítico que le subió al cerebro. Estornudó, y en seguida se apresuró á volver á apretar el tapón con la mano extendida, dando una furiosa palmada, de modo que el corcho se hundió de pronto, estrujando al preso, que dió un grito de rabia y dolor.

—¿Qué haces, vil gusano terrestre, más malo y pérfido que mi suegra?—exclamó.

—Es —respondió Briones— que pongo otra condición en nuestro trato; me parece que el servicio que voy á hacerte lo vale.

—¿Y cuál es esa condición, pesado libertador?—preguntó el diablo.

—Quiero por tu rescate cuatro duros diarios mientras yo viva. Piénsalo, pues esta sí que es la de dentro ó fuera.

—Por Satanás, por Lucifer, por Belcebú—exclamó el diablo,—miserable, avariento, no tengo dinero.

—¡Oh! —repuso Briones,—¡vaya una respuesta para un señorón como tú! Esa es, compadre, respuesta de ministro. Ni te pega á ti, ni me conviene á mí.

—Pues ya que no me crees —dijo el diablo,—dójame salir, y te ayudaré á procurártelo como he



hecho con muchos otros; eso es lo que puedo hacer por ti. Suéltame, con mil de los míos; suéltame.

—Poco á poco—contestó el soldado;—nadie nos corre, y maldita la falta que haces en el mundo. Ten entendido que te he de tener agarrado por la cola hasta que me cumplas lo prometido, y si no, no hay nada de lo dicho.

—¿No te fías de mí, insolente?—gritó el diablo.

—No—respondió Briones.

—Lo que me pides es contra mi dignidad—dijo el preso con toda la arrogancia que podía demostrar una ciruela pasa.

—Pues me voy—dijo Briones.

—Agur—dijo el diablo,—por no decir adiós.

Pero viendo que Briones se alejaba, empezó el preso á dar desaforadas vueltas por la redoma, llamando á gritos al soldado.

—Vuelve, vuelve, amigo querido—decía. Y para sí añadía: «¡Que no te cogiera un toro de cuatro años, truhán, desalmado!» Pero seguía gritando: —Ven, ven, benéfica criatura, libértame, y agarra-me por la cola ó por las narices, guerrero benemérito.—Y seguía murmurando: «De mi cuenta queda vengarme, soldado perverso; y si no puedo lograrlo haciéndote yerno de la tía Holofernes, he de hacer que ardáis cara con cara en la misma hoguera, ó he de poder poco.»

Al ver las súplicas del diablo, volvió Briones y destapó la redoma. Salió el yerno de la tía Holofernes como un pollo del cascarón, sacando primero la cabeza, y sucesivamente todo el cuerpo, y

por último la cola, de que se asió Briones, por más que quiso encogerla el rabudo.

Después que el ex preso, que estaba bastante entumecido, se sacudió y desperezó, estirando bien los brazos y las piernas, se pusieron en camino para la corte, raneando el diablo por delante, y siguiéndole el soldado llevando la cola bien cogida con sus manos.

Llegados que fueron á la corte, díjole el diablo á su libertador:

—Voy á meterme en el cuerpo de la princesa, á quien el rey su padre quiere con extremo, y la daré tales dolores que ningún médico los sepa curar; te presentarás tú entonces ofreciéndote á curarla, mediante la recompensa de cuatro duros diarios, y saldré; al punto se aliviará, y nuestras cuentas quedarán saldadas.

Todo sucedió según lo había arreglado y previsto el diablo; pero no acertó á prever que al quererse marchar, Briones le agarró por la cola y le dijo:

—Bien pensado, señor, son cuatro duros una mezquindad indigna de vos, de mí y del servicio que os he prestado. Buscad medio de mostrarnos más generoso. Eso os hará honor en el mundo, donde, perdonad mi franqueza, no gozáis de la mejor opinión.

—¡Que no pueda yo cargar contigo! —dijo para sí el demonio;— pero estoy tan débil y tan entumecido, que ni puedo conmigo mismo. ¡Tengo, pues, que tener paciencia, eso que los hombres llaman una virtud! ¡Oh! Ya comprendo por qué

vienen tantos á mi poder: por no haberla practicado. Anda, pues, maldito de cocer, anda, que de la horca has de venir á la caldera, donde todo saldrá á la colada. Vamos á Nápoles, ya que me es preciso ceder para libertar mi rabo, del que no me desprendo porque no me es posible. Vamos, y nos valdremos del arbitrio de antes para saciar tu codicia.

Todo salió á medida de su deseo. La princesa de Nápoles se revolvía convulsa de dolores en su lecho. El rey estaba en la mayor aflicción.

Presentóse Briones con la arrogancia del que sabe que el diablo le ayuda. El rey admitió sus servicios; pero puso una condición, que fué que si en tres días no curaba á la princesa, como ofrecía hacerlo con tanta seguridad, sería el presuntuoso doctor ahorcado. Briones, seguro del buen éxito, no puso la menor objeción.

Por desgracia, oyó el diablo el trato, y dió un brinco de alegría al ver cómo se le venía á las manos la ocasión de vengarse.

El brinco del diablo causó á la princesa tales dolores, que gritó se llevasen al médico.

Al día siguiente se repitió la misma escena. Briones conoció entonces que el diablo hacía de las suyas y que su intención era dejarle ahorcar.

Pero Briones no era hombre que perdía la cabeza.

Al tercer día, cuando el presunto médico llegó, estaban levantando la horca frente á la puerta del mismo palacio.

Al entrar en la estancia de la princesa, re-

doblaron los dolores de la paciente, y se puso á gritar que echasen fuera á aquel curandero impostor.

—Todavía no se han agotado todos mis recursos—dijo Briones con gravedad;—dígnese vuestra alteza aguardar un rato.

Salió en seguida, y dió orden en nombre de la princesa que repicasen todas las campanas de la ciudad.

Cuando volvió á la estancia real, el diablo, que aborrece de muerte el sonido de las campanas, y que además es curioso, preguntó á Briones:

—¿A qué santo es el repique?

—Repican—respondió el soldado—por la llegada de vuestra suegra, que he mandado llamar.

Apenas oyó el diablo que llegaba su suegra, cuando echó á huir con tal rapidez, que ni un rayo de sol le hubiese alcanzado.

Ufano como un gallo, pero más feliz que el de Morón, se quedó Briones cacareando y con plumas.





Tribulaciones de un remendero

Habíase un zapatero remendón, que en punto á feo no había quien le ganase, ni en punto á mal genio había quien le igualase. Sentado ante su mesilla, en su casa-puerta, calado el gorro de algodón, que había sido azul y blanco, cuyos colores, subiendo el blanco, bajando el celeste, se habían fundido en un tinte incalificable, ó sea tinte *unión sospechosa*, puesto su delantal de cuero y sus espejuelos de cuerno, era el dicho remendón el negro blanco de todos los traviesos chiquillos del barrio, los que con todas las viejas de ídem, que eran sus parroquianas, habían gastado la paciencia del remendón hasta dejarlo sin ninguna.

El tío Hormazo, que era el nombre que le habían puesto, por ser su habitual amenaza á los chiquillos tirarles un hormazo, era un hombre grave y muy rígido; convenía en que las botas de-

bían salir á la calle, pero las mocitas, no; que los zapatos debían tener compañero, pero que las mozas recatadas no debían tener otro que el anafe, el torno de hilar y el rosario.

Pero su hija Mariquita no era de la misma opinión que su padre, porque nunca dió orugón más feo y rastrero vida á más vistosa y casquivana mariposa; esta mariposa se había enamorado y entendido por señas con un teniente, el que maldita la gracia le hacía al tío Hormazo; éste, por vigilar y cuidar á su hija, iba descuidando los zapatos viejos, y por atender á la fama de su hija, iba perdiendo la suya.

Una mañana estaba el tío Hormazo más desesperado que nunca; el almidón, aunque más podrido que de costumbre, se lo había comido el gato, que estaba muerto de hambre; el hilo se le había enredado y el cerote se le había perdido; ya había reñido con tres viejas, que habían prometido vengarse, cuando llegó una mozuela desenvuelta, la cual dijo sin preámbulo:

—¿Y mis zapatos?

—No están—contestó lacónicamente el tío Hormazo.

—¡Habrás visto viejo más embustero! ¿No me dijo usted que estarían?

—Me equivoqué.

—¡No podré ir al fandango!—dijo pateando la mozuelilla.

—Mejor; las mocitas pierden su estimación en los fandangos; á coser, á barrer; ¡oia, anda!

—Pues he de bailar y he de cantar mientras me

dé gana, ¿está usted?, que yo vengo aquí por mis zapatos y no por sermones; ¡vaya con el viejo este, que no quiere que se cante y se baile, y miente más que el almanaque!

Y se fué, cantando á gritos:

A la puerta de un sastre
todas son tiras,
y á la de un zapatero
todas mentiras.

Tienen los zapateros
en el cogote
un letrero que dice:
viva el ceroté.

El tío Hormazo, impaciente, iba á contestarla, cuando entró un chiquillo.

—¿Qué quieres?—preguntó con su vocejón y torva y desconfiada mirada el remendero.

—Preguntarle á usted, tío Hormazo, si ha confesado.

—¿Te vas, ó te envío al demonio?

—Es que venía á enseñarle á usted su confesión, que es así:

Yo, zapatero,
pecandero,
embustero,
me confieso á Andero,
á Pedro Botija
y á Antón Perulero.

—¡Bribón, tunante! Si te tiro un hormazo te abro la crisma.

Pero la amenazada crisma estaba ya fuera de tiro.

No había pasado un cuarto de hora, cuando se presentó otro marchante. Este no fué mal acogido, porque traía en la mano un zapato que por delante abría una inmensa boca como un gran pez que parecía amenazar al tío Hormazo; en cuanto al talón, era una triste ruina; aquel edificio yacía por tierra.

—Déjalo ahí—dijo sin asustarse y sin condolerse el remendón, hecho á ver como un cirujano de ejército descalabros, y como un anticuario ruinas.

—¡Cuidado, que dice mi madre que quede bien cosido y firme!

—¡Pues... mire la advertencia! — gruñó el tío Hormazo.—¿Te se ha figurado, metebulla, que coso yo con telarañas?

—Lo advierto—respondió el chiquillo tomando el portante,—porque:

Dice... el remendero pobre,
tente, tente, hasta que cobre.

—¡Por *vía* del demonio malo tu padre!... Que si te tiro un hormazo te has de acordar de mí.

—¡Tío Hormazo!—dijo otro muchacho presentándose con los fueros de embajador.—De parte de mi abuela, por *mor* de usted, que no le ha cosido el zapato, no puede ir á misa, y que es usted un judío.

—¡Yo judío! ¡Mira, so insultante, vuélveme con

otra insolencia, y por mí la cuenta si con el hormazo que te tire no te dejo estampados los sesos en la pared, so bribón! Dile á la mal hablada de tu abuela que los descalzos se van más fácilmente á la gloria que los calzados.

—Entonces, tío Hormazo, ya que calza usted cristianos, está usted trabajando para el diablo; bien dice mi abuela que es usted un judío, y asina dice la copla:

Un remendero fué á misa
y no sabía rezar,
y andaba por los altares:
—¿Zapatos que remendar?

Esta vez la horma fué por los aires; pero dió contra la puerta, cuando ya estaba el chiquillo en la acera de enfrente cantando:

Zapatero, remendero,
come tripas de carnero.

—¡Pues nó es este un oficio para condenar á un cristiano!—exclamó desesperado el antítesis de Herodes.—¡Esto es la víctima de la tiranía muchachil! ¡Ay! ¡Y no es la sola, que bastantes hay!) ¡Vamos, señor, que ni la paciencia de Job, hato de pillos!

Entonces se asomó al umbral y subió el poyete con mucho trabajo, quedándose plantado en él, un sujeto microscópico de cinco años, que apenas hablaba claro; recobrado su equilibrio, merced á apoyar una mano en la pared, se quedó de-

recho, y presentando como presenta un centinela el fusil, una gran asta de buey al tío Hormazo, dijo:

—Señor remendero garboso, ¿quié usted hacé unos zapatos pa este buen mozo?

—¡Ah, gurrapatillo!—exclamó fuera de sí el remendón.—¿Tú también te metes á hacer burla? ¡Ahora lo verás!

Pero como el enemigo era tan débil, y el tío Hormazo, generoso, no acudió á su arma favorita, la horma, sino que cogió una escoba de mano y se la tiró al gurrapatillo; éste, asustado, se había vuelto, pero no atinaba á bajarse, por lo cual el proyectil le dió con todo su ímpetu por detrás, cayendo al suelo hechos un lío el gurrapatillo, el asta y la escoba de mano. Al oír los poderosos borridos que daba el *porta-asta*, acudieron de la casa contigua su madre, su abuela, su tía, su madrina y media docena de vecinas á cual más compadecidas de la víctima y á cual más enardecidas de indignación contra el Fierabrás remendero. Como un fuego graneado fueron lanzados al tío Hormazo los siguientes requiebros:

La madre: ¡Hereje!

La abuela: ¡Herodes!

La tía: ¡Alma de Caín!

La madrina: ¡Sin entrañas!

La prima: ¡Desalmado!

Una vieja: ¡Judío!

Una modista: ¡Nerón!

La mujer de un miliciano: ¡Déspota!

La mujer de un marinero: ¡Pirata!

La mujer de un soldado: ¡Moro Riff!

Una corretera francesa: ¡Ogre!

Una negra mendiga: ¡Caravali Boza!

Una beata: ¡Impío!

Una anti-rusa: ¡Cosaco!

Una chiquilla: ¡Búl!

El blanco de todas aquellas iras siguió tranquilamente uniendo suelas y palas desunidas, sin hacer otra cosa que repetir de cuando en cuando:

—Esta vez ha sido la escoba; la primera vez que ese escuerzo mal criado se venga haciendo burla de un hombre *respetuoso*, será un hormazo el que le enseñe crianza. Estás prevenida, Juana Gañotes.

Pero no estaba el tío Hormazo al cabo de sus tribulaciones, pues en este instante vió pasar rozagante, con la gorrita de cuartel terciada sobre la frente y aire jaque, al asistente del oficial, que merced á la bulla y algazara que había allí armada, esperó poder pasar sin ser notado por el can-cerbero de la pretendida de su teniente. Mas se engañó: al vigor del can, unía el remenlón los cien ojos de Argos.

Al ver el tío Hormazo aquella aparición garbosa y hostil, su temple se acabó de agriar y se puso de concierto con el de su almidón.

Se dió un puñetazo en la cabeza, con lo cual quedó el gorro de algodón terciado sobre su calva, y el mismo aire *crané* (como dicen los franceses) que tenía la gorra de cuartel del asistente.

Habiendo, en consecuencia de esto, quedado des-

cubierta una de sus orejas pudo oír perfectamente lo que al pasar, sin detenerse, y en voz de tenor, cantaba el Mercurio, y era esto:

Arandín, arandín, arandé;
señá Mariquita, atiéndame usted.

Y siguió su camino:

—Yo también atiendo—dijo para sí el remendón metiendo y sacando el hilo con las fuerzas de un Hércules y los bríos de un Aquiles.

De allí á un rato volvió á pasar el enemigo cantando con la misma voz de tenor:

Señá Mariquita, la del falalá,
dice mi teniente que vaya usted allá.

Y pasó como quien no quiere la cosa

—¿Habrásé tunantes?—gruñó indignado el severo remendón.

Al cabo de quince minutos hizo el militar su tercera aparición: el remendero estrujó de coraje entre sus manos una suela vieja; entonces oyó abrirse suavemente la ventana de su habitación, y una voz de tiple que cantaba:

Arandín, arandín, arandero;
dile á tu teniente que allá irá yo luego.

Apenas concluía la voz de tiple, cuando el tío Hormazo, tirando furioso la mesa con todos sus despojos y cachivaches, teniendo en su alzada

mano una horma, salió á la calle cantando con un formidable vocejón de bajo:

Arandín, arandín, arandazo;
como te menees, te tiro un hormazo (1).

(1) Este cuento tiene su gracia en que se cantan los trozos del arandín con una graciosa tonada que le es propia, en voz de tenor, de tiple y vocejón de bajo.





CHASCARRILLOS

Un cura predicaba sobre el milagro del pan y los peces, y habiéndose equivocado, dijo que cinco mil peces bastaron para satisfacer á cinco personas.

—¿Y no se ahitaron?—le preguntó un chusco.

—No, y ahí estuvo el milagro - contestó el predicador sin perturbarse.

Unos estudiantes que iban por un camino vieron en un cerro un pastor y se propusieron burlarse de él.

—¡Tío!—le gritaron,—¿ha visto usted pasar por aquí un burro?

—¿Llevaba albarda?—repuso el pastor con mucha cachaza.

—Sí.

—¿Y jáquima?

—También.

—¿Y baticola?

—Sí.

—¿Y cincha?

—Sí.

—Pues no lo he visto—respondió el pastor.

Iba uno por un camino y se encontró con otro, que campechanamente le pregunto:

Compadre, ¿es este el camino de la villa?

A lo que el otro le contestó, volviéndole la espalda:

—Ni este es el camino, ni yo soy su compadre.

Una se fué á confesar y dijo:

—En el primer mandamiento no pequé, en el segundo sí; váyase lo uno por lo otro—y así siguió con los demás.

El padre, que era vivo y se iba impacientando, la dijo cuando concluyó:

—El año pasado te dí la absolución; este no te la doy; y váyase lo uno por lo otro.

Un cura muy coloso por el culto quiso hacer una función al patrono del pueblo; pero éste era muy pobre, no tenía para su iglesia ni órgano, ni sochantre. El barbero era un cantador y tocador de fama, y al cura se le ocurrió preguntarle si sería capaz de acompañarle en una misa cantada. El barbero, que era fanfarrón y se creía capaz de todo, le contestó muy en sí que lo era para eso y para cuanto hubiese que cantar en el mundo. Mucho se alegró el buen cura, que des-

de luego dispuso su función, mandó repicar á misa mayor y previno la iglesia, la que al día siguiente se llenó de gente, y comenzó el cura su misa cantada, tan confiado en las promesas del barbero. Pero cuál sería su asombro y su despecho cuando, al entonar el Gloria, notó que el barbero, en tono de fandango, prosiguió el canto con acompañamiento rajado de esta suerte:

—¡Ay qué gloria, qué gloria, qué gloria; tan, tan, tan, tan, tan!

Y entusiasmandose con lo bien que resonaba la guitarra y su voz en la bóveda del coro, continuó cada vez más recia y precipitadamente:

—¡Ay, qué gloria, qué gloria, qué gloria; tan, tan, tan, tan, tan!

Hasta que no pudiendo ya sufrir el cura aquella estúpida irreverencia, arrastrado por su impaciencia é indignación, se volvió hacia el coro, y levantando los brazos, exclamó:

—¡Ay, qué bestia, qué bestia!

—

Un soldado fué alojado en un pueblecito en casa de la alcaldesa, que lo recibió muy mal.

—Hágame usted el favor—le dijo el soldado—de despertarme á las tres, que tenemos que marchar.

A lo que le contestó su patrona con mal gesto, señalándole hacia un gallo y dos gallinas que, colocadas las unas debajo del otro, estaban sobre dos palos atravesados:

—Ahí tiene usted el reloj, que lo despertará, porque en punto de las tres canta.

Y así sucedió; el soldado se levantó, cargó con el gallo y las gallinas, y dejó escrito con un carbón en la pared de la cocina:

—Con Dios, señora alcaldesa, que me llevo el reloj y las pesas.

Díjole un ciego á un muchacho que llevaba de lazarillo, que fuese á una tienda de montañés, en que le solían socorrer, á pedir una limosna.

Diéronle una sardina frita, que el chiquillo se comió, y dijo al ciego que no le habían dado nada; pero el ciego, que notó el olor de la sardina, conoció el embusto y le dió una paliza.

Siguieron andando, y el lazarillo llevó al ciego derecho hacia una esquina, contra la que se dió un tremendo encontronazo...

—¡Pícaro! —exclamó el ciego.

Y el chiquillo le contestó, echando á correr:

—Y usted, que olió la sardina,
¿por qué no ha olido la esquina?

Había un viejo que tenía un peral, y todos los años le quitaban las peras, sin que pudiese averiguar quiénes eran los ladrones.

Desesperado, determinó quedarse una noche de luna en acecho, asomado á la ventana de una buhardilla.

A eso de media noche, vinieron unos estudiantes disfrazados de fantasmas, con velas en las manos y sárgenas en los hombros, y se encaminaron

en procesión hacia el peral, cantando en tono de prefacio:

Andar, andar,
hasta llegar al peral.
Cuando éramos vivos
andábamos por estos caminos,
y ahora, que estamos muertos,
andamos por estos desiertos.
¿Hasta cuándo durarán nuestras penas?
Hasta que las sárgenas estén llenas.

—¡Ay!—dijo el viejo;—estas son las almas de los que me han robado las peras, que están penando su delito. R. I. P. Amen.

Y se fué á acostar.

Había un hombre que era tejedor; tenía una mujer muy buena y muy viva, pero le había dado la manía de ser celoso y de figurarse que su honrada mujer le podía faltar. Una mañana, sabiendo que su mujer había ido á confesar, y queriéndose cerciorar de si sus sospechas eran ciertas, se puso un hábito de fraile y se sentó en el confesionario.

Llegó la mujer, que lo había conocido, y le dijo:

--Acúsome, padre, que he tenido amores con un mozo, después con un viejo, y después con un fraile.

--Vete de aquí—le dijo el fingido fraile;—no hay absolución para tales delitos.

Fuése en seguida á su casa y se puso á tejer;

pero como estaba tan rabioso, empezó á cantar para que lo oyese su mujer:

Acúsome, padre, con mucho descoco,
que he tenido amores con un hombre mozo,
después con un viejo, después con un fraile;
y teje que teje, y dale que dale.

A lo cual ella, en la misma tonada, contestó de esta suerte:

Si te lo dije, fué por ser verdad,
puesto que te quise en tu mocedad,
ayer siendo viejo, y hoy siendo fraile;
y teje que teje, y dale que dale.

Con lo cual se quedaron tan amigos por ciento y un años.

— Se estaba confesando un gitano, y dijo al confesor:

—Padre, me confieso porque he robado una sogá.

—¡Válgame Dios! ¡Y que no podáis resistir á esta tentación, que es un pecado mortal! ¡Y gracias que no fué cosa mayor!

—Es que detrás se vino la jáquima.

—¿Esa más?

—Y detrás la albarda.

—¿La albarda también?

—Y debajo se vino la mula.

—¡Esa es más negra! —exclamó el confesor.

—No, señor—respondió el gitano;—más negra era la otra que se vino detrás de la primera (1).

Vivía un matrimonio sordo con su madre sorda, y tenían una hija y un hijo sordo. Iban mal sus asuntos, y no habiendo pagado el alquiler de su casa por muchos meses, el dueño de la finca los mandó mudar.

Una mañana que iba el marido á la plaza, se dió de manos á boca con el amo de la casa.

—¿Qué tal le va á usted en su casa nueva?—le preguntó éste al verlo.

—¿Que me va usted á embargar por lo que le adeudo?—exclamó asustado el sordo.

—No, hombre, no digo eso.

—¿Que hoy mismo?—tornó á exclamar el sordo estremecido; y echó á correr que bebía los vientos hacia su casa, á la que llegó desalado.

Su mujer estaba mala.

—Mujer—la gritó al entrar,—manda fuera de casa las cosas de más valor, que hoy nos van á embargar.

—Tu padre dice que no se halla el jarabe de malva loca blanca, que es sólo el que me alivia el pecho,—dijo la pobre enferma á su hijo.

—Madre dice que no me puede coser la chaqueta. Sin ella no puedo salir; conque cósemela tú —dijo el hijo á su hermana.

(1) Aquí encuentra su origen el dicho vulgar de «esa es más negra».

Su hermana se echó á llorar, y le dijo á su abuela:

—Mi hermano dice que José le habla á Petronila. Yo siempre pensé que ese mal nacido nos hacía caso á las dos.

—¿Conque al fin se ha sabido que fué el monchillo quien le robaba las velas á San Pancracio? Me lo sospeché, y se lo dije al sacristan—contestó la abuela.

El lector. ¿Esto es lo que llaman los andaluces un chascarrillo? Confieso que no le hallo ni chispa ni sentido.

Tío Romance.—Lo poco nunca dió mucho, señor; pero no deja de ser este chascarrillo un proverbio puesto en acción, y es el de: *Cada uno trata de lo que mata*, y suele ser sordo á apuros ajenos.

Había en Sanlúcar de Barrameda una hermandad de San Pedro, que pensó en hacerle al santo en su día una función de las buenas. Aviaron de un todo la iglesia, que pusieron como nueva; compraron la cera y apalabraron al predicador; á los cantores y á los músicos.

Estando la víspera vistiendo al santo, cate usted que se les cae de las manos y se les hace pedazos, incluso el gallo, que se le quebró una pata y se descrestó.

¡Aquí de los apuros! ¿qué se hacía? Los hermanos estaban cuajados, ahilados, de manera que si les hubiesen puesto un papol en la boca se ahogaban. El hermano mayor, al que no se le iban las mar-

á se-
thanas, propuso que se llamase á un zapatero de
tra-jejo, á quien por su perfecta semejanza con el
ca-santo, le habían puesto por nombre tío San Pedro,
para que durante la función, y vestido con la ropa
on-del santo, ocupase su puesto en el altar mayor.
cio- Cuando se lo propusieron al buen zapatero, dijo
est-que nones, porque mientras estuviese él llorando
ices-en el lugar del santo, no había éste de estar en el
his-suyo remendando los zapatos que tenía que en-
tregar.

lor;- Al fin, por una onza que le ofrecieron, se convi-
bio-no; lo vistieron y lo colocaron en el camarín, y era
e lo-tal la identidad, que cuando acudió la gente á la
función, nadie pensó que el San Pedro de aquel
año fuese de carne y hueso, y menos que á cada uno
de por sí le hubiese remendado los zapatos que
llevaba puestos.

d- Todo fué bien al principio; pero poco á poco se
u- iba cansado el tío San Pedro de estar en la misma
o- postura; dábanle unas fatigas y unos marcos, que
a- veía al predicador y al púlpito boca abajo, y no
- digo nada cuando en el sermón, que acertó á ser
muy largo, se le fué al predicador el santo al cie-
lo, y se atajó en el paso en que canta el gallo. Al
tío San Pedro un sudor se le iba y otro se le
venía.

— Sí, hermanos, no lo dudeis —decía, y volvía á
decir el predicador—el gallo cantó.

—¿Y usted cuándo acabará de cantar, que es us-
ted más cansado que un rano? —le gritó el tío San
Pedro, á quien se le había acabado el aguante.

Al oír aquella reconvención del santo, el predi-

cador cayó accidentado, y las gentes echaron á huir, atropellándose en la puerta, y diciendo:

—¡Jesús! ¡vaya un genio que tiene San Pedro! Y en tocándole á lo del gallo, pierde su merced los estribos.





AGUDEZAS

Una maja, buena moza, estaba parada en el quicio de una puerta con la mantilla terciada, los brazos cruzados y apoyado el hombro en la pared; pasó un caballero que quedó prendado de ella; pero la maja ni hizo caso ni notó al improvisado admirador.

Volvió éste á pasar, y sucedió otro tanto, hasta que acercándose á ella, la dijo contoneándose y todo derretido:

—Mi alma, ¿sirvo de algo?

—De estorbo—contestó la interpelada sin volver la cabeza.

Un majo estaba en los toros muy amartelado con una buena moza que á su lado se hallaba.

Dijo ésta que tenía sed, y su vecino se apresuró á llamar á un aguador.

Acudió éste con su cántara, dió agua á la que la

había pedido, y á varias otras personas que la pidieron igualmente; después de lo cual empezó á cobrar, y como había quedado algo desviado del majo, y éste lo había vuelto la espalda, se puso á llamarlo, gritando:

—¡Eh! ¡Eh!

Pero el majo, ó no oía, ó no quería oír; hasta que su vecino le llamó la atención tocándole el brazo.

—Volvióse entonces, y el gallego aprovechó la ocasión gritándole:

—¿Y el cuarto?

—¿El cuarto? ¿El cuarto? Honrar padre y madre—contestó el majo, volviéndole la espalda, y prosiguiendo su interrumpida conversación con su vecina.

—

En un pueblo de Andalucía se dió una corrida, cuyos toros eran de la propiedad de un cura rico de un lugar. Acertaron estos á ser malos, en particular uno, que era negro y el más flojo y cobarde de todos. Los asistentes á la fiesta, renegaban y ridiculizaban al toro, y uno exclamó:

—¡Qué toro! ¡ni qué toro! Ese no es toro, sino el sacristán del cura Fulano (el dueño que era de la ganadería.)

—

Acababan de nombrar alcalde de un pueblo muy desmoralizado á un vecino, que se propuso, por cuantos medios estuviesen á su alcance, moralizarlo.

Con este fin suplicó al cura que le indicase las mujeres que daban escándalo y que convenía amonestar.

Acordaron ponerse juntos en la plaza, y que cuando fuesen entrando las susodichas, diría el cura:

—Haba.

Pero fué el caso que á cuantas entraban decía el cura:

—Haba.

—Señor—reponía el alcalde,—si es la mujer de mi compadre...

—¡Haba!—recalcaba el cura.

Llegó en esto la mujer del alcalde.

—¡Haba!—dijo el cura.

—Señor, si es mi mujer, y dice usted ¡haba!!

—¡Y tarragona! repuso el cura.

—

Cuéntase que el afamado actor Máiquez, que era un furioso aficionado á toros, y que por lo tanto se colocaba en los asientos más cercanos á la arena, estaba un día, según la costumbre de los aficionados, llenando de denuestos é insultos á un picador, para obligarle á que contra toda regla y prudencia se fuese al toro, hasta que exasperado aquél, volvió la cara y le dijo:

—Señor Máiquez, esto es de veras.

—

Una cigarrera, buena moza y descocada, se encontró con un hombre viejo, feo y estrapajoso, que le dijo en tono de requiebro:

—¡Vaya usted con Dios, tocayita.

A lo que ella contestó:

—¿Quién le ha dicho á usted que yo me llamo Bárbara?

Una señora rezaba de noche sus oraciones con su criada, concluyéndolas con una en que le pedía al Señor descansado sueño. La criada, por más que se lo reprendía su ama, todas las noches se quedaba dormida al fin del rezo. Una noche le dijo impaciente la señora al llegar á esta oración, viéndola dormida:

—Lo que es esta oración no hay para qué la reces.

—Para que vea usted—contestó adormilada la muchacha—lo buena que soy, que Dios me conceda las cosas sin que se las pida.

Pasando dos amigos cerca de un hombre que iba borracho, le dijo el uno al otro:

—¡Valiente chispa lleva ésel!

—¿Chispa?—contestó el borracho;—no se lo parecerá á mi mujer, sino una cosa muy grande.

Un gitano fué á confesar, y mientras confesaba vió en la manga del fraile una caja de plata, y se la robó.

—Acúsome, padre—dijo en seguida,—que he robado una caja.

—Pues, hijo, es preciso que la restituyas.

—¿La quiere usted, padre?

—Yo, no—respondió el confesor.

—Es—prosiguió el gitano,—que se la he ofrecido á su dueño, y no la quiere.

—Pues entonces quédate con ella—respondió el padre.

—

Encaminábase uno á galope tendido hacia un lugar, con objeto de oír misa, y encontrándose á otro que venía del pueblo, lo preguntó:

—¿Alcanzaré la misa?

—Si sigue usted á ese paso—contestó el interrogado,—de seguro la va á dejar atrás.





TRATADO POPULAR
DE
GRICULTURA Y METEOROLOGÍA

Cuando el año va á acabar,
entierra el habar.

El mes de Enero nõ pierdes
si miras los trigos verdes.

En Febrero
siembra el vero;

en Marzo
el garbanzo;

en Abril
el maíz;

en Mayo
esperallo;

y cuando llega San Juan
los dineros te darán.

Con los granos de un buen año
se remedian tres de daño.

Si hay faja en el Guadiana,
agua habrá por la mañana.

Cuando el cerrojillo canta,
agua lleva en la garganta;

Arco iris por Levante
levanta el tiempo al instante;
mas si lo ves por Poniente,
coge los bueyes y vente.

Por octubre
echa pan y cubre.

Más produce el año
que el campo bien labrado.

Por San Andrés
mata tu res.

Hazme bien la cama,
y tápame con una rama.

Quien ara en Abril,
su madre no lo había de parir;
quien ara en Mayo,
ni parirlo, ni criarlo.

—¿Dónde vas, tardío?
—En busca del temprano.
—Ni en paja ni en grano.

Agua de nube,
á unos los baja y á otros los sube.

San Matías,
Marzo al quinto día;
entra el sol por las umbrías
y calienta las aguas frías.

En el tiempo de la granada
la gallina no pone nada.

Por Septiembre
las gallinas vende,
y por Navidad
vuélvelas á comprar.

Lloviendo el día de Santa Bibiana
llueve cuarenta días y una semana.

Por San Simón y San Judas
mata tu puerco y atesta tus cubas.

Los pollos de Enero
suben con su madre al gallinero.
Y los de San Juan
van al muladar.

Agua por San Mateo,
puercos, vendimias y gordos borregos.

El mejor tuero,
para Mayo lo quiero.

La neblina,
del agua es madrina,
y del sol vecina

Entre gavilla y gavilla,
hambre amarguilla.

Año de ovejas,
año de abejas.

Cuando Marzo mayea.
Mayo marcea.

En el mes de Enero
se abriga el madero.
Viene Febrerillo el loco
con sus días veintiocho,
y si Marzo vuelve el rabo,
no hay oveja con pelleja
ni pastor deszamarrado.
En el mes de Abril
toda el agua cabe en un barril;
pero si el barril está desfondado,
todo el campo está anegado.

Todas las flores del mundo
las cautiva el mes de Enero;
pero cuando llega Mayo
salen de su cautiverio.

Agua por San Juan,
quita vino y no da pan.

Año de nieves,
año de bienes.

Año de pitones,
año de montones.

A veinte de Enero
San Sebastián el primero.
Detente, varón,
que primero es San Antón.
Febrerillo el loco
no pasó de veintiocho.
Sacó su padre al sol,
y después lo apedreó.

Un pastor le dijo á Marzo que si se portaba bien, le regalaría un borrego; Marzo le prometió hacerlo, y cumplió portándose grandemente. Cuando ya iba saliendo, le pidió el prometido borrego al pastor; pero las ovejas y borregos estaban tan hermosos, que el pastor, considerando que sólo quedaban tres días de reinado á Marzo, se rechifló y no se lo quiso dar.

—¿No quieres?—le dijo Marzo, —pues no tengas cuidado.

Con tres días que me quedan
y tres que me preste mi compadre Abril,
he de poner tus ovejas al parir.

E hizo por seis días tan crudo temporal de agua y frío, que se murieron todos los borregos y las ovejas todas.

Llueva para mí Abril y Mayo,
y para ti todo el año.

Agua en Agosto,
azafrán, miel y mosto.

Al alcornoque
no hay palo que le toque,
sino la encina,
que le quiebra la costilla.

Para tierra buena,
no hay inteligencia ajena.

El año seco tras el mojado,
guarda la lana y vende el hilado.

El mal año entra nadando.

Año de brevas,
nunca lo veas.

Todo tardío y siembra temprano,
si errastes un año, acertarás cuatro.

El arado rabudo,
y el arador barbudo.

Ara por enjuto ó por mojado,
y no besarás á tu vecino el rabo.

Cada cosa en su tiempo,
y los nabos en Adviento.

Un año bueno y dos malos,
para que nos entendamos (1).

San Pedro lluvioso,
treinta días peligrosos.

Junio brillante,
año abundante.

Año de heno,
año poco lleno.

(1) Así decían los labradores de Andalucía, porque la abundancia de los frutos hacía bajar mucho sus precios.



CANTOS
COPLAS Y TROBOS ⁽¹⁾
POPULARES

(1) El pueblo da el nombre de trobos á varias coplas consecutivas que tratan de un mismo asunto.



Religiosas y morales

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que te has de morir,
mira que no sabes cuándo.

Sufre, si quieres gozar;
baja, si quieres subir;
pierde, si quieres ganar;
muere, si quieres vivir.

Nacer sin querer nacer,
sin quererlo padecer;
vivir sin querer vivir,
morir sin querer morir.

Todos sujetos estamos,
porque Aquel que nos crió,
tan sólo para salvarnos,
el libre albedrío nos dió.

Yo no le temo á la muerte,
que la muerte es natural;
sólo le temo á la cuenta
que á Dios le tengo que dar.

Acuérdate, pecador,
que tu vida es una luz,
y que tú puedes morir
antes que digas: ¡Jesús!

Desde el día que nacemos
á la muerte caminamos:
no hay cosa que más se olvide
y que más cierta tengamos.

Aquel que tiene tres viñas
y el tiempo le quita dos,
conténtese con la una,
y dele gracias á Dios.

Sufre con ánimo igual,
alma, lo que más lastima;
que la más áspera lima
limpia mejor el metal.

La pena más excesiva
que los condenados sienten,
es aquella voz que grita:
¡para siempre, para siempre!

Yo no le temo á la muerte,
aunque la encuentre en la calle;
que sin licencia de Dios,
la muerte no mata á nadie.

A San Antonio le pido
que me dé conformidad,
que los bienes de este mundo
Dios los quita y Dios los da.

No ama mucho quien lo dice,
sino quien mucho padece,
porque amor sin penas y obras,
de amor sólo el nombre tiene.

Hazte guerra y tendrás paz:
ciega y hallarás la luz.
¿Quieres gloria? Ansía por Cruz.
Sé simple, y serás la paz.

Si al Sumo Bien te has de unir,
su voz interior atiende,
pues lo que tu Dios pretende
es que le quieras oír.

Por divino adoro á Dios
y lo admiro por perfecto;
por bondadoso lo amo,
por justiciero le temo.

Borda el Oriente de luz
cuando asoma linda estrella
á adorar ante la cruz
al que fué clavado en ella.

Los moros de Berbería
dicen que no puede ser
parir y quedar doncella
la esposa de San José.

Si supieran la doctrina
que enseña el santo Evangelio,
supieran cómo María
fué madre y Virgen á un tiempo.

En Abril llueve bastante;
las aguas no son dañinas,
que las manda el Criador
para que salga la espiga.

El primer día de Mayo,
en punto de medio día,
á visitar los sembrados
salen Jesús y María.

Se paran de trecho en trecho,
les echan su bendición,
mandan que corran los vientos
para dar la granazón.

En llegando el mes de Junio,¹
me da mi Dios la licencia
para que pueda segar
de los campos la cosecha.

Por la voluntad divina,¹
la que á todos nos mantiene,
y la ayuda de los hombres,¹
son recogidas las mieses.

—
No hay nombre como Manuel,
ni mujer como María;
amor como amor de madre,
ni luz como la del día.

—
Todos los días del año
se dice una misa en Roma,
que la dice el Padre Santo
y la ayuda una paloma (1).

(1) Símbolo del Espíritu Santo.

Dicen que la golondrina
tiene la pechuga blanca,
y yo digo que María
fué concebida sin mancha.

¡Ay! Madre de los remedios,
madre de los afligidos,
los trigos se van secando,
manda tu santo rocío.

Vengan, vengan en mi ayuda
los inocentes corderos
que degolló el fiero Herodes
con un cuchillo de acero.

Los profetas y patriarcas
y los mártires queremos,
que son nuestros protectores
y de Dios los mensajeros.

A las ánimas benditas
nadie les cierre la puerta;
con decirles que perdonen
van las ánimas contentas (1).

En el cielo no hay faroles,
que todas son estrellitas.
¡Qué bien parece, señores,
la honestidad en las mocitas
y la razón en los hombres!

Como del cielo el rocío,
caiga en mí tu bendición,
y nacerán las virtudes
como en el campo la flor.

(1) Porque contenta la intención, y no ofende quien rehusa con buen modo.

Un árbol hay en la iglesia
con espinas y sin flor (1);
en cada ramita un ángel,
en medio, nuestro Señor.

La piedad de Dios nos dé
lo que pedimos con fe:
la paz, el pan, la paciencia,
y muerte con penitencia.

El sagrario está abierto
vamos llegando,
que la mesa está puesta,
Dios convidando.

En lo alto del cielo
suenan clarines,
coronando á María
los serafines.

Un loquito del hospicio
me dijo en una ocasión:
ni son todos los que están,
ni están todos los que son.

Veinticinco pesetas
son cien reales;
en faltando un ochavo,
no están cabales.

El que siembra alcachofas,
espinas coge;
el que cría colmenas,
la miel se come.

(1) La Cruz.

La mujer que no come
con su marido,
lo mejor de la olla
se lo ha comido.

Compañerita del alma,
diga usted lo que yo digo:
que el que no sabe leer,
¿para qué quiere los libros?

Desciendes de mala rama,
no lo puedes remediar;
las mujeres y caballos
por casta se han de buscar.

No te cases con viejo
por la moneda;
la moneda se gasta,
y el viejo queda.

—¿Qué son celos?—pregunta
un hombre sabio;
y un rústico responde:
—Ama y sabráslo.

Le pueden quitar á un rey
su corona y sus estados;
mas no le pueden quitar
la gloria de haber reinado.

Semejan esperanzas
á los laureles;
sin darle fruto á nadie,
siempre están verdes.

No quieras casa caída,
ni paredes derrumbadas,
ni casamiento á disgusto;
donde no hay gusto no hay nada.

En una alforja al hombro
llevo los vicios;
delante los ajenos,
detrás los míos.

¿Te quieres poner conmigo?
le dijo el tiempo al querer;
esa soberbia que tienes
yo te la castigaré.

Cuando la perdiz canta,
nublado viene;
no hay más señal de agua
que cuando llueve.

¿Quieres vivir sin afanes?
deja la bola rodar;
que lo que fuere de Dios,
á las manos se vendrá.

Esperar y no venir,
querer y que no lo quieran,
acostarse y no dormir,
¿cuál será la mayor pena?

Ninguno cante victoria
aunque en el estribo esté,
que muchos en el estribo
se suelen quedar á pie.

Las nubes las destruye
un viento recio;
así á una tertulia
la acaba un necio.

El secreto de tu pecho
no se lo des á tu amigo,
que si la amistad quebrare,
te ha de servir de testigo.

Ser rico y ser avariento
una misma cosa es,
porque nunca se se separa
la codicia del tener.

Amiga, la más amiga,
amiga del corazón,
la más amiga la pega
en llegando la ocasión.

En la isla de León
se pesca con hilo y caña;
por la boca muere el pez:
cuenta con lo que se habla.

Nunca compres mula coja
pensando que sanará,
pues si las sanas cojean,
las cojas, ¿qué es lo que harán?

Alerta, alerta, mozuelas,
que el hombre no sufre daño;
en sacudiendo la capa,
cáese el polvo y queda el paño.

El que presume de honra
es porque carece de ella;
aquel que no tiene capa,
se acuerda de Grazalementa (1).

La mujer que se enamora
de la ropa, y no del hombre,
no tiene vergüenza en cara,
porque la ropa se rompe.

En ningún hombre casado
pongas nunca tu querer,
que al fin y á la por partida
se los lleva su mujer.

Nadie ponga su viña
junto al camino,
porque todo el que pasa
coge un racimo.

Cuando yo tenía dinero
me llamaban don Tomás,
y ahora que no lo tengo
me llaman Tomás no más.

(1) En Grazalementa se fabrica el paño para hacer las capas.





Sentenciosas

No adelantes el discurso
sino para pensar bien,
que á veces nos discurremos
lo que no ha sido ni es.

Hasta la leña del campo
tiene su separación:
una sirve para santos
y otra para hacer carbón.

Aquel que empieza una obra
razón será que la acabe,
para que nunca se diga
que la dejó por cobarde.

Entre mi oficial y yo
hicimos este retablo;
si está bueno, lo hice yo,
y mi oficial si está malo.

Cásate con un pastor,
y te llamarán pastora;
cásate con un señor,
y te llamarán señora.

Ni fies ni desconfies,
ni hijos ajenos críes,
ni pongas viñas, ni domes potro,
ni tu mujer enseñes á otro.

Nadie diga bien estoy,
porque yo he solido estar
en casa de balconaje,
y ahora vivo en un solar.

Más quisiera en una plaza
á un toro bravo esperar,
que no á una mujer que diga:
¡Qué cuidado se me da!

Unta el eje, Juanillo,
que chilla el carro;
que hasta lo inanimado
gusta de halagos.

Nadie diga en este mundo:
de este agua no beberé;
por muy turbia que la vea,
le puede apretar la sed.

Aquel que más alto sube
más grande porrazo da;
mira la puente de Arcos
en lo que vino á parar.

Si fueres á buscar novia,
que no sea en romería,
sino en casa de su padre,
con ropita de aquel día.

¡Ay! ¡Desgraciado de aquel
que pone su cara en tierra;
que el que queda por acá,
tarde ó temprano se alegra!

—
Todo lo puede el amor,
todo el dinero lo vence,
todo lo consume el tiempo,
todo lo acaba la muerte.

—
En tu vida, de nadie
dádivas tomes,
y con eso te excusas
de obligaciones.

—
La mujer que se compone
con demasiado artificio,
no será por agradar
solamente á su marido.

—
En este mundo redondo
quien mal anda mal acaba;
en casa del jabonero,
aquel que no cae, resbala.

—
Vale más saber que haber,
dice la común sentencia;
que el pobre puede ser rico,
y el rico no compra ciencia.

—
Malés que acarrea el tiempo,
¡quién pudiera penetrarlos,
para ponerles remedio
antes que viniera el daño!

No quiero que me dé nadie
válida de un alfiler,
porque todo en este mundo
se da por el interés.

Considera, considera,
y siempre considerando,
los mayores imposibles
se suelen vencer callando.

Ninguno por cantar bien
hable mal de aquel que canta;
unos cantan lo que saben,
y otros saben lo que cantan.

Como á la puente de Arcos
te tiene de suceder:
que trajeron cal y canto
y se quedó por hacer.

Si con hambre castigas
á quien te ama,
advierte que el desmayo
quita la gana.

Un. rosal cría una rosa,
y una maceta un clavel;
y un padre cría una hija,
sin saber para quién es.

No te fíes de consejos,
aunque te los quieran dar,
sino de lo que te salga
de tu propia voluntad.

Amigos, no háy amigos;
el más amigo la pega;
no hay más amigo que Dios,
y un duro en la faltriquera.

Casadita y con hijos
te quiero yo ver,
que mocita y curiosa
cualquiera lo es.

Si quieres que el dinero
nunca te falte,
el primero que tengas
nunca lo gastes.

Aunque lo mires ajado,
no desprecies al laurel,
que algún día fué buen árbol,
y puede reverdecer.

Procura reflexionar
lo que puede suceder,
porque es mejor precaver
que tener que remediar.

En materia de gusto
nadie dispute,
que para ser de gusto
basta que guste.

El avariento, amigo,
es como el puerco,
que á ninguno aprovecha
hasta que es muerto.

El tiempo con el querer
hicieron una contrata,
y lo que el querer dispone
el tiempo lo desbarata.

Mis cuñadas y mi suegra
dicen no me quieren bien;
¿para qué enturbiar el agua
que se tiene de beber?

Si quieres que te aplaudan,
y te desprecien;
en tu vida reparte
lo que tuvieres.

Una camisa sin mangas,
sin cuello ni delantera,
sin género en las espaldas,
no ha menester lavandera.

Si fueres á comprar paño
mira primero la muestra,
porque en el paño hay engaño,
como en la dama compuesta.

Del carro de los locos
todos tiramos;
unos con tiros cortos,
otros con largos.

Anda, pregúntale á un sabio
cuál de los dos sufrió más:
el que comió de sus carnes,
ó el que publicó su mal.

Anduvistes escogiendo
como peces en banasta,
y al fin vinistes á dar
con uno de mala de casta.

Al alma del negocio
va todo el mundo,
y al negocio del alma
no va ninguno.





Amorosas tristes

Yo quisiera morirme
y oír mi doble,
por ver quién me decía:
Dios te perdone.

Dicen de que no cuesta
la despedida;
dile al que te lo ha dicho
que se despida.

De tu ventana á la mía
me tiraste un limón;
el limón cayó en la calle,
el zumo en mi corazón.

Mi amante con la luna
me envía cartas,
y yo con el lucero
penas á mantas.

Como Sevilla tiene
fuertes murallas,
no pueden mis suspiros
atravesallas.

Son tan grandes mis fatigas
que me tienden á ahogar;
se siguen unas á otras
como las olas del mar.

¡Qué largas las horas son
en el reloj del afán,
y qué poco á poco dan
alivio á mi corazón!

Más quiero yo aguardarte
quinientos años,
que no beber las hieles
del desengaño.

¿A quién le contaré yo
lo que á mí me está pasando?
Se lo contaré á la tierra
cuando me estén enterrando.

El amor y la naranja
se parecen infinito,
que por muy dulces que sean,
de agrio tienen su poquito.

Sin vida estoy por vivir
la vida que estoy viviendo,
pues vivo y no sé si vivo,
porque más que vivo, muero.

Cuando te veo con pena,
en mí no reina alegría,
pues como te quiero tanto,
siento tu pena y la mía.

Sufro, siento y padezco,
suspiro y lloro;
con decir que te quiero,
lo digo todo.

A la mar fueron mis ojos
por agua para llorar,
y se volvieron sin ella,
porque estaba seco el mar.

Se me oprime el corazón
al ver tu vestido negro,
que la sombra de tu pena
á mí me da sentimiento.

Es el engaño leal
y el desengaño traidor;
el uno, mal sin dolor,
y el otro, dolor sin mal.

Rosa me puso mi madre
para ser más desgraciada,
pues no hay rosa en este mundo
que no muera deshojada.

La esperanza de verte
me tiene viva;
que si no, ya tuviera
la tierra encima.

¡Triste está mi corazón
y no sabe lo que tiene!...
Que está muy lejos de aquí
el que consolarlo puede.

La pena y la que no es pena
todo es pena para mí;
ayer penaba por verte,
y hoy peno porque te vi.

Los suspiros de un cautivo
no pueden llegar á España,
que está la mar de por medio
y se han de hundir en el agua.

A las rejas de la cárcel
no me vengas á llorar;
ya que no me quites penas,
no me las vengas á dar.

Los ojos de mi morena
se parecen á mis males:
grandes como mis fatigas,
negros como mis pesares.

Las aves de la Arabia
viven eternas;
viven porque no saben
lo que son penas.

Entre la hostia y el cáliz
á mi Dios se lo pedí:
que no te maten las penas
que me están matando á mí.

Si supiera la pena
que era no verte,
me hubiera resignado
á no querererte.

Desde que te vi, te amé;
desde que te amé, me muero;
y si me muero por ti,
dichoso me considero.

Compañera de mi alma,
ya no me conocerás,
que acaba más una pena
que una larga enfermedad.

En la soledad del campo
me puse á llorar mis penas;
y fueron tantos mis llantos,
que florecieron las hierbas.

Suspiros que de mí salgan
¡y otros que de ti vendrán,
si en el camino se encuentran,
qué de cosas se dirán!

Por agravios que me hagas,
de ti no me vengaré,
porque te vale el sagrado
de haberte querido bien.

Todo el día estoy alegre,
y en llegando la oración,
una piedra de molino
parece mi corazón.

¿Cómo quieres que yo vaya
al jardín de la alegría,
si se marchitan sus flores
al ver estas penas mías?

Ni contigo ni sin ti
puedo yo tener consuelo;
contigo, porque me matas,
y sin ti, porque me maero.

Voy á la fuente y bebo;
no la aminoro,
que aumenta su corriente
con lo que lloro.

Cansada estoy de llorar
y hasta de dar suspiros;
con las aguas y las brisas
dicen que se ajan los lirios.

Yo soy como la verbena
que pusieron en maceta;
como se ve en tierra ajena,
aunque la cuiden, se seca.

Como la campana tiene
fundidos siete metales,
así tengo tu cariño
en la masa de la sangre.

De dolor y sentimiento
dicen que no muere nadie;
yo me tengo de morir
por ver si se muere,alguien.

En el jardín del amor,
ten por sabido,
la flor que más abunda
es el suspiro.

Dícese que nos queremos,
yo no sé si desearlo;
la risa de amor es dulce,
pero su llanto es amargo.

Yendo y viniendo
fuíme enamorando;
empecé riendo,
y acabé llorando.

Corazón que en las penas
tu alivio encuentras,
si las penas descansan,
¿de qué te quejas?

Las fatigas de la muerte
grandes fatiguillas son;
pero con las del querer
no tienen comparación.

Seguidillas son guindas,
guindas son flores,
palillos de retama
son mis amores.

Si supiera que en otro
tu amor ponías,
le echara un velo negro
al alma mía.

Tres años después de muerto
la tierra me preguntó
que si le había olvidado,
y yo le dije que no.

A una piedra de la calle
le contaba mi dolor;
mira lo que le diría,
que la piedra se partió.

Yo me confié á un amigo
por ver si me consolaba,
y el amigo estaba enfermo
del mismo mal que yo estaba.

Dentro de mi pecho tengo
un entierro bien formado;
mi corazón es el muerto,
tu querer me lo ha matado.

Un corazón de madera
tengo de mandar hacer,
que ni sienta ni padezca,
ni sepa lo que es querer.

Corazón, no suspires;
alma, no sientas;
memoria, no te acuerdes
de quien te acuerdas.

Ausente de tu vista,
mucho más vivo,
porque cada momento
se me hace un siglo.

A los santos les pido
que en esta ausencia,
á ti te den constancia
y á mí paciencia.

De la retama la rama,
del saúco la corteza,
no son cosas más amargas
que amor donde no hay firmeza.

Estoy tan hecha á penar,
que en no penando,
parece que me falta
lo necesario.

Una palabra me diste
que jamás me cumplirás;
yo sí cumpliré la mía
de no olvidarte jamás.

Estrellas del alto cielo,
bajad y firmad por mí;
que cumpliré la palabra
que al que está ausente le dí.

Toma allá mi corazón,
échalo en esa candela;
mas no agarres las cenizas,
que te has de quemar con ellas.

Hasta la cama en que duermo
se queja de mi dolor;
siendo de madera, siente,
¿qué será mi corazón?

Todo aquel que dice ¡ay!
es señal que le ha dolido;
cuando tantos ayes da,
ved si mi pecho ha sufrido.

Me dicen que soy hermosa;
mas me retiro del mundo,
que tengo mi corazón
dentro del pecho difunto.

Todo el tiempo de mi vida
amándote pasaré;
y si me olvidas por otro,
en ti y en Dios pensaré.

De tus ingratitudes
tengo yo hecho,
como la Magdalena,
llaga en el pecho.

Aunque me ves que canto,
canta la boca,
porque mi pecho tiene
pena y no poca.

Como canjilón de noria
son mis fatigas y penas;
unas suben aguas malas
y otras suben aguas buenas.

En un macetón sembré
un amor que me brindaron;
con lágrimas lo regué,
por eso se arraigó tanto.

La soledad me acompaña,
la alegría me entristece,
pues aborrezco la vida,
pues apetezco la muerte.

Dentro de la sepultura,
y de gusanos roído,
se han de encontrar en mi pecho
señas de haberte querido.





Amorosas

María me dió una rosa,
y su madre la miró;
más colorada se puso
que la rosa que me dió.

La nieve por tu cara
pasó diciendo:
donde no hago yo falta
no me detengo.

Si quieres que formemos
los dos un cordón,
tu pondrás la constancia,
yo pondré el amor.

Los dientes de tu boca
me tienen preso;
¡quién ha visto cadena
hecha de hueso!

Los dientes de tu boca
me tienen así;
¡quién ha visto grilletes
hechos de marfil!

Amantito, amantito,
amante, amante,
las pestañas me estorban
para mirarte.

Las estrellitas del cielo
cada cual tiene su nombre;
la mía se llama Rita,
¡la llamo y no me responde!

Dime, niña, tú que vives
arrimadita á la Audiencia,
si habrás oído leer
el papel de la sentencia.
Tú eres el juez de la causa,
y yo soy el delincuente;
acaba de sentenciar
sí soy de vida ó de muerte.

¿Para qué vienes á verme
si tienes quien te lo estorbe?
Dale gusto á esa persona,
y ten partidas de hombre.

Cuando te encuentro en la calle
y no me dices adiós,
ni las ánimas benditas
pasan lo que paso yo.

Enfrente del sol saliente
tiene mi niña el balcón;
sale el sol, sale mi niña,
salen mi niña y el sol.

De la mar en la orilla
te bautizaron,
y vinieron los peces,
la sal te echaron.

Mi padre me tiene dicho
que me tiene que sacar
los ojos con que te miro,
y yo que te he de mirar.

Cuando voy á la iglesia
y no te veo,
quisiera que la misa
durara un credo.

Cuando voy á la iglesia
y allí te hallo,
quisiera que la misa
durara un año.

Tengo vergüenza y me callo,
tengo amor y no lo digo;
no sé cómo te dijera:
¿Te quieres casar conmigo?

Quisiera ser por un rato
perla de tu gargantilla,
de tus zarcillos arete,
de tus zapatos hebilla.

No hay ojos más hermosos
que los azules,
y si no, mira al cielo
cuando no hay nubes.

Amor mío, no pierdas
las esperanzas,
que en el pozo más hondo
la sogá alcanza.

Morena, tú me matas
con tus rigores,
quieres que paguen justos
por pecadores.

Las estrellas del cielo
no están cabales,
porque están en tu cara
las principales.

Vale más lo moreno
de mi morena,
que toda la blancura
de la azucena.

Tengo un clavel encarnado
á la sombra y bajo llave,
para que el sol no lo vea
y con mirarlo lo aje.

Quisiera verte y no verte,
quisiera hablarte y no hablarte,
quisiera encontrarte á solas,
y quisiera no encontrarte.

Una porción de civiles
han salido de Morón
en busca de unos ladrones;
mi niña, tus ojos son.

Todo el mundo en contra mía,
serrana, porque te quiero;
todo el mundo en contra mía,
y yo contra el mundo entero.

El amor y el interés
salieron al campo un día,
y el interés pudo más
que el amor que me tenías. .

Cuando quise, no quisiste,
y ahora que quieres, no quiero;
gozarás del amor triste
como yo gocé primero.

No te enamores, mi niña,
de mocito forastero,
que en volviendo las espaldas,
si te vide, no me acuerdo.

Si San Rafael me diera
las alas de su volar,
donde tengo el pensamiento
fuera de un vuelo á parar.

Yo te quise no pensando
que me habías de olvidar;
tú juegas con dos barajas,
y yo con una no más.

Dame la manita, iremos
al sitio donde lloraste,
y entre los dos cogeremos
las perlas que derramaste.

Te quiero y sé que nunca
seré tu dueño;
esto sí que es firmeza
de amor sin premio.

Ya que no te puedo hablar,
ponte donde yo te vea;
daré placer á la vista,
ya que otra cosa no sea.

No me mandes papeles,
que no sé leer;
mándame tu persona,
que la quiero ver.

Tus ojos son ladrones
que roban y hurtan;
tus pestañas el monte
donde se ocultan.

Los ojos de mi morena
tienen un mirar extraño;
que matan en una hora
más que la muerte en un año.

El hombre que á mí me quiera,
me ha de venir á buscar,
como el agua busca el río,
y el río busca á la mar.

Esos dedos que tú tienes,
dedos quieren parecer;
pero en tanto que yo viva,
nunca *de dos* han de ser.

Tienes unos ojitos
adormilados,
que es preciso quererlos
á ojos cerrados.

Tus colchones son jazmines
y tus sábanas mosquetas,
azucenas tu almohada,
y tú, rosa que te acuestas.

Los cipreses de tu casa
están vestidos de luto,
y es porque no tienen flores
que ofrecerte por tributo.

El naranjo de tu patio,
cuando te acercas á él,
se desprende de sus flores
y te las echa á los pies.

Dueño mío, no vayas
á misa mayor,
que ni rezas, ni rézo,
ni pongo atención.

Atame con un cabello
á la reja de tu casa,
que aunque se rompa el cabello
seguro está que me vaya.

Valientemente, muchacha,
Dios te dió sabiduría;
una palabra que hablas
vale por doscientas mías.

Te quiero más que al dinero,
más que á mi padre y mi madre,
y si no fuese pecado,
más que á la Virgen del Carmen.

Mucho quiero á San Francisco,
más á San Judas Tadeo;
pero más quiero á aquel santo
que señala con el dedo.

El médico me receta,
viendo que es mi mal de amor,
onza y media de escarmiento,
y de desengaño dos.

¿Quieres ajustar la cuenta
del tiempo que te he querido?
Dame la carta de pago,
y yo te daré el recibo.

El aye fría en el campo
claramente dice nieve,
y eso lo dice por ti,
sabiendo que á nadie quieres.

El león, con ser león,
dicen que lo rindió el sueño;
yo, que soy criatura humana,
de pensar en ti, no duermo.

Si pasaras por mi calle
y me quisieras hablar,
repara bien en mi sombra,
ella te responderá.

Me llaman el celoso,
á mí, ¡qué pena!
Soy labrador, y quiero
guardar mi hacienda.

Anoche soñaba yo
que dos negros me mataban,
y eran tus hermosos ojos
que enojados me miraban.

Tienes unos ojitos
de picaporte:
cada vez que los cierras,
¡siento yo un golpe!

Por una Pepita muero,
pepita y no de melón,
que es Pepita que yo tengo
dentro de mi corazón.

Ya yo no vivo en la calle
donde usted me conoció;
ahora vivo en la plazuela
del Desengaño mayor.

San Antonio lleva el niño,
Santo Domingo la estrella,
y San Juan lleva la palma;
entiéndame quien me entienda.

Aunque tú no me quieras,
tengo el consuelo
de saber que tú sabes
que yo te quiero.

Tan imposible lo hallo
encontrar en ti cariño,
como llegar á quitarle
á San Antonio su niño.

De San Juan quiero la palma,
de San Francisco el cordón,
de Santa Rita la espina,
de mi amante el corazón.

Un pino alto lo troncho,
un álamo lo blandeo,
un toro bravo lo amanso,
y á ti, muchacha, no puedo.

Vale más lo moreno
de mi morena,
que toda la blancura
de la azucena.

A tu amor lo he comparado
á los días del invierno:
ya se aclara, ya se nubla,
ya diluvia, ya hace bueno.

Ya yo he caído en desgracia,
¡paciencia!, ¡cómo ha de ser!
Aunque yo santos pintara,
diablos te han de parecer.

Una gotera continua
ablanda un duro peñón,
y mis suspiros no pueden
ablandar tu corazón.

Estrellas del alto cielo,
bajad y firmad por mí,
que cumpliré la palabra
que á mi morena le dí.

De los juncos sale el agua,
de los álamos el viento,
y de ti, pulida dama,
memoria y entendimiento.

Como estás esta noche
tan celosita,
pareces una rosa
con espinitas.

Más te quiero enojada
que placentera,
que haces una enojada
muy sandunguera.

Tengo una puñaladita
que me la dió una mozueta;
no he visto puñaladita
más chiquita y que más duela.

—Tienes, niña, una mañita
que te la vengo á reñir;
que te quitas de la puerta
en cuanto me ves venir.

—Si has notado que me quito,
yo no me quito por ti,
sino por tus amiguitos,
que no tengan qué decir.

—Ya mis amigos lo saben
que yo adoro tu persona,
que tú te estés en la puerta,
es para mí una corona.

Como abrí sin precaución
tu carta, dueño querido,
se cayó tu corazón;
mas en mi pecho ha caído.

En él yo le he dado abrigo,
pero no cabiendo dos,
el mío te mando yo
y el tuyo queda conmigo.

Las estrellas y luceros
todas se rinden al día,
y yo me rindo á tus plantas,
María del alma mía

No quiero salgas de casa
ni que á la puerta te asomes,
ni tomes agua bendita
donde la toman los hombres.

Si mi corazón llegase
á pedirte un limosna,
y no tuvieses qué darle,
dile con amor: perdona

De aquí tengo que ausentarme,
mi querer está en peligro,
raíces va ya criando
como en el suelo el olivo.

Son tus labios dos cortinas
de color de carmesí,
y entre cortina y cortina
estoy esperando el sí.

Me han dicho que estás malita
y que te sangran mañana;
á ti te sangran del pie,
y á mí me sangran del alma.

Todo el mundo me lo dice,
yo acredito esa verdad:
en estando un hombre ausente,
otro ocupa su lugar.

No suspiro por verte,
que bien te veo;
suspiro por hablarte,
quiero y no puedo.

Yo no sé qué me haga
con unos celos,
que ya estoy para darlos
por no tenerlos.

La cadena del amor
tiene fuertes eslabones,
y aquel que en ella se mete,
tarde sale de prisiones.

Los árboles de Aranjuez,
unidos de siete en siete,
no tienen tanta firmeza
como yo para quererte.

Esa madeja de pelo
te cuelga por las espaldas,
de día por hermosura,
de noche por almohada.

Un imposible adoro,
que es de discretos;
las posibilidades
las ama un necio.

María, si bien me quieres,
no se lo digas al cura;
que los secretos de amor
son para la sepultura.

El que emferma de amores
sin calentura,
váyase á la parroquia
que el Cura cura,

Médico quise hacerme
por curarte á ti,
y el mal que tú tenías
se me pegó á mí.

Quise bien, y aborrecí,
que no es delito en quien ama,
que cuando yo aborrecí,
más que aborrecido estaba.

Niña, cuando vas á misa,
la iglesia se resplandece,
la hierba seca que pisas
con verte se reverdece.

¿Por qué me diste vista,
Santa Lucía,
si no veo lo que quiero
todos los días?

Esos rizos que te adornan
esa peregrina cara,
son flechas con que me has hecho
herida que nunca sana.

Mucho quiero á San Francisco,
porque tiene cinco llagas;
pero más te quiero á ti,
porque Francisca te llamas.

Creo que no tienes alma,
ni has nacido en este reino,
sino que en la Morería
tuviste tu nacimiento.

A lo lejos que te vea
se me alegra el corazón;
donde candela se hizo,
siempre ceniza quedó.

Manojitos de alfileres
me parecen tus pestañas;
cada vez que las meneas
se me clavan en el alma.

Fuentecita cristalina,
arroyuelo caudaloso,
para dos que bien se quieren,
largos caminos son cortos.

Anoche fuí al correo,
no tuve carta.
Se vistieron de luto
mis esperanzas.

Tienes unos ojos, niña,
que si los pones á premio,
no faltará quién te dé
un veinticinco por ciento.

En una teja en su casa
crió mi niña un clavel,
y cuando á su vera pasa
le da un besito en la sien.

A la mar te pareces
en enojarte,
porque la mar se enoja
sólo del aire.

Si quieres que te quiera,
me lo has de pagar,
que también mi cariño
cobra su jornal.

Es tu querer como el toro,
donde lo llaman se va;
el mío es como la piedra,
donde se pone se está.

A mí no me gustan plantas,
mozo bueno, escuche usted;
lo que me gustan son obras,
y esas no las tiene usted.

Cuando te encuentro en la calle,
se me alegra el corazón,
que donde hubo candela,
siempre rescoldo quedó.

A Santa Rita de Casia
no le tengo de rezar,
pues le pedí un imposible,
y no lo quiso otorgar.

Moreno pintan á Cristo,
morena á la Magdalena,
moreno es el bien que adoro.
¡Viva la gente morena!

Como mi amante es moreno,
por eso lo quiero tanto,
porque la tierra morena
se señorea en el campo.

Los ojos de mi niña
son de pan tierno,
y los míos de hambre
se están muriendo.

Una morena se vende.
Dicen los apreciadores,
que la sal de una morena
no es pagada con doblonès.

Toma allá mi corazón,
métetelo en el corpiño
y arrúllalo como un niño,
que llora y tiene razón.

Aunque pongan á tu puerta
la artillería real,
y á tu padre de artillero,
contigo me he de casar.

El día que tu naciste
nacieron todas las flores,
y en la pila del bautismo
cantaron los ruiñeñores.

Tus ojos y los míos
se han enredado,
como las zarzamoras
por los vallados.

Si supiera que con flores
te había de divertir,
yo te trajera más flores
que crían Mayo y Abril.

Aunque me ves encogida
y que tengo pocos años,
en tocando á la firmeza,
ni la cruz de San Fernando.

Con la luna de Enero
te he comparado,
que es la luna más clara
que tiene el año.

Las estrellas del cielo
son mil y siete;
con las dos de tu cara
son mil y nueve.

Con la luz te comparo,
¡mira qué dicha!
Sin la luz no se puede
celebrar misa.

Mis amores son del campo
y no vienen al lugar;
mis suspiros son correos,
que unos vienen, otros van.

Llévame en la trasera
del carro, Pedro,
para así estar más cerca
del bien que dejo.

Firma tú y firmaré yo,
y se juntarán dos firmas;
veremos cuál de los dos
con más firmeza camina.

Puse mi amor en un peso,
y se quebró la balanza;
quien bien ama, tarde olvida,
quien porfía, mucho alcanza.

Escribistes en la arena
y firmastes en el mar,
el viento fué tu correo;
¡vaya una seguridad!

Un imposible me mata,
por un imposible muero,
imposible es alcanzar
el imposible que quiero.

Dicen que te vas, te vas,
y muy pronto, dueño mío;
mira no bebas el agua
de la fuente del olvido.

El cielo de Andalucía
está vestido de azul;
por eso la sal abunda
en todo el suelo andaluz.

Sale la Cruz de la iglesia
vestida de luto negro;
harta Cruz tiene quien quiere
prenda que estima á otro dueño.

Desde que te vi, rubita,
ese rostro tan severo,
las alas del corazón
á los pies se me cayeron.

No me mires con ojos
atravesados,
mírame con los ojos
que Dios te ha dado.

Quisiera ser de los cielos
y mantenerte en el aire,
y ya que yo no te llevo,
que no te llevara nadie.

Si piensas que porque canto
tengo el corazón alegre,
yo soy como el pajarito,
que canta cuando se muere.

Si coronado vinieras
como el santo rey David,
y que á mis pies te pusieras,
no habías de lograr el sí.

El corazón te daré,
las entrañas y la vida;
el alma no te la doy,
porque esta prenda no es mía.

Desde tu puerta á la iglesia
he de poner una parra,
para que vengas á misa
sin darte el sol en la cara.

Aunque te vea en el suelo
con cuatro velas ardiendo,
los clérigos en la puerta,
te tengo de estar queriendo.

Echame, niña bonita,
lágrimas en un pañuelo,
y las llevaré á Granada
que las engarce un platero.

Sentenciado estoy á muerte
si me ven hablar contigo;
ya pueden los matadores
aprevenir los cuchillos.

Aquel que tiene la culpa
de que yo fatigas pase,
se vea en Argel cautivo
sin tener ningún rescate.

Una vela se consume
á fuerza de mucho arder;
así se consume un hombre
al lado de una mujer.

Corazones partidos
yo no los quiero,
que cuando doy el mío
le doy entero.

Son como los mosquitos
tus amores, Juan,
que pican, hacen ronchas,
cantan y se van.

Tienes ojos azules,
ojos de gloria,
y los míos les piden
misericordia.

Mé han dicho que estás mala,
Dios te dé salud;
no puedo ir á verte,
bien lo sabes tú.

No me hagas más penar,
mira que no soy de bronce,
y aun las piedras se quebrantan
á fuerza de muchos golpes.

Cuando yo estaba en prisiones,
morena, me entretenía
en contar los eslabones
que mi cadena tenía.

Tu cuérpo parece un junco,
tu cabeza una naranja,
tu pecho un jardín de flores
donde descansa mi alma.

Son tus ojos dos fuentes
de agua manantial,
y mi pecho el aljibe
donde va á parar.

Tus amores me han puesto
fuera de tino,
y aunque estoy de esta suerte
sin ti no vivo,

Si tuviera figura
mi pensamiento,
siempre te lo encontraras
en tu aposento.

De tus hermosos ojos
no tengo queja,
porque quieren mirarme
y tú no los dejas.

Eres el arco iris
de mis pesares,
con el que se remedian
todos mis males.

En Enero no hay claveles,
porque los marchita el hielo;
en tu cara los hay siempre,
porque lo permite el cielo.

Tengo yo una cuñada
que se parece
al lucero del alba
cuando amanece.

Por San Juan hizo un año
que te quería;
más firme estoy ahora
que el primer día.

Tienes el amor puesto
con alfileres,
y tan pronto me olvidas
como me quieres.

Amarillo es el oro,
blanca la plata,
y pardos son los ojos
que á mí me matan.

Yo sembré una esperanza,
nació un cariño,
floreció un desengaño,
causó un olvido.

Se murió una esperanza,
fuí á su entierro,
y vi que el desengaño
iba de duelo.

Lo moreno lo hizo Dios,
lo blanco lo hizo un platero,
quien quiera tome lo blancó,
yo lo moreno me quiero.

Por una que peinaba
rubios cabellos,
olvidé á una morena
de pelo negro.

Mientras más ausente estamos,
más firme estoy en amar;
la luz del cielo me falte
si yo te llego á olvidar.

¿Dónde vas con ese muerto
con la noche tan obscura?
El mismo me mandó que
le diera la sepultura.

Tienes unos ojitos,
y unas pestañas,
y una linda boquita
con que me engañas.

El día que no veo
á mi rubita,
el dolor de cabeza
no se me quita.

Dame la mano, prima;
no quiero, primo,
que está muy lejos Roma
y no sé el camino.

¿Cómo quieres que tenga
finos colores,
si me lo están quitando
tus sinrazones?

No quiero que me quieras
ni yo quererte,
ni que tú me aborrezcas
ni aborrecerte.

Una silla en mi casa
no te la niego,
pero te desengaña,
que no te quiero.

Entré en la iglesia moza,
salí casada;
no hay quien desate el nudo
de esta lazada.

Por el sí que dió la niña
en la puerta de la iglesia,
por el sí que dió la niña
entró libre y salió presa.

De San Antonio vengo,
Antonia mía;
sólo de ver tu santo
traigo alegría.

De los altos cielecitos
cayeron nueve azucenas:
tres Antonias, tres Franciscas
y tres divinas Manuelas.

Me enamoré jugando
de una María;
cuando quise olvidarla
ya no podía.

Virgen del Carmen, valedme;
San Antonio, que me muero;
tengo una puñaladita
en este costado izquierdo.

Si las estrellas del cielo
todas se volvieran lanzas
punta abajo para el suelo,
no pierdo las esperanzas.

Eres valle en lo bonita,
y en lo garbosa Dolores,
y en lo lozana y alegre
eres un ramo de flores.

El sentido se me pierde
cuando con ella platico,
en ver que tengo una novia
cantadora y con buen pico.

Si yo pudiese, mi niña,
te pusiera por corona
dos águilas imperiales
y al Padre Santo de Roma.

Si supiera ó entendiera
que el sol que sale te ofende,
con el sol me peleara,
aunque el sol me diera muerte.

Yo te quisiera estar viendo
treinta días cada mes,
siete días en semana,
cada minuto una vez.

Ausente estoy de tu vista,
pero no del pensamiento;
con los ojitos del alma
te veo á cada momento.

Mi corazón dió un suspiro
y el alma le preguntó:
— ¿Corazón, por qué suspiras?
— Alma, porque tengo amor.

Bendito sea Dios, madre,
que ya parecio el perdido;
que no se puede perder
pájaro que tiene nido.

Cada vez que paso y miro,
los umbrales de tu puerta,
me arrodillo y me prosterno
como si fuese la iglesia.

El corazón se me parte
de dolor y sentimiento,
al ver que estás en el mundo
y ya para mí te has muerto.

Si me quieres escribir
yo te diré dónde vivo;
en casa del desengaño,
donde tú nunca has vivido.

Echale pan al perro
si vas á verme,
porque tiene mi madre
sueño de liebre.

Penita sobre penita,
sobre penitas más penas;
vengan, vengan sobre mí,
que yo soy la madre de ellas.

Envidia tengo á la tierra,
y también á los gusanos,
que te tienen de comer
ese cuerpo tan gitano.

Morena tiene que ser
la tierra para claveles,
y la mujer para el hombre
morenita y con desdenes.

Hermanitos terceros
son los claveles;
un clavel fué la causa
de yo quererte.

Tengo perdido el sueño
y no sé dónde buscarlo;
le buscaré en el olvido,
y el olvido, ¿dónde hallarlo

A la luz del cigarro
te vi la cara;
no he visto clavellina
más encarnada.

Debajo de tu ventana,
por pintarte á ti, pinté
una rosa catalana
y un clavel aragonés.

La mañana de San Juan
cuaja la almendra y la nuez;
así cuajan los amores
cuando dos se quieren bien.

Tan sólo en el mundo hay una
con que poder compararte,
y la encontré por fortuna
pintada en un estandarte (1).

Entre los árboles todos
se señorea el laurel;
entre las mujeres Ana,
entre flores el clavel.

A mi padre y á mi madre
los quiero como es debido;
pero en llegando á mi amante,
pierdo los cinco sentidos.

Tienes una cinturita
tan delgada, que pareces
el clavel en la maceta
que con el aire se mece.

Sin duda que tu padre
fué confitero,
y te hizo los labios
de caramelo.

Mi corazón tú lo tienes,
dámelo si no te sirve,
se lo daré á otra paloma
que con su calor lo abrigue.

(1). La Virgen.

El encarnado clavel
viene publicando agravios,
porque no lo han hecho á él
hermoso como tus labios.

Clavellina te diré,
pero no rosa de olor,
que la rosa se deshoja
y la clavellina no.

Vivo en el cautiverio
de una morena,
y con un sí tan solo,
salgo de penas.

Es tu cara la luna,
la redondita,
y tus ojos luceros
que la visitan.

Ya no se llaman dedos
los de tus manos,
que se llaman claveles
de cinco en ramo.

El querer que te tengo
lo he confesado,
y el confesor me ha dicho
que no es pecado.

Eres chiquita y bonita,
eres como yo te quiero,
pareces campanillita
hecha á manos de un platero.



Yo tenía una maceta
de claveles encarnados;
de la noche á la mañana
se han vuelto marisalados.

Antes de conocerte
ya te quería,
porque me lo anunciaba
la estrella mía.

La primera clavellina
que eche mi clavellinero,
se la tengo de poner
á mi amante en el sombrero.

Manuel se llama Cristo,
¡qué dulce nombre!
Dichoso el que naciendo
Manuel le ponen.

La rosa en tus mejillas
perdió su color,
y el clavel en tus labios
se disciplinó.

A tomillo y romero
me hueles, niña.
— Como vengo del campo,
no es maravilla.

María me dió una rosa,
un clavel me dió Isabel;
toma tu rosa, María,
que yo más quiero al clavel.

Si mi corazón tuviera
ventanitas de cristal,
te asomarías y vieras
lo dolorido que está.

Compadécete de mí,
que tienes el corazón
más duro que las columnas
del templo de Salomón.

Yo tomé un cortijo á renta
con intención de labrarlo;
otro me pujó la puesta,
me fué preciso dejarlo.

Por una prima tuya
te quiero tanto;
siempre por la peana
se besa al santo.

Si quieres que te quiera
dame fianza;
pues de ti no me fio,
que eres muy falsa.

Al mirarme tus ojos
bajo los míos,
que tus ojos abrasan
más que el estío.

Los claveles y las rosas
formaron una batalla,
y los claveles ganaron,
porque estaban en tu casa.

Cuatro eses componen
amor perfecto:
ser solícito y sabio,
solo y secreto.

Cada vez que te veo,
para mí digo:
á mi prójimo amo
como á mí mismo.

Ya viene Marzo con flores,
y con sus rosas Abril,
y Mayo con sus claveles
para coronarte á ti.

Mira cómo corre el agua
por la hoja del clavel;
así corre la hermosura
por la cara de mi bien.

Es tanto lo que te quiero,
y lo que te quiero es tanto,
que el día que no te veo
no le rezo á ningún santo.

Yo te quiero y te requiero
y te tengo de querer,
hasta soltar el pellejo
como San Bartolomé.

Mal haya la ropa negra
y el sastre que la cortó,
que mi niña está de luto
sin haberme muerto yo.

Hábito de Dolores
tiene mi dama;
con los siete cuchillos
me parte el alma.

Quiéreme poco á poco,
no te apresures,
que lo que á mí me gusta
quiero que dure.

El clavel que tú me diste
el día de la Ascensión,
no fué clavel, sino clavo
que clavó en mi corazón.

Yo sembré una mirada,
nació un deseo,
floreció una esperanza,
cogí un desprecio.

Esos ojitos azules
se los robastes al cielo,
y al cielo le darás cuenta
del mal que hiciste con ellos.

Yo te quiero y no quiero,
que son dos cosas;
yo te quiero, y no quiero
que lo conozcas.

Las calles de Sevilla
se están arando;
de rosas y claveles
se están sembrando.

Los celos y las olas
del mar son unas,
que producen montañas
y son espuma.

A la flor de la adelfa
te he comparado,
que es hermosa y no come
de ella el ganado.

No me seas retrechera,
porque te he de comparar
con el reloj de Pamplona,
que apunta, pero no da.

La calle en que vives,
si fuera mía,
de brillantes y perlas
la empedraría.

A mi corazón prendieron,
á la cárcel lo llevaron,
y sin delito ninguno,
á muerte lo sentenciaron.


¿Para qué vas y vienes,
doctor, confuso,
si el mal que á mí me aqueja
no sale al pulso?

Dos estrellas se han perdido
y en el cielo no parecen;
en tu casa se han metido
y en tu cara resplandecen!

No sé qué tenía el agua
que me distes á beber,
que á todo el mundo aborrezco
y á ti no ha podido ser.

Tienes en la cara pecas,
y en tu garganta lunares,
y en tu pecho más virtudes
que arena tienen los mares.

Tengo que hacer un castillo
encima de un alfiler,
y ha de tener más firmeza
que ha tenido tu querer.





De bolero

La constancia y el Fénix
son dos prodigios
de quienes todos hablan
y nadie ha visto.

Por mí confieso .
que no penaré nunca
por no conocerlos

Cuando el amor ardiendo
está en el alma,
los reflejos del fuego
dan en la cara.

También el humo
sale haciendo burla
del disimulo.

Por Dios, si no me quieres
que no me mires;
ya que no me rescates,
no me cautives.

No me mires más;
no me pongas cadenas
que no has de quitar.

Descuidados mis ojos
vieron tu cara;
cara les ha costado
esa mirada.

Pues dijo el alma:
¡qué cara tan divina!
pero ¡qué cara!

Diga usted, señor platero:
¿cuánta plata es menester
para engarzar unos celos
que me ha dado mi mujer?

Si fuera mía,
yo engarzara los celos
en mala vida.

Vivo con la esperanza
de ser tu dueño,
y por eso me visto
de verde y negro.

Verde esperanza,
y lo negro es el luto
de la tardanza.

Soñé que me querías
la otra mañana,
y soñé al mismo tiempo
que lo soñaba.

Que á un infelice,
aún las dichas soñadas
son imposibles.

Pasando por tu calle
vi pelearse

dos piedras, pretendiendo
que las pisases.

Yo dije entonces:
si esto hacen las piedras,
¿que harán los hombres?

Un oficial muy fino
me dijo un día,
que si yo no lo amaba
se moriría.

Pero es lo cierto
que yo no le he amado.
y él no se ha muerto.

San Antonio bendito,
tres cosas pido:
salvación y dinero
y un buen marido.

Ya te lo he dado,
jugador de las cartas
y enamorado.

En el alma te tengo
tan á lo vivo,
que despierto soñando
siempre contigo.

Y en despertando,
me digo yo á mí mismo:
vamos soñando.

Yo me arrimé á una fragua,
dije al herrero
que me hiciese un amante
de fino acero.

El me responde:
no puede ser muy fino
si ha de ser hombre.

Son tus mejillas rosas,
quiero cogerlas;
pero tienen espinas
que las defiendan.

Y que esas rosas
las espinas que tienen
son enconosas.

Herodes y Pilatos
son enemigos;
para perder al Justo
se hacen amigos.

Dios nos ampare,
si Herodes y Pilatos
se hacen compadres.

Me miras y te miro,
callas y callo,
así nos estaremos
doscientos años.

Mas te prevengo,
que si tú no te explicas,
yo no te entiendo

Son tantos los que tienes
en el corazón,
que del lado de afuera
me he quedado yo.

Y muy contento,
por no estar confundido
con los de dentro.

Algún día sentía
tus esquiveces,
y hoy me son tus halagos
indiferentes.

De esta mudanza,
pregúntate á ti misma
quién es la causa.

Primero que te olvide,
dijiste, Aurora,
se ha de volver cristiana
la reina mora.

Me has olvidado,
pero la reina mora
mora ha quedado.

No compres en la tienda
del dios Cupido,
que por cualquier cosa
lleva un sentido.

Ve con cautela,
no cambies los sentidos
por bagatelas.

Calla, no me repliques,
que el cargo es justo;
deja que te convenza
de que te sufro.

No satisfaces,
y me quitas el gusto
de perdonarte.

Si mil almas tuviera,
te diera juntas;

toma, pues no las tengo,
mil veces una.

Que si lo adviertes,
es más que miles juntas
una mil veces.

En tu abanico, Elvira:
quiero pintarte,
para que tu retrato
te dé algún aire.

Pues no hay pintor
que dibuje con aire,
gracia y primor.

Es mi amor, dueño mío,
como la sombra;
mientras más apartado,
más cuerpo toma.

Que ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

El sol, al ver tus ojos,
corrido huye;
que le des luces pide,
que le desluzes.

Pues hay más fuego
en tus ojos, Maria,
que en en todo el cielo.

Una noche lloviendo
quise olvidarte,
porque estaba yo viendo
segundo amante.

Y yo no quiero
que haya segundo amante
y más yo viendo.

Me preguntó un amigo
o que eran celos;
no sabe el bien que tiene
con no saberlo.

De buena gana
trocara yo mi ciencia
por su ignorancia.

Permíteme te diga,
si no te ofendo,
que mientras más te trato
menos te entiendo.

Pues prontamente
retrocedes de amante
á indiferente.

Ausente de tu vista
mucho más vivo,
porque cada momento
se me hace un siglo.

Pero, mi dueño,
más que vivir ausente,
morirme quiero.

Mi corazón de cera,
tus ojos soles;
contempla si me miras
cómo me pones.

Y si reparas,
verás que me derrito
de una mirada.

Dame de tu cabeza
siquiera un pelo,
para atarme una herida
que amor me ha hecho.

Pero es una locura,
pues más ha de inflamarse
con la atadura.

—
Mi corazón volando
se fué á tu pecho,
le cortaste las alas
y quedó dentro.

Por atrevido,
se quedará por siempre
en él metido.

Tengo yo un cofrecito
donde ir echando
penas y pesadumbres
que me vas dando.

Pero algún día
se abrirá el cofrecito;
será la mía.

—
Cuando voy á la casa
de mi María,
se me hace cuesta abajo
la cuesta arriba.

Y cuando salgo,
se me hace cuesta arriba
la cuesta abajo.

—
Me dijiste veleta
por lo mudable;

si yo soy la veleta,
tú eres el aire.

Que la veleta,
si el aire no la mueve,
siempre está quieta.

Para pescar á un hombre,
se necesita
una caña muy larga
con una guita.

Y para echarlo,
ponerlo en el poyete
y arrempujarlo.

He pensado olvidarte
quinientas veces,
y en viéndote, no hay forma
de que me acuerde,
Que un pecho fino
sólo olvida las causas
de los olvidos.

Si te preguntan, niña,
á quién adoras,
primero morir mártir
que confesora.

Que el que confiesa,
tiene siempre segura
la penitencia.

Me quisistes amante;
mas de ahí á poco,
desnudastes á un santo
por vestir otro.

Pero te digo
que el santo desnudado
ya está vestido.

Al sol es parecido
quien celos tiene,
que levanta vapores
que lo obscurecen.
Y las tormentas
se forman de las nubes
de las sospechas.

A la sala del crimen
llevé tus ojos,
porque son dos ladrones
facinerosos.
Y cuando entraron
se ha quejado el regente
que le robaron.

Delicada es la rosa;
mas si la ofenden,
tiene en el tronco espinas
que la defienden.

Para cogerla
es necesario tiento
y no ofenderla.

Capuchinos tus ojos
me han parecido,
y con ojos de santo
me han seducido.

¡Quién lo pensara,
que con ojos de santo
tú me engañaras!



Serenatas ó de ventana

Empiezo la primera
en nombre de Dios;
perderé la vergüenza
y alzaré la voz.

En el nombre sea de Dios
y del Espíritu-Santo;
esta es la primera copla
que á tu puerta, niña, canto.

A tu puerta estamos cuatro,
todos cuatro te queremos;
escoge tú al que tú quieras,
que los demás buscaremos.

Del polvo de la tierra
sacó yo coplas;
no bien se acaba una,
ya tengo otra,

Si esta noche no sales
á la ventana,
cuéntame entre los muertos
desde mañana.

La guitarra sin prima
suena quejosa,
como estoy yo contigo
por cierta cosa.

A esta puerta hemos llegado,
todo el mundo cante bien,
que es hija de un padre honrado
y de una mujer de bien.

A tu puerta hemos llegado
cuatrocientos en cuadrilla;
si quieres que te cantemos,
saca cuatrocientas sillas.

Por la calle abajo viene
una guitarra de plata,
y la prima va diciendo:
una morena me mata.

Si supiera que cantando
te había de divertir,
toda la noche cantara,
aunque perdiera el dormir.

¿Cómo quieres que tenga
gusto en el cante,
si la prenda que adoro
no está delante?

Madre mía del Carmen,
dadme salero,
que el cantar quiere gracia
y no la tengo.

Coplitas y más coplitas,
coplitas he de cantar,
porque tengo un arca llena
y un costal por desatar.

Bien pudiera la luna
ser campechana,
y alumbrar con sus rayos
á tu ventana.

Cante usted, compañerito;
cante usted, vamos cantando,
que si usted no sabe coplas,
yo se las iré apuntando.

Debajo de tu ventana
me dió el sueño y me dormí,
y me despertó tu gallo
cantando quiquiriquí.

La paloma está en la cama
arropadita y caliente,
y el palomo está en la esquina
dándose diente con diente.

Si mis suspiros llegan
á tu almohada,
como caritativa,
dales posada.

Tengo este cuerpo de coplas
que parece un avispero,
batallando una con otra
á ver cuál sale primero.

Asómate á esa ventana,
cara de luna brillante;
aunque yo no te conozco,
conmigo viene tu amante.

Voy á cantar las coplas
que me han mandado,
que no quiero que digan,
malo y rogado.

Asómate á esa ventana,
cara de piñón de oro;
quiero encender un cigarro
en la niña de tus ojos.

La luna para salir
al cielo pide licencia,
y para cantar yo aquí
la pido con reverencia.

Por esta calle á lo largo
anda un gavián perdido,
que dice que ha de sacar
la paloma de su nido.

A la luz del cigarro
te vi la cara;
no he visto clavellina
más encarnada.

Por esta calle á lo largo
dicen que no hay Catalinas;
si las supiesen buscar,
las hay como clavellinas.

A mí me tocó la suerte,
como mejor director,
de venir á despertar
del barrio la mejor flor.

La otra noche en tu ventana
cinco claveles te dí,
y eran los cinco sentidos
que puestos tenía en ti.

De todas las despedidas
es la mía la más alta:
adiós, clavel; adiós, rosa;
adiós, matita de albahaca,

Echemos la despedida
con muchísimo dolor;
en los clavos de tu puerta
se queda mi corazón.

Despidámosla, señores,
despidámosla corteses,
que es hija de buenos padres
y que ella se lo merece.

Cuando cierras la ventana,
al crujir de la madera,
se me pone el corazón
como el panal de la cera.


Mis amiguitos me dicen
que no me sé despedir;
adiós, clavel; adiós, rosa;
adiós, precioso jazmín.

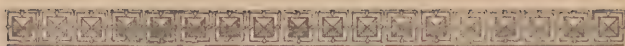
Echemos la despedida,
la que Cristo echó en el río;
los pájaros piden agua
y las muchachas marido.

Allá va la despedida
al uso de Barcelona:
la madre que te parió
merecía una corona.

Con esta copla, señores,
de mi niña me despido,
qué mi madre ya dirá:
¿Dónde estará ese perdido?

Allá va la despedida,
que ya me voy á dormir,
porque mi madre no tiene
aceite para el candil.





De baile

A la que está bailando,
echarle rosas,
porque se lo merece
por buena moza.

La niña que está bailando
parece un pimpollo de oro;
pregúntale, compañero,
si es casada ó tiene novio.

La niña que está bailando
es mi novia, y no me pesa;
me la quisiera poner
por corona en la cabeza.

La niña que está bailando
parece una santa Rita,
y puede cortarle un sayo
á las ánimas benditas.

El mocito que baila
las seguidillas
se ha dejado en su casa
las pantorrillas.

Señor bailadorcito,
no me la canses,
que va á ser mí madrina
cuando me case.

Esos dos que están bailando,
¡qué parejitos que son!
Si yo fuese padre cura,
les daba la bendición.

Ya está puesta en el baile
la que no quiere
que le digan la reina
de las mujeres.





De marineros

¡Con qué pena vivirá
la mujer del marinero,
que al pie del palo mayor
tiene pagado el entierro!

A los vientos pregunto
si han visto á mi amor;
como son mis contrarios,
me dicen que no.

Todas las mañanas voy
á la orillita del mar,
á preguntar á las olas
si han visto á mi amor pasar.

En el mar hay un pescado
que le llaman la corbina,
y en la tierra una serpiente
que se llama Catalina.

Toma, niña, esta tumbaga,
que te la da un marinero;
¡ojalá que te se vuelva
una barquita con remos!

Yo soy como aquel barquito
que lo están encarenando:
mientras más golpes le dan,
más firme lo van dejando.

Tengo yo una navecita,
donde navego de día,
que en soltándole los remos
todas las mares son mías.

Marinero soy, señora;
en el hombro traigo el ancla,
y cuando llego á bahía
doy fondo con la esperanza.

En el cie'lo está mi Dios,
en la mar está mi dicha,
en el aire mi esperanza
y en tierra quedó mi vida.

Al marinero en el mar
nunca le falta una pena;
ya se le rompe el timón,
ya se le *rifa la vela*.

Toda mi vida en el mar
no me han cautivado moros,
y una vez que entré en tu casa
me cautivaron tus ojos.

Un marinerito, madre,
me tiene robada el alma;
si no me caso con él,
muero moza y llevo palma.

Mi madre me pëga palos
porque quiero á un marinero,
y al sön de los palos digo:
vivan las anclas y remos.

Un carpintero me quiere
y un sastre me solicita,
y un marinero ha de ser
dueño de mi personita.

Marinero es mi amante
de agua salada,
porque los de agua dulce
no valen nada.

Marinero es mi amante,
mucho lo siento;
que andan por esas mares
mis pensamientos.

A las doce de la noche
eché mi barquita al mar,
pensando que era Levante,
y se volvió vendaval.

Tengo pasadas por ti
más penas y más fatigas
que pasan los marineros
en el Callao de Lima.





De artesanos

A la puerta de un sastre
todas son tiras,
y á la de un zapatero
todas mentiras.

Tienen los zapateros
en el cogote
un letrero que dice:
viva el cerote.

Yo soy un pobre barbero
y no tengo qué comer;
no sé si cierre la puerta
y abra la de mi mujer.

No lo quiero zapatero,
que se le secan los muslos,
sino lo quiero arriero
que vaya y venga en el mulo.

Un remendero fué á misa
y no sabía rezar,
y andaba por los altares:
—¿Zapatos que remendar?

Un zapatero y un sastre
y un oficial de barbero,
son tres personas distintas
y ninguno veridadero.

No te enamores, mi niña,
de maestro de barbero,
que se acuestan sin cenar
y amanecen sin dinero.

—Lo quiero carpintero,
que saque astillas.

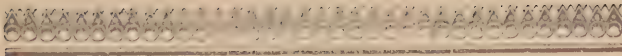
—Sí, hija, y que las saque
de tus costillas.

Si me quieres, te advierto
que soy albañil;
una peseta gano,
y ésa es para mí.

Anda vete, anda vete,
barbero loco,
que mi madre no quiere
ni yo tampoco.

Tengo un amante hechicero
que vale más que un Perú,
y su oficio es de torero,
torerito y andaluz.

Tienen las cigarreras
en el zapato
un letrado que dice:
viva el tabaco.



De estudiantes

Si en mi libro hubiese damas
como las que estoy mirando,
toda la noche de Dios
me la llevara estudiando.

Cuando un estudiante llega
á la esquina de una plaza,
dicen las revendedoras:
fuera ese perro de caza.

Un estudiante tunante
se puso á pintar la luna,
y de hambre que tenía,
pintó un plato de aceitunas.

Anda, vida mía, abre la ventana;
mira qué lucida llevo la sotana.

De una cuchara de palo
que llevaba un estudiante,
se fabricaron las puertas
del castillo de Alicante.

Mi padre piensa que estoy
estudiando en Salamanca;
y me he venido á este pueblo
á conquistar las muchachas.

El otro día en paseo
se ha perdido un estudiante,
y ha venido á parecer
debajo de un miriñaque.

Que viva la tuna,
que viva el jaleo,
la sotana vieja
y el roto manteo.

La capa del estudiante
parece un jardín de flores,
toda llena de remiendos
de diferentes colores.

Caballero generoso,
denos usté una peseta,
que traemos la barriga
como cañón de escopeta.

A los estudiantes, niña,
compara con las sardinas:
saladitas. con escamas,
poca carne y mucha espina.

Si queréis saber, señora,
la vida del estudiante,
comer poco y andar mucho,
la miseria por delante.

Cuando un estudiante sale
al mercado en día cubierto,
los jamones y embuchados
se ponen en movimiento.

A estos pobres estudiantes
de cuchara y aceituna,
écheles usted una peseta,
que van corriendo la tuna.

Anda, vida mía, súbete á la torre;
mira la veleta y el viento que corre.





De soldados

Pensamientos tuve, niña,
de servir al rey Fernando;
desde que vi tu hermosura
dije: que lo sirva el diablo.

En Málaga senté plaza
y en Sevilla me acordé
del garbo de tu persona,
y al punto me deserté.

¡Qué bonito está un soldado
en la puerta del cuartel,
con corbatín estirado
y sin tener qué comer!

Cuatro cuartos me da el rey
y con esos como y bebo,
le pago á la lavandera
y siempre tengo dinero.

—Soldadito, soldadito,
¿qué llevas en la mochila?
—Llevo las armas del rey
y el corazón de una niña.

Soldado soy de á caballo,
cuanto quieras te daré;
pero en tocando á casaca,
no quiere mi coronel.

Si te quiere un soldado,
quíerele, niña;
que no ha de ser soldado
toda su vida.

¡Qué lástima de carita
que fuese para un paisano,
pudiéndosela llevar
un soldado veterano!

Si Dios me saca con bien
del servicio militar,
haré cuenta que me he muerto
y he vuelto á resucitar.

Soldado soy, ¡qué remedio!,
si lo dispuso la suerte,
y no me pesa el fusil,
pero sí dejar de verte.

La vida de los soldados
es andar por los lugares,
dormir en cama prestada,
morir en los hospitales.

Por un pan de munición
que el rey de España me da,
me tiene toda la noche:
¡Centinela!—¡Alerta está!

Bayonetas caladas
pide el gobernador,
que se lleva los mozos;
¡qué pena y qué dolor!

Que se los lleve,
ó no se los lleve,
la guerra no se ha hecho
para mujeres.

¡Qué bonito va un soldado
cuando á la revista va;
lleva su cara lavá (1),
su pelito bien peinado,
el corbatín apretado,
la mochila, el morrión,
así va á la formación!
Mas si por su mal le pegan,
desde aquel día reniega
de la hora en que nació.

Mañana se van los quintos,
ya se van los buenos mozos,
y á las muchachas les quedan
los chiquitos y achacosos.

Gásate y tendrás mujer
y vivirás grandemente;
llegarás á coronel
sin haber sido teniente.

Si la casaca del rey
no tuviera las resultas,
vale más un soldadito
que toda la España junta.

(1) Lavada.

Si el garbo de tu persona
se ganara peleando,
vieras á un hombre en la guerra
con una espada en la mano.

Soldadito soy del rey,
aquí traigo mi registro,
y si me muero en batalla,
muero por la fe de Cristo.

No se admire usted, señora,
que un soldado es el que canta;
con el pan de munición
tengo mala la garganta.

Cuatro cuartos me da el rey,
y cuatro me da la reina,
y cuatro mi coronel,
y cuatro mi coronela.

Si salieras soldado
yo te aguardaré,
no digo yo ocho años,
aunque fueran diez

Si salieras soldado
en esta quinta,
para tu charretera
yo tengo cinta.

Mañana se van los quintos,
se llevan los escogidos,
y las muchachas se quedan
con los que el rey no ha querido.

Quiéreme, que soy buen mozo
y escribo en la mayoría,
y soy sargento primero
que corre con compañía.

Adios, Alicante hermoso,
con castillo y estandarte;
adiós, puerta de la Reina,
donde yo solía hablarte.

Una plaza de armas
formé en tu mano,
y tus cinco dedos
son los soldados.

Capitanes de guerra
son tus dos labios,
y tus dientes en fila
son los soldados.

Cállate, morena mía,
cállate y no tengas pena,
que siendo yo coronel,
tú serás la coronela.

Dicen que la golondrina
pasó la mar en un vuelo;
así la pasaré yo
en cumpliendo, si no muero.

Con un pie en el estribo
y otro en el aire,
se despide un soldado
de su comadre.

El amor del militar
es como un plato de arena:
en poniéndolo en la calle,
viene el viento y se lo lleva.

Cuando estoy de centinela
y te pones junto á mí,
se me olvida la consigna
y se me cae el fusil.

Si por hazañas de monta
se pudiera á usted ganar,
yo tomara por asalto
el Peñón de Gibraltar.

Son tus ojos, bien mío,
dos baterías
que están abriendo brecha
al alma mía.

El amor del soldado
es de una hora;
en tocando la marcha,
¡adiós, señora!

Ya no quiero más campaña
en el Bajo de Aragón,
porque la ración de etapa
se ha vuelto conversación.

Si Dios me saca con bien
de Cataluña y su reino,
haré cuenta que he salido
de los profundos infiernos.

He salido por soldado
y no tengo escarapela;
dame una gota de sangre
de tu corazón, morena.

El cuartel es una venta,
el sargento es el ventero,
los burros son los soldados,
los cabos son los arrieros.

Los cuarteles son iglesias,
los soldados son los santos,
los cabos son los faroles
que alumbran de cuando en cuando

Adelante, batidores,
dad ejemplo al batallón,
que la gente de bigote
debe ser gente de pro.

Si por quèrer á un paisano
olvidas á un militar,
hazte cuenta que has cambiado
oro fino por metal.

Dicen que ya no me quieres
porque he salido soldado;
no creo que tú desprecies
lo que el rey no ha despreciado.

¿Cómo quieres, nena,
que te venga á ver,
si salgo de guardia
y entro de retén?

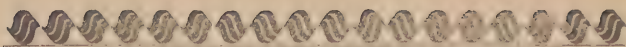
Si por un momento
yo falto á la lista,
recargo de guardia
nadie me lo quita.

Viene mi primero,
me pone arrestado;
mira aquí la gloria
del pobre soldado.

—
¿Cómo quieres que me case
siendo sargento no más?
¿Cómo quieres que mantenga
salero con tanta sal?

—
Senté plaza de soldado,
me dijeron que era chico,
y yo dije: no hay cuidado,
me subiré en un borrico.





Jocosas

Tengo que morir cantando,
ya que llorando nací,
que las penas de este mundo
no todas son para mí.

Quiero cantar ahora
que tengo gana,
por si acaso me toca
llorar mañana.

Yo me llamo Pocas-penas,
pariente de Mala-gana,
y por apellido tengo
á mí no se me da nada.

Como tú no me faltes,
pan de mi alforja,
como tú no me faltes,
todo me sobra.

En teniendo yo un cigarro
y seguro mi jornal
y mi morena en la reja,
¿qué más puedo desear?

Cuando me parió mi madre
me parió en un campanario;
cuando vino la comadre
estaba yo repicando.

A la una nací yo,
á las dos me bautizaron,
á las tres me enamoré
y á las cuatro me casaron.

En mi casa hay un patio
tan particular,
que en lloviendo se moja
como los demás.

Cuatrocientas mujeres,
quinientos loros,
arman una algazara
de mil demonios.

Esta noche y anoche
y esta mañana,
antes de levantarme
estaba en cama.

Dicen que tú no me quieres
porque no tengo dinero;
ven á mi cuarto y verás
un cuarto en un agujero.

Sé dõnde fueres,
el que debieres;
cobra y no pagues,
somos mortales.

Solo soy, solo nací,
solo me parió mi madre,
y solito me andaré
como la pluma en el aire.

En los montes de Jimena
robaron un coberter;
los ladrones van diciendo:
no lo hubieran puesto al sol.

La buena de mi suegra
me dió unas medias;
cada vez que reñimos
me quedo en piernas.

Tienes una carita
de San Antonio,
y una condicioncita
como un demonio.

Yo ya no quiero apurarme,
apúrese quien quisiere,
porque he oído decir
que el que se apura se muere.

¿Pues no es grande bobería
el vivir así penando,
si podemos divertirnos
una vez de cuando en cuando?

Vivan las claras estrellas,
viva el sol, viva la luna,
vivan las niñas bonitas
y el amor y la fortuna.

En Málaga los serenos
dicen que no beben vino,
y con el vino que beben
puede moler un molino.

Cuando veo á mi suegra
¡me alegro tanto!
Cuando el altar me alegra,
¡qué será el santo!

Gitano, ¿por qué vas preso?
Señor, por cosa ninguna;
porque he robado una sogá...
con cuatro pares de mulas.

Voy á hacer un castillo
con cien teleras
y ciento treinta bollos
de centinelas.

El tabaco de polvo,
según se dice,
se toma en todas partes
por las narices.

Mi marido me dice
que no le ayudo;
cuando viene borracho,
yo le rempujo.

En la calle en que vives,
¡maldita sea!,
viven cuatro muchachas
á cual más fea.

Si el casarse fuera un año,
una semanita ó dos,
pero por toda la vida...
¡esa no la trago yo!

Si yo tuviese un chinito
se lo tirara á esa higuera,
que buena falta me hacía
que me cayera esa breva.

Amores, amores tengo,
no los quisiera tener,
que un hombre se pone tonto
en queriendo á una mujer.

Compadre, he visto un toro
en la plaza de Jerez.
¡Compadre, si usted lo viera!
Todo se parece á usted.

En la calle no sé dónde
mataron yo no sé á quién;
el vivo cayó en el suelo,
el muerto apretó á correr.

Un borracho se murió
y dejó en el testamento
que lo enterrasen en viña
para chupar los sarmientos.

A un hombre muy prevenido
regalaron un pastel;
por no saber lo que era,
no se lo quiso comer.

¡Cómo corre, cómo trota
un pobre tras una torta!
¡Cómo trota, cómo corre
detrás de una torta un pobre!

Vamos, en gracia de Dios
maté mi mujer de un palo;
sí esto es en gracia de Dios,
¡qué será en gracia del diablo!

Mocitas, si queréis novios,
pintadlos en la pared,
que los mocitos de España
son de la reina Isabel.

Mire usted con la gracia
que mira un tuerto,
con un ojo cerrado
y el otro abierto.

En el jardín de amores
hay una mata
donde van por narices
todas las chatas.

Anoche en tu ventana
vi un bulto negro,
pensando que era un hombre,
y era un gallego.

De tanto quererte á ti
me quedé como una espina;
por poco me lleva el viento
al revolver de una esquina.

Más valiera ser soldado,
ó en algún convento fraile,
que no mantener mujer
al precio que el trigo vale.

Debajo de tu ventana
tengo un óchavo escondido;
no se lo digas á nadie,
mira que somos perdidos.

Tengo un dolor no sé dónde,
nacido de un no sé qué,
sanaré yo no sé cuándo,
me sanará no sé quién.

La vista recogida
mucho penetra;
eso decía una niña
porque era tuerta.

A un hombre viejo y á un mozo
quiero con distinta ley;
quiero al mozo por su cara,
y al viejo por la del rey.

A la puerta de un sordo
cantaba un mudo,
y un ciego le miraba
con disimulo.

Ven acá, moza maldita,
dime por qué me aborreces;
si no te gustan castañas,
yo te regalaré nueces.

El bonete del cura
va por el río,
y el cura va diciendo:
¡bonete mío!

Supuesto que no quieres
nada conmigo,
cuando te pareciere
toma el camino.

Yo vide á un hombre llorar
á la puerta de un estanco,
que también los hombres lloran
en faltándoles tabaco.

Cada vez que paso y miro
la cárcel ó el hospital,
le digo á este cuerpo mío:
¡aquí tienes dé parar!

A mí me parió mi madre
debajo de una higuera;
cuando llegó la comadre
me encontró papando brevas.

Cuando vengas á verme
ponte á lo obscuro,
para que piense mi padre
que eres el mulo.

Niña de los veinte novios,
y conmigo veintiuño;
si todos son como yo,
te quedarás sin ninguno.

Glorioso San Sebastián,
todo lleno de saetas;
mi alma como la tuya,
como tu cuerpo mi suegra.

No siento yo la caída,
ni que enseñase las piernas;
siento, sí, los cinco duros
que me costó mi peineta.

No tengo vicio ninguno
sino el de fumar tabaco,
jugar á la treinta y una,
sin contar que soy borrácho.

Mi padre me pega palos
y mi madre me pellizca,
y al són de los palos digo:
sarna con gusto no pica.

Un cojo cojeando
cogía coles,
y otro cojo decía:
cojo, ¿que coges?

Asómate á esa vergüenza,
cara de poca ventana;
tráeme una talla de sed,
que vengo muerto de agua.

Anda diciendo tu gente
que no me quieres por viejo;
anda y pregunta á las coles
si es bueno el tocino añejo.

Un jorobado me ronda
con su jorobita atrás;
no lo quiero jorobado,
porque me jorobará.

Cuando Dios crió al erizo
lo crió de mala gana;
por eso el animalito
tiene tan suave la lana.

San Pedro, como era calvo,
le picaban los mosquitos,
y su madre le decía:
ponte el gorro, Periquito.

San Pedro, como era calvo,
á Cristo le pidió pelos,
y Cristo le respondió:
déjate de pelos, Pedro.

En mi casa me llaman
calzones rotos,
y yo digo: ¡caramba,
compradme otros!

Dicen que he robado un cáliz;
¡Jesús, qué mentira es esa!
Desde que me bautizaron
no he vuelto á entrar en iglesia.

Una vieja seca, seca,
seca, seca, se casó.
con un viejo seco, seco,
seco, seco, se quedó



Chuscas y burlescas

¿Qué quíeres que te diga,
María Josefa,
qué quíeres que te diga
que tú no sepas?

Al que camela sin plata
con título de buen mozo,
á ese llaman las mujeres
la carabina de Ambrosio.

La pimienta es chica y pica
y sazona los guisados;
mi amante se me picó
y se ha ido y me ha dejado.

No pienses de que te quiero
porque te miro á la cara,
que muchos van á la feria
á ver, y no compran nada.

Las mocitas de estos días
son como las avellanas:
parten una, partén dos,
y toditas salen vanas.

Si porque te ves querida
me niegas la voluntad,
mira que una casa grande
la derriba un temporal.

La mujer chiquitita
es un regalo;
más vale poco y bueno
que mucho y malo.

Dices que no me quieres
ni me has querido;
váyase lo ganado
por lo perdido.

Yo quiero á un zapatero
y quiero á un sastre,
para que uno me vista
y otro me calce.

Mi marido me dice
que me componga;
¿que querrá ese demonio
que yo me ponga?

Una recién casada
puso la olla
con un cubo de agua
y una cebolla.

Para cuando me case
ya tengo dote,
que me lo dió mi padre
con un garrote.

Yo me llamo Juan Encina,
y mi mujer Alcornoque,
Roble se llama mi suegra;
¡qué desparejado bosque!

Amigo Blas, he intentado
poner mi mujer en venta
para comprar un caballo,
porque me tiene más cuenta.

Si piensas que porque piensas
ha de ser mi casamiento,
quítate de la cabeza
esos vanos pensamientos.

Que tengas amores nuevos,
de eso no me maravillo;
que siempre se va la abeja
al almendro más florido.

Si quieres que te lo diga,
cantando te lo diré:
mi padre y mi madre fueron
un hombre y una mujer.

A mi querer lo comparo
con los platos del vasar;
en quebrándoseme uno,
otro pongo en su lugar.

Si quieres que te lo diga,
cantando te lo diré:
el amor que te tenía,
como se vino, se fué.

La niña que quiere á dos
no es tonta, que es advertida;
si se le apaga una vela,
otra le queda encendida.

A la mujer la comparo
con el águila real;
en acercándose á ella.
ella se remonta más.

Ninguna por ser bonita
á ningún galán desprecie;
que un cordón de oro torcido
da la vuelta y se destuerce.

¿De qué te sirve tener
esa cara tan hermosa,
si tiene tu corazón
espinas, como la rosa?

Como aquel refrán que dice:
pierde el pan y pierde el perro,
así me sucede á mí
con una novia que tengo.

San Antonio está en el cielo;
¡quién estuviese con él!
San Antonio hace milagros
y yo no los puedo hacer.

La vara de San José
todos los años florece;
la palabra de los hombres
se ha perdido y no parece.

A la entrada de tu calle
una clavellina vi,
y la dije: ¡Dios te guarde,
bella flor, y no de mí!

Mi padre y mi madre lloran
porque me voy á casar;
padre y madre, que no lloren,
que no me van á matar.

Dame la mano, María,
que tu madre lo mandó.
—Mi madre manda en lo suyo,
en lo mío mando yo.

¡Válgame Dios, salada,
la sal qué comes!
¡Qué crecidas que tienes
tus condiciones!

¡Válgame Dios del cielo
lo que ha llovido!
Hasta las calabazas
se han florecido.

Parece que viene usted
echándola de valiente,
con una espada de caña
en una calle sin gente.

Si vienes, bien te recibo,
y si no, no me haces falta;
puedes tener entendido
que no gusto templar gaitas.

Una niña le echó á un calvo
por una ventana cal;
y por no decirle calvo,
le dijo: ¡cal va, cal va!

La que se casa con calvo
tiene penitencia entera;
de día cruz y calvario,
y de noche calavera.

Algún día por no verte
suspiros daba,
y ahora por no verte
vuelvo la cara,

Algún día por verte
la misa perdí;
y ahora me he quedado
sin misa y sin ti.

Mi marido fué á las Indias
y me trajo una silleta;
pero aquella misma noche
me la rompió en la cabeza.

Tienè mi morenito
vena de loco;
unas veces por mucho
y otras por poco.

Alza la vista, María;
mira la estrella con rabo;
sabe Dios las ruinillas
que nos vendrá anunciando.

Me encontré con mi amante,
y me dijo: prima,
la torre de la iglesia
te caiga encima.

Si lo que tengo al lado
fuera una bala,
á la qué tengo enfrente
se la tirara.

A la Virgen del Carmen
quiero y adoro,
porque saca las almas
del purgatorio.

Cada vez que veo el cangrejo
me pongo á considerar
que se parece á mi dicha,
que camina para atrás.

Si quieres que te diga
cuántas son cinco,
los dedos de la mano
de mi marido.

Por un peso que has perdido
me has dado mil enojos.
¿Tú sabes cuánto es un peso?
Cinco pesetas, mis ojos.

Mala hora de Dios coja
á una olla sin tocino,
á una bolsa sin dinero,
á una botella sin vino.

Yo estoy como San Alejo
debajo de la escalera,
aguardando la fortuna,
y la pícara no llega.

Como tengo este genio
tan encogido,
si me lo dan lo tomo,
si no, lo pido

Me dices que soy fea,
yo no lo ignoro;
como los almanaques,
Dios sobre todo.

Anda diciendo tu madre
que eres tú mejor que yo:
¿en qué libro lo ha leído?
¿en qué sueño lo soñó?

Anda diciendo tu madre
que la reina para ti;
anda ve y dile á tu madre
que la reina está en Madrid.

Chato, no tienes narices
porque Dios no te las dió;
á feria se va por todo,
pero por narices, no.

Para los hombres chicos
viene la leva;
yo meteré al mío
en la faltriguera.

La mujer que encuentre á un hombre
constante, firme y leal,
llévelo cual cosa rara
á la Historia Natural.

A las doce de la noche
echó un galán un requiebro
pensando que era una dama,
y era un gato blanco y negro.

Si me quieres dímelo,
y si no, no me desprecies,
que soy chino, y algún día
puede ser que en mí tropieces.

Dicen que no me quieres
porque no tengo;
veme tú regalando,
yo iré teniendo.

Dicen que no me quieres
porque no tengo qué dar;
cásate con el reloj,
que á todas las horas da.

Cada vez que considero
que tengo un amor ingrato,
no sé cómo no me tiro
contra un colchón y me mato.

Eres más fea que el mengue
¿y tan bien sabes querer?
Anda, que te coja un toro
y te camele un inglés.

Dices que ya no me quieres;
no me da pena maldita,
que la mancha de la mora
con otra verde se quita.

No te quiero junto á mí;
anda veto de mi vera,
que tienes tú para mí
sombra de verde higuera.

Me quisiste y te quise
y agradecí tu fineza;
me olvidaste, te olvidé,
tú contento y yo contenta

Si tus ojos son severos
y no gustan de las chanzas,
te aseguro que los míos
en el casco me se saltan.

Todos los hombres son falsos,
tramoyistas y embusteros;
á quien le toque esa china
que la guarde en el sombrero.

El viejo que se casa
con mujer niña,
él mantiene la cepa
y otro vendimia.

Si usted me quisiera á mí
como yo la quiero á usted,
nos llamaran á los dos
los amantes de Teruel.

Infeliz del que busca
con grande anhelo
la perdiz, y se encuentra
con el mochuelo.

Cuando dos quieren á una
y ésta quiere á uno no más,
está el otro que parece
zorra que ha comido agraz.

¡Ay! viudita, viudita,
¡qué bien le parece el luto!
nos casaremos los dos;
Dios perdone á los difuntos.

Si acaso piensas casarte
busca la novia morena,
porque de las peli-rubias
milagro sale una buena.

Toda la mujer morena
se consuela con decir
que en la tierra morenita
nace bien el perejil.

Mi marido fué á las Indias
y me trajo una navaja,
con un letrado que dice:
si quieres comer, trabaja.

Mariquita María,
la de mi barrio,
hasta el agua bendita
toma con garbo.

Dicen que usted no me quiere,
á mí no me da cuidado;
mañana me pongo luto
de tafetán encarnado.

Cásate, Juan, el domingo;
lunes estarás casado,
y el martes procurarás
dónde dan el pan fiado.

Te pusiste á decir
en una mesa de juego
que te casabas conmigo...
Eso será si yo quiero.

Ya se murió mi suegra,
voy al entierro;
un casco de cebolla
llevo en el seno.

Tienes nubes como el cielo,
mareas como la mar,
mudanzas como los vientos,
y luego te ha de pesar.

Tienes el amor con otra
y conmigo las bromitas;
si te quieres divertir
compra un trompo y una guita.

Te huele la ropa á clavo
como si fueras tendera.
¡Qué importa que seas blanca,
si tus partidas son negras!

Cuando me dieron la nueva
de que ya no me querías,
hasta el gato de mi casa
me miraba y se reía.

El día que me dijeron
que tú ya no me querías,
la cara se me quedó
lo mismo que la tenía.

A Cupido lo pintan
chiquirritito,
porque se estila ahora
querer poquito.

El que tuviere envidia
llame á Cachano,
que cuando tengo rabia
también lo llamo.

Allá va ese pimiento,
pique ó no pique;
el que tuviese rabia
que se la quite.

La aceituna en el molino
echa aceite y alpechín;
la mujer que quiere á muchos
no puede tener buen fin.

¡Quién estuviera tan alto
como la estrella del Norte,
para ver lo que pasaba
en cierta casa esta noche!

Si te ha tocado la suerte
de soldadito, bien mío,
anda, cumple con el rey,
que conmigo ya has cumplido.

Si queréis saber, señores,
el nombre de mi querer,
acordarse de aquel santo
que tiene el diablo á los pies.

No te fíes de los hombres
aunque te juren mil cruces,
que en el altar más pequeño
arden al menos dos luces.

Una Pepa, dos Pèpas,
tres Pepas tengo;
si se me muere una,
con dos me quedo.

Eres una y eres dos,
eres tres y eres cincuenta;
eres la iglesia mayor,
donde todo el mundo entra.

Aunque me ves por aquí,
sola, sin padre ni madre,
no se cría la lechuga
para tan flojo vinagre.

No te fíes de los gatos
aunque los veas sin uñas,
porque en viéndose apretados
hasta con el rabo aruñan.

No te fíes de mujeres
aunque las veas llorar,
que con sus lágrimas riegan
las calabazas que dan.

No pienses que han de volver
las nueces al cantarillo;
á él se le quebró la boca
y á mí se me fué el cariño.

Aunque me carguen de hierro
nunca diré la verdad,
porque á buena confesión
mala pentencia dan.

Mi corazón se quema,
no sale humo;
eso sí que es quemarse
con disimulo.

El clavel que está en agua
es para Pepe,
y el agua es para Antonio,
que se refresque.

Si me quieres, te quiero;
si me amas, te amo;
si me olvidas, te olvido:
á todo hago.

Eres hermosa y robas
los corazones;
¿dónde pondré yo el mío
que no lo robes?

Los amantes y la luna
son en todo semejantes;
entran con cuarto creciente,
y salen con cuarto menguante.

—
¡Qué alta que va la luna
y el lucero en su campaña!
¡Qué lucido que va un hombre
cuando una mujer lo engaña!

—
Cuando tú vas, yo vuelvo,
que soy un viento,
y te tengo calados
los pensamientos.

—
El pájaro que es dueño
de una maceta,
la pasea y la pica,
pica y no peca.

—
En la ventana soy dama,
en la sala soy señora,
en la mesa cortesana
y en el campo labradora.

—
Aquel lucero brillante
que va detrás de la luna,
ése me acompaña á mí
la noche que voy de tuna.

—
Qualquiera que me tratare
dirá que no tengo pena,
y tengo mi corazón
como una morita negra.

El amor del forastero
es como la golondrina,
que así que llega el verano
á su tierra se encamina.

¿Tan muchacha y tiene luto?
Dime quién te se murió;
si te se ha muerto tu amante,
no llores, que aquí estoy yo.

Es amor como el pleitista
cuando dinero no tiene;
ni el escribano le escucha,
ni el abogado le atiende.

Delante de mi madre
no me hagas señas,
porque es liebre corrida
y sabe las sendas.

Dicen que no me quieres
tú ni tu madre;
si una puerta se cierra,
ciento se abren.

La niña que quiere á dos,
no es tonta, que es advertida;
si se le apaga una vela,
otra le queda encendida.

Si tu marido es celoso
dale á comer chicharrones,
y verás con la manteca
qué suavecitó se pone.

¿Quién sería la madre
que parió á Judas?
¡Qué hijos tan indignos
paren algunas!

Pajarito jilguero,
no cantes tanto,
no sea que la risa
se vuelva llanto.

Mi suegra me quiere dar
una cruz para un rosario,
y tengo yo con su hija
peana, cruz y calvario.

Quien tuviera un encargo
para el infierno,
la suegra de mi alma
se está muriendo.

Dicen que no me quieres,
no me quieras, no;
donde no hay escritura
no hay obligación.

El candil se está apagando,
la alcuza no tiene aceite;
no te digo que te vayas
ni te digo que te quedas.

Anda con Dios, bien te logres,
no te deseo mal ninguno,
sino unas tercianas dobles
mientras vivas en el mundo.

Yo me enamoré de noche
y la luna me engañó;
otra vez que me enamore
será de día y con sol.

En mi alma manda Dios,
en mi persona mis padres;
pero en cuanto á mi gustito
en eso no manda nadie.

Mi madre, porque soy malo,
á un presidio quiere echarme;
yo le digo: madre mía,
¿dónde irá el buey que no are?

El demonio son los hombres,
dicen todas las mujeres;
y luego están deseando
que el demonio se las lleve.

El diablo es el amor
y el demonio las mujeres,
y los tontos de los hombres
por el demonio se pierden.

Las mujeres al mundo
perdido tienen;
y los hombres al mundo
y á las mujeres.

En esta calle vive
la miserable
que hasta al agua del pozo
le echa la llave.

Si yo viera á mi suegra
 en un avispero,
 le dijera despacio
 lo que la quiero.

Me mandaste una carta
 con la letra menudita,
 y á mí me parió mi madre
 más pícara que bonita.

No es mucho lo que usted pide
 si encuentra quien se lo dé;
 quede usted con Dios, señora,
 que otro día volveré.

Anoche, en el velatorio,
 de una prima hermana mía,
 me cortaron un vestido
 sin tomarme la medida.

Para no llegar á viejo
 ¿qué remedio me darás?
 Métete á servir á un amo,
 y siempre mozo serás.

Yo tengo una prima hermana
 que la quiero tanto y cuanto;
 tengo que llevarla á Roma (1)
 que la vea el Padre Santo.

El hambre con el demonio
 apostaron un doblón
 á vér cuál era más feo,
 y fué el hambre quien ganó.

(1) Por la dispensa de casamiento.

Es usted como el suizo,
doña Rufina,
que al sol que más calienta
á ése se inclina.

Del árbol sale la flor
y de la flor sale el fruto;
si de chico eres tan bruto,
¿qué serás cuando mayor?

Bendecida sea el alma
de mi Bartolo,
que le mandé por vaca
y trajo toro.

Me ronda un lechuguino
de tanta gracia,
que se parece á un mono
que hay en mi casa.

Me dijiste que era pobre,
digo que tienes razón;
hombre pobre y leña verde
arden cuando hay ocasión.

Anda diciendo tu madre
que la reina te mereces,
y yo, como no soy reina,
no pretendo merecerte.

Mi marido fué á las Indias
para aumentar su caudal;
trajo mucho que *decir*,
pero poco que *contar*.

Francisca, por tu tejado
va subiendo una culebra.
—¡Madre, cómo pica el sol!
—Más pica una mala lengua.

Quien pregunta no yerra,
y yo pregunto
si se entierran los muertos
con los difuntos.

Me quisistes, me olvidastes,
me volvistes á querer;
los trapos que yo desecho
no me los vuelvo á poner.

Los trapos que yo desecho
y los echo al muladar,
que otro venga y se los ponga
á mí poco se me da.

Más vale onza que libra
en algunas ocasiones;
más vale un cuerpo chiquito,
que no los zarangullones.

No te pongas tan alta,
que no eres reina;
yo me atrevo á alcanzarte
sin escalera.

De puerta en puerta, un pobre
junta más cuartos
que aquel que en una sola
se está parado.

Ni la doncella Teodora,
ni el sabio de Salomón
compiten con mis ideas
en llegando la ocasión.

Dígale usted al mozo
que está en la esquina,
si tiene calentura,
que tome quina.

Si me pierdo, que me busquen
en el sol de Mediodía,
donde nacen las morenas
y donde la sal se cría.

Dices que no la quieres
ni vas á verla,
pero la veredita
no cría hierba.

De la lana del erizo
tiene mi madre un colchón,
y lo tiene guardadito
para en casándome yo.

¡Quién tuviera la dicha
de Adán y Eva,
que jamás conocieron
suegro ni suegra!

Al patriarca le rezo
seis veces en la semana;
si alguno tuviere envidia,
yo rezo á quien me da gana.

¿Aun antes de ser tuya
ya me amenazas?
Mira que tengo un huerto
de calabazas.

Compadre del alma mía,
mis fatigas son mortales,
que me veo en un camino
con dos veredas iguales.

Compañero, si te casas,
busca la novia chiquita,
que en la especia de la olla,
la pimienta es la que pica.

Señor alcalde mayor,
no prenda usted á los ladrones
porque tiene usted una hija
que roba los corazones.

El dueño de una viña
uvas brindaba,
después que la tenía
ya vendimiada.

¿De qué te sirve que andes
con tanta retrechería?
Sabes que me pinto sola
como la una del día.

A rey muerto, rey puesto,
díce mi madre;
no pases, hija mía,
penas por nadie.

Te quiero porque has dado
de puñaladas,
que de ningún cobarde
se ha escrito nada.

La calle está regada,
dicen que han sido
lágrimas de un amante
que han despedido.

Déjame, prenda, por Dios
platicar aunque sea pobre,
que un grillo vale dos cuartos
y con todo se le oye.

Yo vivo de lo que como
y como lo que me dan;
pero masco muchas cosas
que no las puedo tragar.

Señora, quién fuera pollo
de su recoba de usted,
para andar todito el día
pío, pío tras de usted.

Ayer tarde me dijeron
que era usted liebre corrida;
á la liebre corredora,
la escopeta prevenida.

Amor, no pongas amor
donde no hay correspondencia;
mira que te quedarás
á la luna de Valencia.

A la mujer comparo
con las sardinas,
que mientras más saladas
son más dañinas.

Son tantos los comercios
de tus amores,
que tu casa está llena
de corredores.

Entre dos que bien se quieren
con uno que coma basta;
y esta ha de ser la mujer,
por ser la parte más flaca.

En la tienda del barbero
¿sabe usted lo que se dice?
Que el Señor le da pañuelo
al que no tiene narices.

El gran poder del verano,
que todas las cosas seca,
no ha podido madurar
los sesos de tu cabeza.

En el patio de mi casa
me puse á considerar
lo poco que vale un hombre
cuando no tiene qué dar.

Tienen las sevillanas
en la mantilla
un letrero que dice:
¡viva Sevilla!

En la mar hay una parra
que echa las uvas azules,
con un letrero que dice:
quien fuese tonto, que estudie.

A Roma se va por bulas, -
por tabaco á Gibraltar,
por manzanilla á Sanlúcar,
y á Cádiz se va por sal.

Si tu madre no quiere,
ni tus hermanos,
por encima de todos
dame la mano.

Ay de mí, desgraciado,
que andaba siempre
del perejil huyendo,
y me dió en la frente.

El pensamiento me asoma
de querer á esta muchacha;
pero temo que me deje
con la vergüenza en la cara.

Catalina me llamo,
que no soy mora,
bautizada en la pila
de mi parroquia.

Es verdad que yo te quise,
que te he querido y te quiero;
pero casarme contigo...
límpiате, que estás de huevo.

Yo me enamoré del aire,
del aire de una mujer;
como la mujer es aire,
en el aire me quedé.

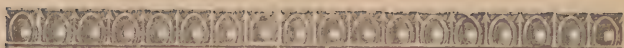
De los cielos á la tierra
se oyó una voz en el aire:
quien quiera vivir tranquilo
no ponga su amor en nadie.

Escuche usted, mozo bueno,
no gaste usted fantasía,
que el carro de la basura
también gasta campanilla.

Los enemigos del alma
todos dicen que son tres,
y yo digo que son cuatro
desde que conozco á usted.

Tienes la cara alegre,
difunta el alma,
porque no te confiesas
como Dios manda.

Si piensas que en ti pienso,
has pensado mal;
ni pienso ni he pensado,
ni pienso en pensar.



Epigramáticas

Murió mi mujer en Marzo,
á mediados de Cuaresma,
y quiso Dios en un año
darme dos carnestolendas.

Pañuelo á la cintura,
pañuelo al cuello;
yo no sé dónde salen
tantos pañuelos.

No me case mi madre
con hombre chico,
que le lleve y le traiga
como abanico.

Ya viene la Cuaresma
para sermones;
en mi casa no faltan
predicaciones.

Cuando se emborracha un pobre,
le dicen el borrachón;
cuando se emborracha un rico:
¡qué gracioso está el señor!

Primero que suba al cielo
el alma de un escribano,
tintero, papel y pluma
han de bailar el fandango.

Pájaros con muchas plumas
no se pueden mantener;
los escribanos, con una,
mantienen moza y mujer.

Médicos y cirujanos
no van á misa mayor,
porque les dicen los muertos:
ahí pasa el que me mató.

El amor y el cuchillo
son dos extremos,
mucho acero en la punta
y al cabo hierro.

Es el dón de aquel hidalgo
como el dón del algodón,
que no puede tener dón
sin tener antes el algo.

El amor de la mujer,
la pluma del escribano,
son dos cosas que se alcanzan
cuando se unta la mano.

El cura de mi lugar
murió de una rozadura;
ése sí que era buen cura,
que se sabía rascar.

Como las cañas huecas
son las mujeres,
que se llenan de aire
cuando las quieren.

Es la mujer una nave
que á todos vientos navega;
poco prevenido es
aquel que se embarca en ella.

De la costilla de Adán
crió Dios á la mujer;
por eso tienen los hombres
ese hueso que roer.

Si te murieras, mujer,
¡qué dicha para los dos!
tú ibas á ver á Dios
y Dios me venía á ver.

Mi marido se murió,
Dios en el cielo le tenga,
y le tenga tan tenido
que nunca por acá vuelva.

Un escribano y un gato
en un pozo se cayeron;
como los dos tenían uñas,
por la pared se subieron.

Quien de alpargatas se fía
y á mujeres hace caso,
no tendrá un cuarto en su vida
y andará siempre descalzo.

Quien quisiera en este mundo
de arañones estar libre,
que no juegue con los gatos
ni á las mujeres se arrime.

Dios te libre, libro mío,
de las manos del librero,
que cuando te está alabando
entonces te está vendiendo.

Un desnudo vende ropa,
un calvo vende los peines,
un ciego los anteojos;
este mundo, ¿quién lo entiende?

Cuchillos de dos filos
son las cuñadas;
¡ay de mí!, que mi amante
tiene una hermana.

Por la calle abajito
ratones vienen;
sube, niña, al tejado,
no te atropellen.

Todo el que quiere casarse
ajusta la cuenta alegre,
y luego que está casado
la repasa y no la entiende.

De suegras y cuñadas
va un carro lleno;
¡mirad qué linda carga
para el infierno!

No puedo ir á misa,
porque estoy cojo;
me voy á la taberna
poquito á poco.

—
Los calzones del padre
de Catalina
tienen cincuenta varas
sin la pretina.





Poéticas sin género determinado

Ha venido Mayo,
bien venido sea,
que con su venida
las flores se alegran.

Los pájaros son clarines
entre los cañaverales,
que le dan los buenos días
al sol de Dios cuando sale.

Allá arriba en el monte Calvario,
matita de oliva, matita de olor,
arrullaron la muerte de Cristo
cuatro jilgueritos y un ruiñeñor.

Cuando sale la aurora,
sale llorando;
pobrecita, ¡qué noche
habrá pasado!

Mira al cielo vestirse
de ricas telas;
de día azul y blanco,
de noche estrellas.

Pálomita blanca,
reina del cielo,
tiéndeme tus alitas,
dame tu vuelo.

El sol se va poniendo,
dicen las flores;
ya se va quien nos daba
bellos colores.

Sevilla para regalo,
Madrid para la nobleza,
para tropas Barcelona,
para jardines Valencia.

Las golondrinas
le quitaron á Cristo
tres mil espinas.
Los gorriones
le quitaron á Cristo
tres mil doblones (1).

Aunque mi color es negro,
mi dinero es español,
y tiene cruz y castillos,
armas del rey mi señor.

Para alcarrazas Chiclana,
para trigo Trebujena,
y para niñas bonitas,
Sanlúcar de Barrameda.

(1) Porque se comen el trigo.

Abre la puerta, Culantro.
Perejil, ¿quién está ahí?
La comadre Hierba-buena
que viene por Toronjil.

No les temo á los ladrones,
si civiles me acompañan.
¡Viva la Guardia civil,
porque es la gloria de España!

En las mañanas de Abril,
al amanecer el día,
se juntan los pajaritos,
cantando el Avemaría.

Y apenas asoma el sol,
á él de cara se vuelven,
dándole gracias á Dios
con sus trinos más alegres.





De cuna

A la nana le cantaba
la Virgen á sus amores:
dulce hijo de mi vida,
perdona á los pecadores.

En los brazos te tengo,
y considero
¡qué será de ti, niño,
si yo me muero!

A la puerta del cielo
venden zapatos
para los angelitos
que están descalzos.

A los niños que duermen
Dios los bendice,
y á las madres que velan
Dios las asiste.

Todo lo chiquitito
me hace á mi gracia;
hasta los pucheritos
de media cuarta.

A la rorro, mi niño,
mi niño duerme
con los ojos abiertos
como las liebres.

El niño de María
no tiene cuna;
su padre es carpintero
y le hará una.

No llores, Isabelita,
que las flores se marchitan.
Isabelita, no llores,
que se marchitan las flores.

Duérmete, niño, en los brazos
y dormirás con descanso.
Duérmete, niño, en la cuna
y dormirás con fortuna.

Cuando era chiquita
en la cuna estaba,
venían los angelitos
y me besaban.

Anda vete, morito,
á la morería,
que mi niño no entiende
tu algarabía.

Señora Santa Ana,
señor San Joaquín,
arrullad al niño,
que quiere dormir.

Duérmete, niño chiquito,
mira que viene la mora
preguntando puerta en puerta
cuál es el niño que llora.

Duérmete, niño chiquito,
duérmete y no llores más,
que se irán los angelitos
para no verte llorar.

Al verte triste y malito
se me parte el corazón;
así cuando canto, lloro,
y se me apaga la voz.

Duérmete, niño mío
de mi corazón;
te acompaña la Virgen
y el niño de Dios.

Este niño chiquito
no tiene madre;
lo parió una gitana
y lo echó á la calle.

Niño chiquirritito
de pecho y cuna,
¿dónde estará tu madre
que no te arrulla?

Duérmete, niño mío,
duerme y no llores,
que te mira la Virgen
de los Dolores.

Arbolito chiquito,
échame nueces;
échamelas á pares,
cuatro en dos veces.

Corazoncito mío,
calla y no llores,
que te traigo noticias
de tus amores.





Rosario de la aurora

que al amanecer se reza por las ánimas, y para
asistir al cual se llama con una campanilla
por las calles á los cofrades.

A tu puerta está una campanilla;
ni te llama ella ni te llamo yo,
que te llaman tu padre y tu madre
para que por ellos le ruegues á Dios.

Y vamos allá,
á rezarle el rosario á María,
que es nuestra abogada, llena de piedad.

En el cielo se reza un rosario
todas las mañanas al amanecer;
Santiago lleva el estandarte,
San Pedro la luz, la cruz San Miguel.

Pues vamos allá,
que no hay cosa más santa y más dulce
que el santo rosario que se va á rezar.

La corona se quitó María
y á su propio hijo se la presentó,
y le dijo: Yo ya no soy Reina
si tú no perdonas al pecador.

Jesús respondió:

Si no fuese por tus ruegos, madre,
ya hubiera acabado con el pecador.

Una tarde se perdió Domingo,
sus hijos llorosos lo van á buscar,
lo encontraron en el paraíso
cogiendo las rosas del santo rosal.

Y vamos allá,
á pedirle á la Virgen María
para que interceda con Su Majestad.

Si te hallaras enfermo del alma
y la medicina quisieres buscar,
reza al punto el rosario á María,
que por ese medio lo habrás de alcanzar.

Rézalo y verás
que el rosario mantiene la gracia
y la fortaleza para no pecar.

A tu puerta está una campanilla;
ni te llama ella ni te llamo yo,
que te llaman la peste y la guerra,
que esos son avisos que nos manda Dios.

Y vamos allá,
á pedirle á la Virgen clemente
para que nos libre de culpa y de mal.

Dos pastores se arriman á un árbol,
de una gran tormenta huyendo el rigor;
cayó un rayo, ¡Jesús, Dios nos libre!,
y al uno de ellos lo hizo carbón.

Pero al otro no,
pues el santo rosario traía
metido en el seno con gran devoción.

¡Si supieses la entrada que tuvo
el Rey de los cielos en Jerusalén,
que ni coché ni calesa quiso,
sino un jumentito que alquilado fué!

Para demostrar
que las puertas divinas del cielo
tan sólo ha de abrirnos la santa humildad.

Es María la nave de gracia,
San José la vela, el niño el timón,
y los remos son las buenas almas,
que van al rosario con gran devoción.





La Anunciación ⁽¹⁾

Cuando el Eterno se quiso hacer niño,
le dijo al ángel con mucho cariño:
anda, Gabriel, vete á Galilea,
allí verás una pequeña aldea,
es Nazaret su gracioso apellido;
junto á una casa hay un ramo florido;
en esa casa, que de David viene,
hay una niña que quince años tiene;
está casada con un carpintero,
y aun cuando es muy pobre, así yo la quiero.
Dile que quiero en ella hospedarme
y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.
Fué el santo arcángel bebiendo los vientos
hasta llegar al humilde aposento,
y cuando vió á la hermosa María,
le ha dado el encargo con que Dios le envía.

(1) Aunque hemos publicado ya en la *Nochebuena* esta composición, la reproducimos aquí, no sólo por su inimitable candor y encantadora sencillez, sino porque empezando esta pequeña serie de populares cantos religiosos con ella y concluyendo con las saetas de Semana Santa, encierra en sí todos los hechos y misterios del Nuevo Testamento, y demuestra á qué punto el pueblo católico español sabe y comprende su santa religión.

Dios te salve, dice con grande alegría,
Dios te salve, Reina y hermosa María,
el Señor es contigo y bendita tú eres,
única escogida entre las mujeres,
y bendito el fruto que has de dar á luz,
el Rey de los cielos y tierra: Jesús.





El nacimiento de Dios

De casa de Zacarías
salió la sagrada Reina,
de su esposo acompañada.
Luego que á su casa llega,
reparó un día José,
sobresaltado y con pena,
la preñez de su mujer,
y entre sí á decir comienza:
¡Inmenso Dios de Israel!
¿Qué novedad es aquesta?
Mi esposa veo preñada,
esto algún misterio encierra;
pero haya misterio ó no,
¡ay Dios, qué terrible pena!
Quiero ausentarme y dejarla,
partiré á remotas tierras;
mas si yo la desamparo,
¿quién habrá de socorrerla?
Muchacha, pobre y sin padre,
¡él cielo la favorezca!
Quédate con Dios, María;
adiós, carísima perla;
que el apartarme de ti,
¡sabe Dios lo que me cuesta!

Pero no puedo por menos,
¡que puede mucho una afrenta!
¿Cómo he de ver en mi casa
hijo que mío no sea?

Quiero retirarme al sueño
mientras la hora se acerca.

Apenas José dormía
(bien puede decirse *á penas*)
bajó el ángel San Gabriel,
diciendo: José, despierta,
que este divino preñado,
obra de la Omnipotencia,
viene á salvar á Israel,
y siglos há que se espera.
Dándole gracias á Dios,
alegre José despierta;
vase al cuarto de su esposa,
libre de tan cruel sospecha,
y postrándose en el suelo,
así á decirle comienza:
Muy amada esposa mía,
¡qué desgraciado que fuera
si yo te hubiese dejado!
¡Que desdichas me vinieran!

Cumplidos los nueve meses,
ha mandado el justo César
que los padres de familia
á pagar un censo fueran,
cada cual á la ciudad
que fuese su descendencia.

Era José de Belén,
y por eso le fué fuerza
de irlo á pagar allá,
de lo que á María dió cuenta,
y el sentimiento que tiene

por estar el parto cerca.
Y la Virgen le responde:
Esposo, no tengáis pena,
que el llevar vuestra compañía
es mi mejor conveniencia.

Buscó José un jumentito
para acomodar la Reina
con las cosas necesarias
y la cajita en que lleva
las fajas para el infante,
por lo que Dios dispusiera.

Comenzaron su viaje;
Ay mi Dios y quién se fuera
con tan santa compañía,
para gozar de más cerca
de aquellos dos serafines
con el sol que reverberan!
Cuando decía José:
Esposa, ¿qué dicha es esta,
que ha de venir con nosotros
y ha de comer á mi mesa
el deseado Mesías
que anunciaron los profetas?
¿Cuándo llegará la hora
que yo en mis brazos le tenga?
Con estos dulces coloquios
se divertían las penas
de tan áspero camino,
de arroyos, montes y cuestas.
Era esto por Diciembre,
en tiempo que llueve y nieva,
que aquesto permitió el cielo
para probar su paciencia.
Luego que en Belén entraron,
van pidiendo puerta en puerta

por hospicios y mesones,
pero todos se les cierran,
que como los ven tan pobres
los huéspedes los desechan.
Desconsolado José,
con su esposa se lamenta
diciéndole: Esposa mía,
esto algún misterio encierra,
que no ha de haber quien recoja
al Rey del cielo en la tierra.
Salgámonos de Belén,
que allá bajo está una cueva
que les sirve á los pastores
de establo para las bestias,
y si está desocupada
descansaremos en ella.
Luego que en la cueva entraron,
San José encendió candela
para defender del frío
á la preciosa doncella.
Esta barre el portalito,
muchos ángeles con ella;
siendo allá á la media noche
nuestra Santa Carpintera
parió al Salvador del mundo,
cuando por los aires suena
la música celestial
cantando divina letra:
¡Gloria á Dios en las alturas
y paz al hombre en la tierra!





El parto celestial

Mandaba en Judea
Herodes fatal,
cuando entre los hombres
Dios quiso habitar,
y de una doncella
su cuerpo tomar.

Virgen venturosa
parto celestial.

Hija de David,
niña singular,
que aunque desposada
doncella se está.
Ante ella Gabriel
su embajada da.

Virgen venturosa,
parto celestial.

María responde
con grande humildad:
Del Señor la esclava
postrada aquí está;
según su palabra
hágase en mi ya.

Virgen venturosa,
parto celestial.



Y el poder divino
obrando eficaz,
María fué virgen
y madre á la par,
cual el sol penetra
un puro cristal.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Por ásperos montes
la pareja va:
camina sufriendo
con conformidad
los vientos y escarchas,
frío y temporal.

Virgen venturosa,
parto celestial.

La doncella pura
ya no puede más;
rendida al cansancio,
fatigada está:
José la consuela
tierno y paternal.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Por fin el Patriarca
llegó á divisar
de Belén las torres
con gozo especial;
María se anima
al verlas brillar.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Ya están en Belén;
pero ¡qué crueldad!
¡ninguno en el pueblo
los quiere hospedar!
¡Las puertas á Dios
llegan á cerrar!

Virgen venturosa,
parto celestial.

De una en otra puerta
afligidos van,
buscando un albergue
donde descansar,
hasta que encontraron
un pobre portal.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Medio derribado
el establo está,
y allí ¡gran portento,
digno de admirar!
descendió del cielo
la alta Majestad.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Angeles el cielo
se dignó enviar,
que por la comarca
el anuncio dan,
y van los pastores
al niño á adorar.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Ay, qué chiquito,
dice el pastor Blas;
por Dios que si crece
será un buen zagal;
dadle una zalea,
que arrecido está.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Vaya mi zampoña,
dijo Nicolás,
porque en siendo grande,
la puede tocar,
que á fe que da sonos
buenos *pá* bailar.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Calla, *esaborío*,
dijo otro zagal;
¿á Dios la zampoña,
vas á regalar?

Dale el corazón,
y el alma, que es más.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Eso está muy bueno,
respondió Tomás,
mas los niños comen
y allá va ese pan:
hágasele en sopas,
que le gustarán.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Y así aquella gente,
con sencillo afán,
saben á su modo
á Dios festejar,
y la madre Virgen
las gracias les da.


Virgen venturosa,
parto celestial.

Después acudieron
Melchor y Gaspar
y su compañero
el rey Baltasar,
á quienes la estrella
los vino á guiar.

Virgen venturosa,
parto celestial.

Aquellos tres reyes
con gran humildad
oro y mirra ofrecen
al Dios de la paz,
que de majestades
es la majestad.

Virgen venturosa,
parto celestial.



La predicción de la gitana

Una gitana se acerca
al pie de la Virgen pura,
hincó la rodilla en tierra
y le dijo la ventura:

*Las cosas que sé,
¡oh mi dulce amor!,
las llevo clavadas
en mi corazón.*

Madre del amor hermoso,
así le dice á María,
á Egipto irás con el Niño
y José en tu compañía.

Las cosas que sé, etc.

Saldrás á la media noche,
ocultando al sol divino;
pasaréis muchos trabajos
durante todo el camino.

Las cosas que sé, etc.

Os irá bien con mi gente,
os tratarán con cariño;
los ídolos, cuando entréis,
vendrán al suelo rendidos.

Las cosas que sé, etc.

Mirando al Niño divino,
le decía enternecida:
¡cuánto tienes que pasar,
lucerito de mi vida!

Las cosas que sé, etc.

La cabeza de este Niño,
tan hermosa y agraciada,
luego la hemos de ver
con espinas traspasada.

Las cosas que sé, etc.

Las manitas de este Niño,
tan blancas y torneadas,
luego las hemos de ver
en una cruz enclavadas

Las cosas que sé, etc.

Los piecitos del Niño,
tan chicos y sonrosados,
luego los hemos de ver
con un clavo taladrados.

Las cosas que sé, etc.

Andarás de monte en monte,
haciendo mil maravillas;
en uno sudarás sangre,
en otro darás la vida.

Las cosas que sé, etc.

Morirás en Vera-Cruz,
levantada en el Calvario,
que á tanto te obligará
ese tu amor extremado.

Las cosas que sé, etc.

La más cruel de tus penas,
te la prodigo con llanto,
será que en tus redimidos,
Señor, hallarás ingratos.

Las cosas que sé, etc.



La pastora de Belén

La pastora que ahora llega,
al entrar en el portal,
halló al niño dormidito
y lo quiso despertar.

—Mi niño, divino infante
así principió á cantar.
centinela de Israel,
despierta, despierta ya;
aunque duerman t'is ojitos
no duerma tu corazón,
que corazón tan piadoso
en vela estará mejor.

¿Tú, mi niño, que por grande
el cielo te viene estrecho,
te reduces á nacer

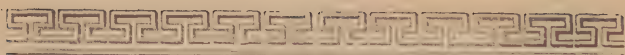
en un portal tan pequeño?

¿Tú, mi niño, siendo el móvil
que gobierna el universo,
te sujetas á dolencias
y á los rigores del tiempo?

Consiguió la pastorcita
despertar al niño tierno,
y ella entonces le decía:

—De tus alegrías quiero,
y te ofrezco de las mías,
aunque siempre tristes son;
pero con ellas te brindo
mi vida y mi corazón.





El niño perdido

La Virgen, á quien se humillan
los ángeles celestiales,
va buscando, sola y triste,
por una y por otra parte
al perdido niño Dios,
que se le perdió ayer tarde
al bajar de aquella fiesta
tan pública como grande.
Lo busca entre las mujeres,
lo pregoná por las calles:
«¿Quién ha visto un niño—dice—
perdido desde ayer tarde,
con unos cabellos de oro,
ojos rasgados y grandes,
frente serena y hermosa,
al mismo sol semejante?»
Y una mujer le contesta:
«Por aquí pasó ayer tarde;
iba pidiendo limosna,
diciendo razones tales:
«A quien me diere, daré
otros dones que más valen;

»que tengo yo reservados
»en el reino de mi Padre.»
Salí con pan á la puerta
para la limosna darle;
de que lo vi tan chiquito
y arrecidito del aire,
que el sol se quería poner
é iba cerrando la tarde,
y le dije: «Entra, bien mío,
»para ti mi puerta se abre.»
Entró y se sentó en el suelo,
no halló mejor do sentarse.
—¿Quién eres?— le pregunté:
Me respondió como un ángel:
«Hijo soy del Padre Eterno,
»una Virgen es mi madre;
»á mí me llaman Jesús
»y vengo para salvarte.»
Aderecéle una cama
de perlas, que mucho valen,
no quiso sino una estera
de pajuela de Alicante,
por cabecera un ladrillo,
con eso tiene bastante.
Durmió toda aquella noche
con un sueño muy suave;
y luego por la mañana
cuando vino á despertarme,
dióme santos buenos días
y que con Dios me quedase;
mi corazón se llevó,
que en amores se deshace.»
Desde allí partió la Virgen
más consolada que antes,
buscándolo por los templos,

buscándolo por las calles.
¿Dónde lo vino á encontrar?
Entre los sabios más grandes.
Desde allí se lo llevaron
en las andas con su madre.





El ciego

Huyendo del fiero Herodes,
que al niño quiere perder,
hacia Egipto se encaminan
María, su hijo y José.

En medio de aquel camino
pidió el niño de beber;
no pidas agua, mi niño,
no pidas agua, mi bien,
que los ríos vienen turbios
y no se pueden beber.

Andemos más adelante,
que hay un verde naranjuez
y es un ciego que lo guarda,
es un ciego que no ve.

—Ciego, dame una naranja
para callar á Manuel.

—Coja usted las que usted quiera,
que toditas son de usted.

La Virgen, como es tan buena,
no ha cogido más que tres:
una se la dió á su niño
y otra se la dió á José,
otra se quedó en la mano
para la Virgen oler.

Saliendo por el vallado
el ciego comenzó á ver.
—¿Quién ha sido esta Señora
que me ha hecho tanto bien?
Será la Virgen María,
que al que es ciego le hace ver.





De Nochebuena

La Nochebuena se viene,
a Nochebuena se va;
nosotros también nos vamos,
pero no volvemos más.

Cuando la Virgen parió,
se encontró en el portal sola:
lo primero que acudió
fué un pastor y una pastora.

Un pastor, comiendo sopas,
en el aire divisó
un ángel que le decía:
ya ha nacido el Redentor.

La Virgen se fué á lavar
sus manos blancas al río;
el sol se quedó parado,
la mar perdió su ruido.

/ Los pastores de Belén
todos juntos van por leña,
para calentar al niño
que nació la Nochebuena.

La Virgen está lavando
y tendiendo en el romero,
los pajaritos cantaban
y el agua se iba riendo.

La Virgen se está peinando;
su peine de marfil era,
rayos de sol sus cabellos,
la cinta la primavera.

Todos le llevan al niño,
yo no tengo qué llevarle;
le llevaré el corazón,
que le sirva de pañales.

Tomad ese capillito,
hecho de flores está,
para abrigar la cabeza
de ese niño celestial.

San José era carpintero,
y la Virgen costurera,
y el niño labra la cruz,
porque ha de morir en ella.

Ven acá con esa bota,
ven acá, yo brindaré
á la salud de María,
para que críe á Manuel.

Los pastores daban saltos
y bailaban de contento,
al par que los angelitos
tocaban los instrumentos.

La Virgen iba á Belén,
le dió el parto en el camino,
y entre la mula y el buey
nació el Cordero divino.

La Virgen va caminando,
va caminando solita,
y no lleva más compañía
que el niño de la manita.

La Virgen quiso sentarse
al abrigo de un olivo,
y las hojas se volvieron
á ver al recién nacido.

En un portalillo obscuro,
llenito de telarañas,
entre la mula y el buey,
nació el Redentor de almas.

La mula le gruñe,
el buey le baja,
y el niño de Dios
dormido se queda.

En el portal de Belén
ha nacido un Manolito,
que dicen que es más bonito
que Juanito el de Isabel.

A Belén, Belén, pastores,
á ver al nieto de Ana,
que trae un león atado
con una cuerda de lana.

Mientras María cortaba
y hacía las camisitas,
¡qué de lágrimas de amor
corrían por sus mejillas!

Una pandereta suena,
yo no sé por dónde va;
camina para Belén
hasta llegar al portal.

Al ruido que llevaba,
el santo José salió;
no me despertéis al niño,
que ahora poco se durmió.

Lo ha dormido entre sus brazos
aquella que lo parió,
y su canto era tan dulce
que pudo dormir á Dios.

Nochebuena y paridita
pocas la suelen tener,
la Virgen la tuvo buena,
Nochebuena y varón fué.

Claveles y rosas,
la cuna adornad,
en tanto que un ángel
meciéndola está.

Un soldadito ha llegado;
como el orbe goza paz,
se queda de centinela
á la puerta del portal.

Y dijo un tambor:
á este niño, que es mi soberano,
generala y marcha
le tocaré yo.

Esta noche nace el niño
entre la paja y el hielo;
¡quién pudiera, niño mío,
vestirte de terciopelo!

San José tenía celos
del preñado de María,
y en el vientre de su madre
el niño se sonreía.

Esta noche ha de nacer
Manolito de Jesús,
para morir por el hombre
enclavado en una cruz.

La Virgen va caminando
por los montes de Judea,
Santa Isabel la recibe
en su casa placentera.

Y San Juan Bautista,
que en su vientre estaba,
se hincó de rodillas
y á Dios adoraba.

En el portal de Belén
hay estrella, sol y luna,
la Virgen y San José
y el niño que está en la cuna.

El niño Dios se ha perdido,
en el mundo no parece,
está á la orilla del río
sentado pescando peces.

En Belén tocan á fuego,
del portal sale la llama;
y es que allí ha nacido Aquel
que en llamas de amor se abrasa.

En èl portal de Belén
nació un clavel encarnado,
que por redimir al mundo
se ha vuelto lirio morado.

Esta noche no dormimos
que es la santa Nochebuena,
y tenemos que llevarle
á María la enhorabuena.

Ya viene la vieja
con el aguinaldo;
le parece mucho,
le viene quitando.

En el portal de Belén
gitanitos han entrado,
y al niño recién nacido
los pañales le han quitado.

¡Pícaros gitanos,
caras de aceitunas,
no han dejado al niño
ropita ninguna!

Este rey niño Jesús
de los cielos baja acá,
siendo su real comitiva
María y José no más.

Por cuna un pesebre,
por templo un portal,
eso es lo que encuentra
Su Real Majestad.

Sin ricas ofrendas
no temas llegar,
que el niño agradece
tu fe y voluntad.

Del campo las flores
gratas le serán
al que con su risa
las hace brotar.

Por los campos del Oriente
sale dando envidia al sol
la más bella criatura
que de mujeres nació.

Bendita la Virgen pura,
que es relicario de amor,
porque lleva en sus entrañas
tan soberano Señor.

A las doce de la noche
que más feliz no se vió,
nació en un Ave María,
sin romper el alba, el sol.



Lástima sería el ver
en las mejillas las perlas
de Aquel que apenas nació
habiendo nacido apenas.

La Virgen, como era pobre,
amasaba en el portal;
el cedazo era de plata
y la pala de cristal.

A Belén tengo que ir
aunque me riña mi amo,
que yo también quiero ver
á ese niño soberano.

Los tres reyes del Oriente
bajaron en compañía,
guiados por una estrella
que á chorros resplandecía;
en la más oscura noche
igualaba al claro día:
sobre el portal se paró,
porque estaba allí el Mesías.
No te asombres, Virgen pura,
del tropel de los caballos,
que son los reyes que vienen.
á ver á su Dios vasallo.

Cuando la Virgen fué á misa
al templo de Salomón,
el vestido que llevaba
era de rayos del sol.



ÍNDICE

CUENTOS POPULARES

	<u>Páginaa .</u>
PRÓLOGO.....	5
Prefacio del autor.....	13
Las tres reglas de la gramática parda.....	25
Una paz hecha sin preliminares, sin conferencias y sin notas diplomáticas.....	47
Un quid pro quo.....	63
Flores humildes de religiosa poesía, y etimologías de dichos y expresiones generalizadas.....	73
Tío Curro el de la porra.....	83
La oreja de Lucifer.....	91
La buena y la mala fortuna.....	101
Las ánimas.....	109
Doña Fortuna y Don Dinero.....	119
Juan Soldado.....	125
Juan Holgado y la muerte....	137
La suegra del diablo.....	147
Tribulaciones de un remendero.....	161
Chascarrillos.....	171
Agudezas... ..	181
Tratado popular de agricultura y meteorología...	187

CANTOS, COPLAS Y TROBOS POPULARES

	<u>Páginas.</u>
Religiosas y morales.....	197
Sentenciosas.....	207
Amorosas tristes.....	214
Amorosas.....	225
De bolero.....	262
Serenatas ó de ventana.....	272
De baile.....	278
De marineros.....	280
De artesanos.....	283
De estudiantes.....	285
De soldados.....	288
Jocosas.....	296
Chuscas y burlescas.....	306
Epigramáticas.....	334
Poéticas sin género determinado.....	339
De cuna.....	342
Rosario de la aurora que al amanecer se reza por las ánimas, y para asistir al cual se llama con una campanilla por las calles á los cofrades.....	346
La Anunciación.....	349
El nacimiento de Dios.....	351
El parto celestial.....	355
La predicción de la gitana.....	360
La pastora de Belén.....	362
El niño perdido.....	364
El ciego.....	367
De Nochebuena.....	36

Librería de ANTONINO ROMERO, editor.

Calle de Preciados, núm. 23. —MADRID.

Obras de Fernán Caballero.

Pesetas.

- | | |
|--|------|
| I.— Clemencia , con prólogos de D. Luis Eguilaz y D. José Fernández Espino. Dos tomos en un volumen en 8.º..... | 2,50 |
| II.— La Gaviota , con un prólogo de D. Eugenio de Ochoa. Dos tomos en un volumen en 8.º..... | 2,50 |
| III.— Lágrimas , con un prólogo de D. Antonio Cavanilles. Un tomo en 8.º..... | 2,50 |
| IV.— La familia de Alvareda , con un prólogo del Duque de Rivas. Un tomo en 8.º..... | 2,50 |
| V.— Relaciones , con un prólogo de D. Fermín de la Puente y Apezechea. —Primera parte: Callar en vida y perdonar en muerte. —No transige la conciencia. —La flor de las ruinas. —Los dos amigos. —La hija del Sol. Segunda parte: Justa y Rufina. —Más largo es el tiempo que la fortuna. Un tomo en 8.º..... | 2,50 |
| VI.— Ella . —La noche de Navidad. —El día de Reyes, con un prólogo de D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca. Un tomo en 8.º..... | 2,50 |
| VII.— La estrella de Vandalia —¡Pobre Dolores!, con un prólogo de D. Joaquín Pacheco. Un tomo en 8.º..... | 2,50 |
| VIII.— Un servilón y un liberalito, o tres almas de Dios —El Ex-voto. Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido. —Promesa de un soldado á la Virgen del Carmen. —El Alcázar de Sevilla. —Un sermón bajo naranjos, con un | |

- prólogo de D. Antonio Aparisi y Guijarro. Un tomo en 8.^o..... 2,50
- IX.—Cosa cumplida... sólo en la otra vida:** diálogos entre la juventud y la edad madura, con un prólogo de D. Fermín de la Puente y Apezechea. Un tomo en 8.^o. 2,50
- X.—Un verano en Buenos.**—Lady Virginia, con un prólogo de D. Emilio Olloqui. Un tomo en 8.^o 2,50
- XI.—Cuadros de costumbres.**—Comprende: Tomo I: Simón Verde.—El último consuelo.—Dicha y Suerte.—Tomo II: Más vale honor que honores.—Lucas García.—Obrar bien, que Dios es Dios.—El dolor es una agonía sin muerte, con un prólogo del Marqués de Molins. Dos tomos en un volumen en 8.^o..... 2,50
- XII.—Una en otra.**—Con mal ó con bien, á los tuyos te ten, con un prólogo de D. Juan Eugenio Hartzenbusch. Un tomo en 8.^o..... 2,50
- XIII.—Deudas pagadas.**—Promesa de un soldado á la Virgen del Carmen.—El Eddistone.—Una excursión á Waterlloo.—Aquisgrán.—Episodio de un viaje á Carmona.—El vendedor de tagarinas.—Una madre.—Un naufragio.—Una visita al Convento de Santa Inés, de Sevilla.—La Catedral de Sevilla en una tarde de Carnaval, con un prólogo de D. Manuel Cañete. Un tomo en 8.^o 2,50
- XIV.—La Farisea.**—Las dos gracias, con un prólogo de D. Pedro de Madrazo. Un tomo en 8.^o... 2,50
- XV.—Vulgaridad y nobleza.**—La corruptora y la buena maestra.—La maldición paterna.—La viuda del cesante.—Las mujeres cristianas.—Leonor.—Los dos memoriales. Un vestido.—Los pobres perros abandonados. Un tomo en 8.^o. 2,50
- XVI.—Cuentos y poesías populares andaluces,** con un prólogo de D. José Joaquín de Mora. Un tomo en 8.^o..... 2,50

El Progreso por medio del Cristianismo

Conferencias de Nuestra Señora de París, por el Rdo. P. Félix, de la Compañía de Jesús, traducidas por D. José María Antequera.

CONTENIDO DE LOS 16 TOMOS

Tomo I.—La cuestión del progreso.

- II.—Idem id. (continuación).
- III.—El progreso moral por medio de la santidad cristiana.
- IV.—El progreso social por medio de la autoridad.
- V.—El progreso de la sociedad por medio de la familia.
- VI.—El progreso por medio de la educación cristiana.
- VII. El progreso de la inteligencia por medio de la armonía, de la razón y de la fe.
- VIII.—El progreso de la ciencia por medio de la fe en el misterio.
- IX.—La crítica moderna ante la ciencia y el cristianismo.
- X.—La negación naturalista y lo sobrenatural.
- XI.—La economía anticristiana en presencia del hombre.
- XII.—Objeto y naturaleza del arte.
- XIII.—El ateísmo ante el progreso.
- XIV.—La existencia de la Iglesia.
- XV.—La autoridad en la humanidad y en la Iglesia.
- XVI.—De la maternidad de la Iglesia.

La colección completa consta de 16 tomos en 16.^o (15 \times 10), de 350 á 400 páginas cada uno, y su precio en rústica es solamente

Una peseta cincuenta céntimos
CADA TOMO

EL PRACTICON

TRATADO COMPLETO DE COCINA

AL ALCANCE DE TODOS

Y APROVECHAMIENTO DE SOBRAS

CONTIENE

las fórmulas propias y exclusivas del autor para la confección de *caldos, sopas, potajes, salsas, guisados, entradas, asados, fritos, entremeses, postres y pastelería*, y algunas buenas recetas de aficionados doctos y de maestros cocineros antiguos y modernos con un

APÉNDICE

que comprende el arte para el mejor aprovechamiento de las sobras, las reglas para el servicio de una mesa y el modo de trinchar y de comer los manjares,

POR

ANGEL MURO

autor de Conferencias culinarias y del Diccionario general de cocina.

Favorecido con una POSTDATA de Jacinto Octavio Picón

Y

Dos palabras del Doctor Thebusen

Ilustrado con grabados

de nueve dibujos de Dantín, Espina, Pons y Taberner y de 231 tomados del natural por el autor.

VIGÉSIMA PRIMERA EDICIÓN

Aumentada con 60 minutas de almuerzos y comidas para todos los gustos y condiciones y algunas fórmulas completamente nuevas.

Consta de un tomo en 4.º (22 x 14), de 1.040 páginas con 240 grabados, y, sin embargo de su gran volumen y excelente papel satinado, su precio en rústica es solamente de **cinco pesetas**.

Encuadernado en tela, con lomera de badana imitación chagrín, **siete pesetas**.

OBRAS DE D. JOSE SELGAS
HISTORIAS CONTEMPORANEAS

DOS PARA DOS.-EL PACTO SECRETO
EL CORAZON Y LA CABEZA
Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

UNA MADRE
Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

DOS RIVALES
Un tomo en 4.º, 4 pesetas.

La vida en sociedad

CARTAS FAMILIARES

POR

Manuel Ossorio y Bernard

Contiene:

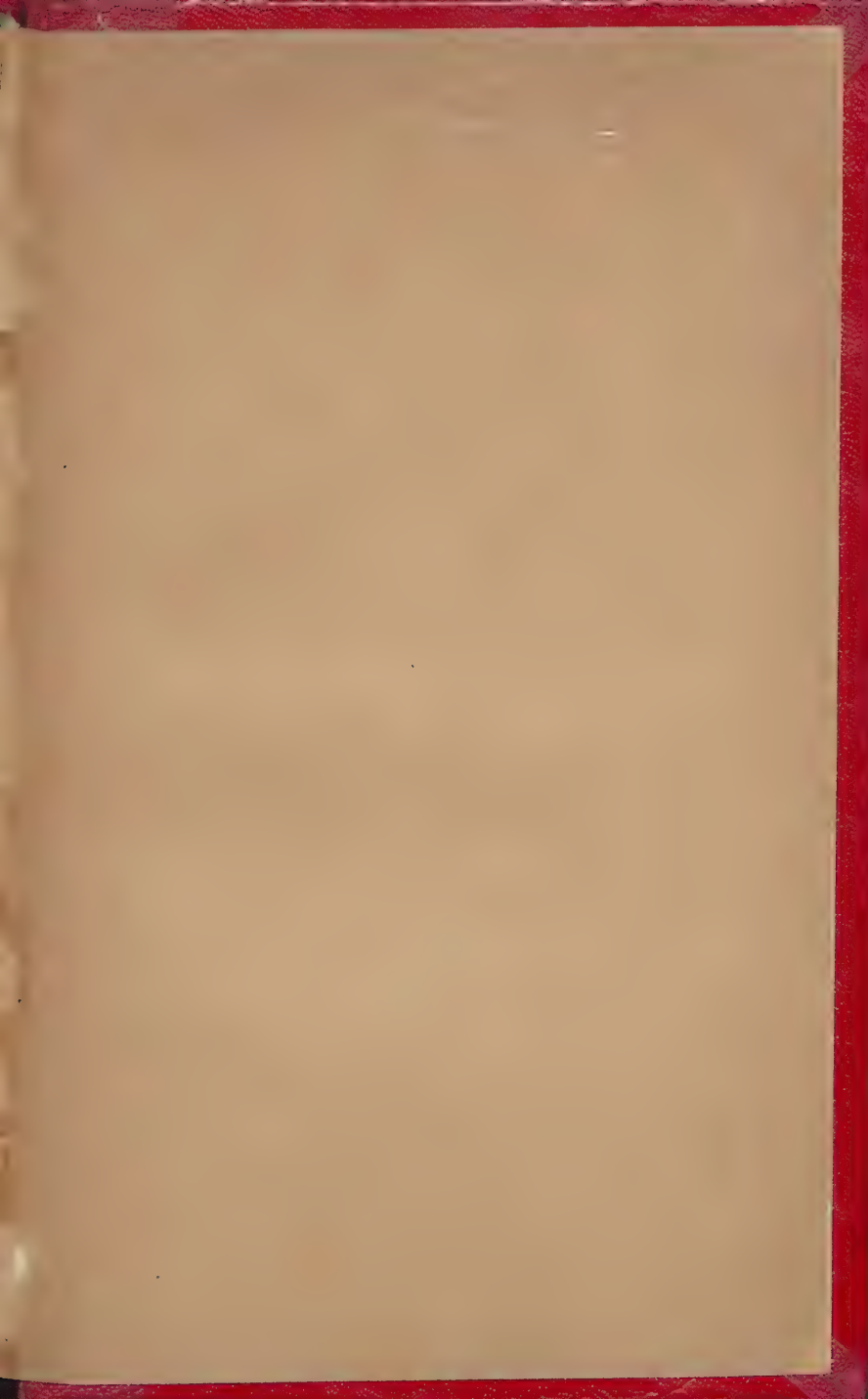
El saludo á las señoras.—El sombrero y el bastón.—El sombrero de las señoras.—Trenes, coches y tranvías.—Un estreno.—La tertulia de la generala.—Cortesía conyugal.—Tarjetas, solicitudes y cartas.—Las presentaciones.—Deberes religiosos.—Preludios de boda.—El gobierno del hogar.—Más sobre la boda.—Llueven consultas.—Casas y criados.—Anuncios é invitaciones.—Traje de la desposada.—Retratos.—Viaje de novios.—Participaciones y visitas.—¿Y el *trousseau*?—Previsiones de la novia.—El *trousseau*.—Algunos envidiosos y algunos agra-decidos.—De servilleta prendida.—El hijo de Moratín.—Asuntos mortuorios.—Más asuntos mortuorios.—Los consejos.—En ejercicio.—Día de consultas.—Fidelidad conyugal.—Las dudas de Epifanio.—Recomendaciones pater-nales.

Un tomo en 8.º, con ilustraciones de Pícolo, 3 pesetas.

OBRAS DE D. ANTONIO DE TRUEBA

	<u>Ptas.</u>
I.— El libro de los Cantares. — Canciones primaverales. —Un tomo en 8. ^o	3
II.— El libro de las montañas. — Arte de hacer versos al alcance de todo el que sepa leer —Un tomo en 8. ^o	3
III.— El libro de los recuerdos (inédito).— Fábulas de la educación. —Un tomo en 8. ^o ..	3
IV.— Cuentos de color de rosa. —Nueva edición corregida y aumentada.—Un tomo en 8. ^o	3
V.— Cuentos campesinos. —Nueva edición corregida y aumentada con varios cuentos inéditos.—Un tomo en 8. ^o	3
VI.— Cuentos populares. —Nueva edición corregida y aumentada con varios cuentos inéditos.—Un tomo en 8. ^o	3
VII.— Cuentos de vivos y muertos. —Un tomo 8. ^o .	3
VIII.— Cuentos del hogar. —Un tomo en 8. ^o	3
IX.— Nuevos cuentos populares. —Nueva edición corregida y aumentada con varios cuentos inéditos.—Un tomo en 8. ^o ..	3
X.— Cuentos populares de Vizcaya (inéditos).—Un tomo en 8. ^o ..	3

Arte de hacer versos al alcance de todo el que sepa leer.—Un tomo en 8. ^o	1
Obras populares. —Contienen: Cuentos de color de rosa.—Cuentos populares.—El libro de los cantares.—Cuentos campesinos.—Cuentos de vivos y muertos.—Cuentos de varios colores.—Capítulos de un libro.—Cuentos del hogar.—Dos tomos en 4. ^o con láminas.....	18



Librería de ANTONINO ROMERO, Editor Preciados, núm. 23.—Madrid.

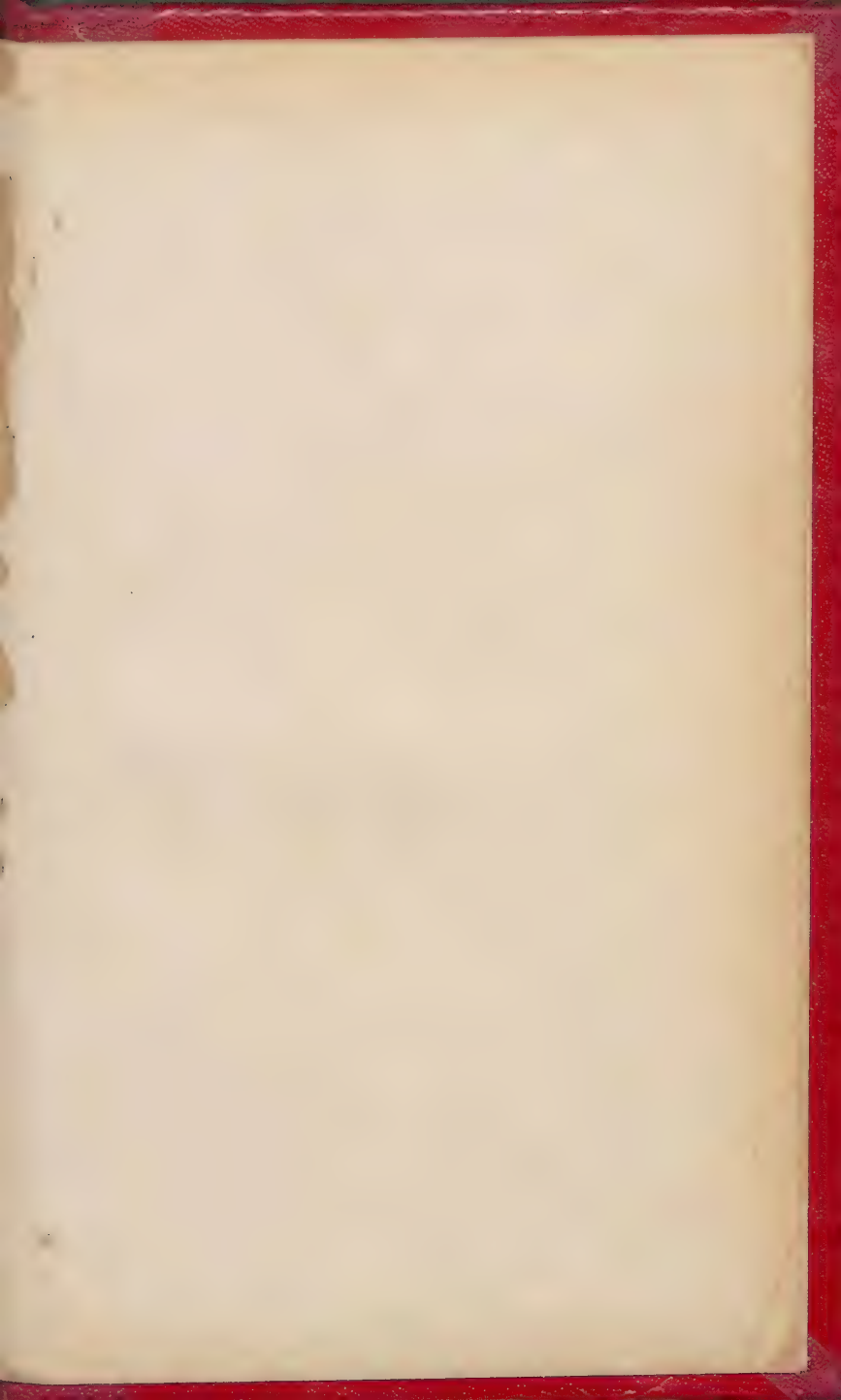
OBRAS DE FERNAN CABALLERO

	Prec.
I.—Clemencia.— Dos tomos en un volumen, en 8.º.....	2,50
II.—La Gaviota.—Dos tomos en un volumen, en 8.º.....	2,50
III.—Lágrimas.—Un tomo en 8.º.....	2,50
IV.—La familia de Alvareda.—Un tomo en 8.º.....	2,50
V.—Relaciones.—Primera parte: Callar en vida y perdonar en muerte.—No transige la conciencia.—La flor de las ruinas. Los dos amigos.—La hija del sol.—Segunda parte: Justa y Rufina.—Más largo es el tiempo que la fortuna.—Un tomo en 8.º.....	2,50
VI.—Ella.—La noche de Navidad.—El día de Reyes.—Un tomo en 8.º.....	2,50
VII.—La estrella de Vandalia. ¡Pobre Dolores!—Un tomo en 8.º.....	2,50
VIII.—Un servil y un liberalito ó tres almas de Dios.—El Exvoto.—Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.—Promesa de un soldado á la Virgen del Carmen.—El alcázar de Sevilla.—Un sermón bajo naranjos.—Un tomo en 8.º.....	2,50
IX.—Cosa cumplida... sólo en la otra vida: diálogos entre la juventud y la edad madura.—Un tomo en 8.º.....	2,50
X.—Un verano en Bornos.—Lady Virginia.—Un tomo en 8.º.....	2,50
XI.—Cuadros de costumbres.—Comprende: Tomo I: Simón Verde.—El último consuelo.—Dicha y suerte.—Tomo II: Más vale honor que honores.—Lucas García.—Obrar bien que Dios es Dios.—El dolor es una agonía sin muerte.—Dos tomos en un volumen, en 8.º.....	2,50
XII.—Una en otra.—Con mal ó con bien á los tuyos te ten.—Un tomo en 8.º.....	2,50
XIII.—Deudas pagadas.—Promesa de un soldado á la Virgen	

del Carmen.—El Eddistone.—Una excursión á Waterloo.—Aquisgran.—Episodio de un viaje á Carmora.—El vendedor de tagarninas.—Una madre.—Un naufragio.—Una visita al convento de Santa Inés, en Sevilla.—La catedral de Sevilla en una tarde de carnaval.—Un tomo en 8.º.....	2
XIV.—La Farisea.—Las dos gracias.—Un tomo en 8.º.....	2
XV.—Vulgaridad y nobleza.—La corruptora y la buena maestra.—La maldición paterna.—La vida del cesante.—Las mujeres cristianas.—Leonor.—Los memoriales.—Un vestido.—Los pobres perros abandonados.—Un tomo en 8.º.....	2,50
XVI.—Cuentos y poesías populares andaluces.—Un tomo en 8.º.....	2,50

OBRAS DE D. ANTONIO DE TRUJILLA

I.—El libro de los cantares.—Canciones primaverales.—Un tomo en 8.º.....	3,00
II.—El libro de las montañas.—Arte de hacer versos al alancear á todo el que sepa leer.—Un tomo en 8.º.....	3,00
III.—El libro de los recuerdos (inédito).—Fábulas de la educación.—Un tomo en 8.º.....	3,00
IV.—Cuentos de color de rosa.—Un tomo en 8.º.....	3,00
V.—Cuentos campesinos.—Nueva edición corregida y aumentada.—Un tomo en 8.º.....	3,00
VI.—Cuentos populares.—Nueva edición corregida y aumentada.—Un tomo en 8.º.....	2,00
VII.—Cuentos de vivos y muertos.—Un tomo en 8.º.....	3,00
VIII.—Cuentos del hogar.—Un tomo en 8.º.....	3,00
IX.—Nuevos cuentos populares.—Nueva edición corregida y aumentada.—Un tomo en 8.º.....	3,00
X.—Cuentos populares de Vizcaya inéditos.—Un tomo en 8.º.....	3,00





500535451

BGU A Mont. 14/4/54



F. CABALLERO

CUENTOS
Y
POESÍAS

